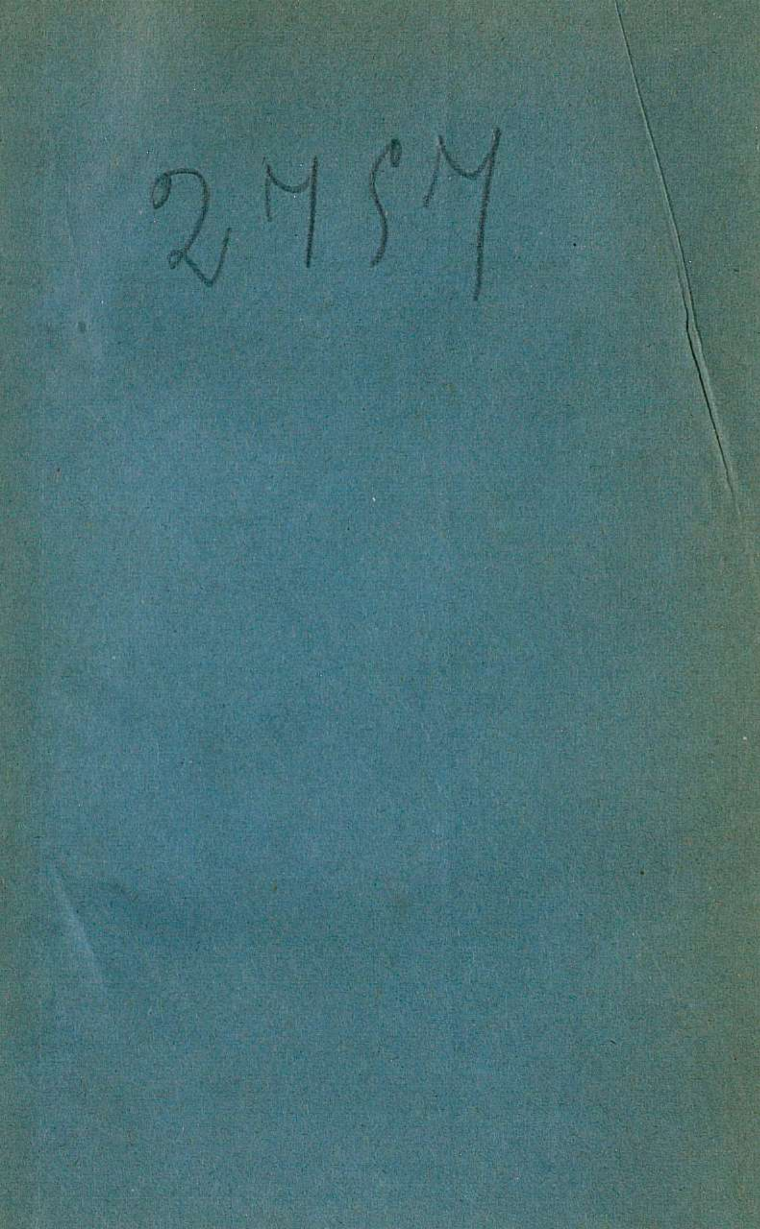




URBANO MANINI, EDITOR

TRES AÑOS EN FERNANDO PÓO

VIAJE A AFRICA

URBANO MANINI, EDITOR, MADRID.

TRES AÑOS

EN

FERNANDO PÓO

VIAJE A AFRICA

POR

EL VIZCONDE DE SAN JAVIER



ADMINISTRACION

CALLE DE RECOLETOS, NÚM. 7.
MADRID

Imprenta de Diego Valero, Soldado, 4.

Á MI QUERIDO HERMANO POLITICO D. JOSÉ V. OÑATIVIA.

Querido Pepe: muchas veces te he entretenido en Barcelona con el relato de mi viaje á Fernando Póo y la costa de Africa; hoy que los doy á luz te los dedico como muestra del cariño que te profesa tu hermano político,

El Vizconde de San Javier.

CAPÍTULO I

Salida de Cádiz.—Mazagan.—Las islas Canarias. —Lanzarote.—La tierra del Fuego.—Expedicion en camellos.—El agua en ebullicion.—El palo carbonizado.—Las Palmas.—Llegada á Tenerife.

Nombrado administrador de todas las rentas del golfo de Guinea, despues de arrancarme con pesar de los brazos de mis queridos padres, á quienes dejaba sumidos en el mas profundo dolor, mi inquebrantable resolucion de conocer las posesiones que el gobierno queria colonizar en el golfo y bahia de Biafra y Guinea, compuestas de las islas de Fernando Póo, Elobey grande y chico, el cabo de San Juan y Annobon en el con-

tinente y mares de Africa, me embarqué en Cádiz el 10 de Octubre de 1860, en el magnífico vapor francés *Marroquí*.

A las cinco de la tarde zarpamos, y sobre la cubierta, arrasados en lágrimas mis ojos, ví desaparecer entre la bruma de la noche el suelo español. Tristes consideraciones brotaron en mi cerebro; mi carácter emprendedor, curioso y aventurero, me llevaba á visitar tierras extrañas y casi desconocidas. No habia vacilado en dejar las comodidades de mi casa, la compañía de mis amigos y el cariño de mis padres para arriesgarme en tan peligrosa expedicion.

Oficial de negociado del ministerio de Ultramar, mi jefe me habia dado á extractar, arreglar y combinar el expediente de colonizacion de las islas que España poseia en el golfo de Guinea. Habia leido y estudiado con sumo cuidado y atencion las Memorias del capitan de navío Lerena, de los misioneros Usera y Martinez, la del cónsul de Sierra-Leona, Guillemar de Aragon y los apuntes del teniente de navío D. Joaquin Navarro.

Estas lecturas y estudios incitaron vehementemente mis deseos, mi aficion de viajar, y conseguí ser nombrado administrador general de las posesiones españolas del golfo de Guinea.

Siete meses antes, el gobernador general de las islas, D. José de la Gándara, se habia embar-

cado en Cádiz con el material de guerra y de colonizacion, con los oficiales de ingenieros, artillería, y la magnífica compañía de obreros mandada por el teniente coronel D. Francisco Rodriguez Toubes.

Habia recibido órden de irme á reunir lo mas pronto posible con mi jefe, y se me facilitó órden de embarque en la fragata *Perlá* que conducia parte de la mision de padres jesuitas que debian establecerse en Fernando Póo.

Rápidamente fué cruzando el vapor las aguas africanas marroquíes, dejando á nuestra izquierda las plazas de Mogador.

A la mañana siguiente un serviola dió el grito de: ¡Tierra al Suroeste!... y á las siete estábamos en frente del continente africano. A las diez comenzamos á distinguir un ligero punto, que agrandándose en el horizonte, fué dibujando sucesivamente las casas y elevados minaretes de una ciudad morisca. Era Mazagan, ciudad del estado de Marruecos, situada cerca de la embocadura del Morvea, edificada en 1500 por los portugueses, que la llamaron Castro-Reale. Los marroquíes se apoderaron de ella en 1762. Su puerto está fortificado con veinte cañones. Aproveché las horas que necesitaba el capitan del vapor para descargar y cargar mercancías, y prévio el permiso del jefe de aquella aduana que

me consiguió el capitan, desembarqué para visitar la ciudad.

Mazagan, como todas las ciudades moriscas, está formada de calles estrechas y tortuosas, súcias hasta la inmundicia, revelando en su aspecto la ausencia total de policía urbana. Tiene unos 10.000 habitantes, algunas casas buenas y lindas, una plaza bastante regular donde está situada la mezquita, cuyo exterior es del más puro género árabe. Esto es lo único que me fué dado contemplar, porque su entrada está prohibida á los *infieles*. Presencié, sin embargo, al medio dia cómo el *muecin* desde lo alto del minarete ó torre de la mezquita llamaba con descompasados gritos á los sectarios del Islamismo á la oracion. Los moros no usan campanas en sus mezquitas, y suplen su sonido para llamar á los creyentes con la voz del *muecin*.

Visité el bazar de un judío que, como la mayor parte de los judíos de Marruecos, como procedentes de la expulsion de España, hablan medianamente el español. Mostróme sus mercancías, que se componian de telas inglesas en su mayor parte, babuchas y hermosas pieles; y siguiendo la costumbre hebrea de pedir primero un alto precio y rebajarlo despues hasta no dejar salir sin género al comprador, me dió en diez y seis duros una linda pipa por la que antes me habia pedido cincuenta.

Era un hombre muy comunicativo; me presentó á su mujer y á su hija Raquel, jóven lindísima, cuyo bello rostro presentaba uno de esos hermosos tipos de las vírgenes de la Biblia con su airoso talle y pintoresco traje.

No fuí tan afortunado con las marroquíes, pues aunque ví dos cerca del palacio del cadí, llevaban el rostro envuelto en una especie de anchas vendas, sin descubrir más que los ojos; de modo que imposible me fué ver sus facciones ni juzgar de su talle por llevar un largo y ancho albornoz.

Con recelo recorrí casi todas las calles de la ciudad, aunque el jefe de la aduana me habia dado por acompañante un moro de rey, y venia tambien conmigo un caballero inglés que se dirigia á las Canarias. Todos los moros que encontramos en las calles llevaban consigo largas espingardas y nos miraban con el asombro y desconfianza con que se mira á un extranjero en los pueblos donde aun no ha brillado la civilizacion.

A las cuatro de la tarde volvimos al buque para continuar nuestra marcha. Caminaba el vapor con la celeridad de una flecha: el Cielo se cubria de negras nubes, los relámpagos se sucedian con espantosa rapidez, y todo nos hacía presagiar una de esas tormentas tan frecuentes en las costas de Africa. Era intensísimo el calor.

Una ráfaga de viento arrojó la tempestad con inconcebible furia por encima del buque, que amainó las velas y se puso á la capa. La atmósfera se despejó completamente y nos dejó ver una nueva tierra, apareciendo como una punta en el horizonte, cual una especie de pirámide de deslumbradora blancura, que se dibujaba á lo lejos sobre el azul de un cielo aún más subido que bañaba su base en las trasparentes olas.

Era el pico de Tenerife, cuyo elevado y volcánico cono se divisa á más de veinte leguas de distancia. Con admiracion contemplaba aquel famoso pico, que rivaliza con las más altas simas del globo; y oia la explicacion del capitan, de cómo aquella punta, aguda en la apariencia, terminaba sin embargo por un rellano, en cuyo centro hay una sima que lanza de tiempo en tiempo masas de piedra con llamas y humo. Cuando más entretenido estaba oyendo al capitan, oyóse gritar por todas partes: ¡tierra á babor! (costado izquierdo del buque), ¡tierra á estribor! (costado derecho.)

Eran las seis de la mañana del dia 20, y en efecto brotaban tierras del agua en todas direcciones: nos hallábamos en medio del archipiélago que forman las islas Canarias, á quienes los antiguos dieron el hermoso nombre de *afortunadas*. Veíanse allí revolotear millares de esos lindos pajarillos llamados canarios, del nombre de

las islas que habitan estas encantadoras avecillas; amarillos unos y verdi-negros otros, cuyo canto es más delicioso y variado hallándose en libertad; ¡pobres huéspedes de aquellos bosques vírgenes de eterna verdura, á quienes de allí arrancan los europeos para dejarlos morir encerrados en la jáula, bajo un cielo demasiado frio para ellos!

Fondeamos en la rada de la ciudad de Arrecife, que es la capital de la isla de Lanzarote. Su longitud es de diez leguas, su anchura de cinco y veinticuatro su periferie. Es la isla más occidental y cercana á España, y tiene inmediatos los cinco islotes desiertos de Graciosa, Roca, Santa Clara, Infierno y Alegran; hallándose separada por un pequeño estrecho ó canal de Fuerteventura.

Compónese la isla de siete pueblos y treinta caseríos. A las diez saltamos en tierra, aprovechando las ocho horas que el capitan debia detenerse; y recorrimos la ciudad, cuyas calles se hallaban limpias y aseadas. Tiene una iglesia de una sola nave, de buena construccion, algunos cuadros medianos y un altar mayor de la época del Renacimiento. Los naturales del país usan para los trasportes, en vez de mulas y caballos, camellos, de los que ví gran abundancia, guiados algunos, con la mayor soltura y facilidad, por niños menores de doce años.

La isla de Lanzarote ha sufrido mucho á causa de los volcanes de que está rodeada, y en el año de 1824, segun nos refirió el cura de Arrecife, fué inundada por tres grandes bocas que se abrieron en los terrenos denominados del Fuego.

Esta explicacion del cura llamó notablemente mi atencion, y despues de preguntarle si estábamos lejos de dichos terrenos y haber sabido que en cuatro horas podíamos hacer la expedicion, propuse á mis compañeros si querian hacerla. Aceptada la idea, alquilamos unos camellos, y con gran algazara trepamos sobre ellos; y digo trepar, porque cuando me ví tan elevado del suelo, puedo asegurar que casi se me desvaneció la cabeza. El conductor de mi camello era un muchacho de unos diez y seis años, y debia ser nuestro guia, en cuya fisonomía se veia brillar la inteligencia.

—¿Cómo te llamas? le pregunté.

—Me llamo Carmelo y soy camellero hace cuatro años.

Como yo no me encontraba satisfecho en mi cabalgadura, quise conocer las costumbres de los camellos, y le pregunté á Carmelo si eran mansos y dóciles y cómo hacian para domarlos.

—Sí señor, me dijo Carmelo, son mansos y dóciles, pero hay que saberlos tratar: mi amo posee treinta y ocho, y de jóvenes les empezamos á enseñar, poniéndoles el albardon y acos-

tumbrándoles poco á poco á la carga. Empieza por doblar las rodillas para recibirla, y ellos mismos, con un instinto que causa admiracion, se levantan en el momento que creen no poder soportar más carga que la que tienen. Por naturaleza son dóciles y obedientes á la voz del que los cuida; pero en el período del celo es irascible y desconoce hasta su propio amo. Resiste la fatiga, la sed y el hambre, y en climas ardorosos y secos es el mejor y único trasporte que se debe usar. El camello, continuó Carmelo, debe tratarse siempre con cariño, pues de lo contrario, el que lo conduce se vé expuesto á ser maltratado por él, pues se defiende á mordiscos y con los piés y las manos. Carmelo me dijo que habia estado en la guerra de Africa llevando los camellos que el gobierno habia comprado á su amo, y en Ceuta habia presenciado el destrozar completamente un camello á un bagajero que injustamente lo habia maltratado, creyendo tal vez que el camello era como los mulos de Castilla.

Llegamos á una pradera, donde hicimos un alto para preparar nuestro frugal desayuno, que consistia en fiambres y unas botellas de Burdeos que nos habia preparado el cocinero del vapor. Poco faltaba para llegar al término de nuestra expedicion; pero Carmelo, que hacía de jefe de ella, nos dijo habia elegido aquel sitio para

nuestro almuerzo, por ser el único donde se encontraba el agua; pues debíamos entrar luego en las quebradas volcánicas de la tierra del Fuego.

Nos ofreció en una jarra leche de camella, que en honor de la verdad me pareció superior á la de vaca. Montamos por segunda vez en nuestros camellos, y al cabo de hora y media llegamos á lo que nuestro guia llamaba la tierra del Fuego. Era una inmensa llanura llena de montones de lava y piedra basáltica; conocíase á la simple vista, que en tiempos no muy remotos, aquel terreno habia sufrido alguna gran conmocion, efecto de las corrientes, gases, fuego y materias sulfurosas que debe haber en los antros interiores de aquel terreno, que la fuerza del calor interior habia agrietado y abolsado por todas partes.

—Bájese V., me dijo Carmelo, hemos llegado.

Me bajé, y Carmelo me dió unas especies de alpargatas ó esparteñas que me coloqué en los piés, para preservar que las suelas de mi calzado se quemasen al contacto de aquella tierra candente. Los demás compañeros hicieron lo mismo, y empezamos á andar armados de grandes palos por entre las rocas basálticas y montones de lava. Llegamos á una especie de planicie compuesta de un gran trozo de piedra

azulada; y desde allí pudimos gozar completamente del espectáculo magnífico que ofrece la tierra del Fuego.

De cuando en cuando veíase desprenderse por las grietas y desquebrajaduras de la tierra hilos de vapor ó humo.

Carmelo, saltando de piedra en piedra con su palo, llegó hasta cierto punto, y desde allí nos hizo presenciar un experimento sumamente curioso. Metió el palo y una botella de agua entre las cenizas y al lado de una de las grietas; á los diez minutos el agua estaba en ebullicion, y por la fuerza del calor rota la botella; el palo completamente carbonizado. Como el tiempo que teníamos era muy corto, no pude recorrer todo el territorio volcánico, y apresuramos nuestra marcha hácia el puerto para embarcarnos.

Nos habiamos detenido dos horas más de las que el capitan nos habia concedido.

No bien llegamos á bordo, aunque con política, nos manifestó su disgusto, pues decia que le habíamos causado el perjuicio de no poder detenerse en Fuerteventura á recojer reses vacunas, que debia traspostar á Las Palmas y Tenerife. Dímosle nuestras escusas y le prometimos resarcirle de los perjuicios que le habíamos ocasionado.

Emprendió su marcha el vapor sobre un mar bonancible, y una hermosa luna nos dejó con-

templar la isla desierta, casi en su totalidad, de Fuerteventura.

En el brazo de mar, interpuesto entre Fuerteventura y Lanzarote, que se conoce con la denominacion de Bocáina, se halla la pequeña isla de Los Lobos; siendo indudable que en algun tiempo debieron estar unidas ambas, y que por efecto de alguno de los cataclismos volcánicos, tan frecuentes en aquellas regiones, debieron separarse, formándose dos islas de lo que en otro tiempo debió ser sólo una.

Al dia siguiente, 21, llegamos á la isla de Las Palmas, célebre por sus vinos, y notable porque uno de sus picos, producto de tierras volcánicas y formado de prismas de basalto, figura á lo lejos un grupo de niños; de donde le ha venido el nombre de *roca de los muchachos*. A nueve leguas de allí está la Gorrea, otra de las islas Canarias, donde Colon, en 1492, al marchar á descubrir las Américas, se detuvo á componer y reparar sus caravelas. Más allá, á doce leguas de distancia, se vé la isla de Hierro, la más pequeña del grupo; empero una de las más célebres desde que el cardenal Richelieu, ese gran ministro de Luis XIII, habiendo reunido los principales astrónomos de España y Francia, hizo se decidiese la colocacion allí del meridiano, y que los franceses lo tomasen por punto de partida de la longitud terrestre en direccion á Oriente.

En medio de estas islas, que aunque son doce, sólo siete son de importancia, por estar las demás casi deshabitadas, está la capital de la Gran Canaria, Las Palmas; si bien Santa Cruz de Tenerife, es la verdadera reina, por ser la residencia del capitan general y gobernador civil.

Todo el dia 21 permanecimos en la ciudad de Las Palmas, que tiene de 4 á 10.000 vecinos, buenas calles, dos hermosos paseos, la audiencia, el palacio del obispo, tres lindas iglesias, una hermosa catedral, cuya axide está compuesta de columnas de grande elevacion en forma de esbeltas palmeras, comprimiendo su bóveda el enlace de las ramas de las palmas unas con otras; produciendo esto el efecto óptico más bonito que se puede figurar.

Las mujeres de la Gran Canaria son bellas en lo general, y usan de unos mantos blancos que rebozan al cuello con cierto aire de coquetería, que aumenta la gracia de sus expresivos y marcados rostros.

CAPÍTULO II

Tenerife.—La ciudad de Santa Cruz.—La familia de Cambrelem.—Carta de recomendacion.—Compañeros de viaje.—Una leccion al geógrafo y viajero Arago.—Nelson y las banderas inglesas.—Salida para el Téide.—La Laguna.

A las nueve de la noche volvimos á embarcarnos. Ni el más ligero viento rizaba el mar; de modo, que á pesar de los deseos del capitan, no pudimos largar las velas, y á fuerza de vapor entramos á las diez de la mañana en Santa Cruz de Tenerife. La isla más grande, más fuerte y mejor cultivada de las islas Canarias. En medio de la isla levantábase el blanco pico del Téide que habíamos divisado desde antes de llegar á Lanzarote. Desde el vapor, y antes de desembar-

car, lo primero que admiró mi vista fué el monumento que corona la estátua de Nuestra Señora de la Candelaria, y que parece sostenida por cuatro figuras históricas. Pregunté lo que representaba, y me dijeron que aquellas cuatro figuras eran las de los cuatro últimos reyes guanches que combatieron con los españoles cuando estos se apoderaron de las Canarias.

Los guanches, que fueron los primeros habitantes de aquellas aisladas tierras, eran, al menos así se ha supuesto, una colonia de egipcios. Eran grandes, robustos y tan ágiles, que bajaban de lo alto de las montañas saltando de pico en pico, auxiliándose con unas lanzas de nueve á diez piés de largo, en las que se apoyaban para tomar carrera, salvando á saltos los barrancos y distancias más que regulares de roca en roca. Era su traje de piel de cabra; su alimento una pasta compuesta de cebada machacada y mezclada con agua y miel. Valíanse de piedras en sus combates, las que arrojaban con tanta fuerza como destreza. Habian abierto sus habitaciones en las rocas, y todavía se vé uno de sus pueblos con sus viviendas así abiertas y talladas en la roca en la Gran Canaria. Los guanches habian conservado de los egipcios, al parecer, de quienes se le supone descendientes, el modo de embalsamar los muertos de modo que no se corrompiesen jamás. Colocábanlos en grandes gru-

tas abiertas en las rocas, y durante mi permanencia en esta isla, yo mismo he visto alguna de estas cavernas sepulcrales en que permanecian intactos los cuerpos, aunque encerrados allí desde hace muchos siglos. Estas momias, por el procedimiento particular con que se embalsamaban los cuerpos, son tan ligeras como la paja, y está cosida la piel que las cubre, siendo sus puntadas tan iguales y tan finas, que asombran por su destreza y primor.

Los guanches tenian sus reyes, á los que permanecieron sumisos hasta que los españoles, despues de descubrir las islas Canarias, aún no hace cinco siglos, en el año de 1485, hubiesen exterminado, por decirlo así, el último de los hijos de este pueblo tan valiente; pero que á la larga no pudo resistir al número, á la disciplina y la superioridad de las armas de sus conquistadores.

La ciudad de Santa Cruz, hoy puerto franco, presenta gran vida y animacion por el número de extranjeros procedentes de todas las naciones que allí vienen para su comercio á disfrutar de las franquicias del puerto. Así es que sobre su poblacion constante de catorce mil quinientos ochenta y seis vecinos, tiene otra poblacion flotante extranjera, la que para su alojamiento encuentra varias y elegantes fondas á precios bastante equitativos.

Desembarqué, y despues de dejar en la aduana mi equipaje, me dirigí á casa de la señora de Cambrelem, para quien la condesa de Torrepando me habia dado una carta, con cuyo hijo, el actual conde, me ligan una amistad fraternal, y que casado con una de las hijas de dicha señora, debia ser mi amparo en aquella ciudad, completamente desconocida para mí.

La señora de Cambrelem y sus hijas, con la amabilidad que las caracteriza, me hicieron un recibimiento cordialísimo. Habian oido hablar mucho de mí á su hijo político el conde de Torrepando. Se empeñaron en tenerme en su casa, pero yo, que siempre he amado la independencia y la libertad, preferí irme á la fonda. Su hijo mayor D. Eugenio Cambrelem, secretario en aquella época del gobierno civil, me acompañó á la fonda inglesa, donde quedé hospedado perfectamente en un precioso cuarto con vistas al mar.

La fragata *Perla*, donde debia embarcarme de órden del gobierno, se habia dado á la vela hacía dos dias, de modo que tuve que resignarme á permanecer diez y ocho dias en la isla esperando la llegada del paquete inglés de la compañía africana.

Esta detencion me hizo concebir el pensamiento de recorrer la isla, y si encontraba compañero, á pesar de lo avanzado de la estacion, hacer la ascension al Téide.

La fortuna me proporcionó tres compañeros curiosos y decididos como yo. Un capitan irlandés que iba de guarnicion á Cabo-Costa, llamado Thompson, y dos señores franceses, Mr. Dumont y Mr. Arlevill, miembros de la sociedad geográfica que venian de la isla de Hierro.

En la mesa redonda á la hora de la comida, hice conocimiento con dichos señores, y desde aquel momento empezamos á preparar la expedicion. Mr. Arlevill y Dumont me preguntaron si era aficionado á las ciencias geográficas. Contestéles que sí; no solamente á la geografía, sino á la historia natural, numismática y arqueológica.

—Seremos buenos compañeros de viaje, me dijo Dumont.

—¿Y V., capitan? le pregunté á Thompson.

—Yo, dijo Thompson, tambien soy muy aficionado, y esta aficion me lleva precisamente á la costa de Africa, á donde voy de capitan comandante gobernador del castillo de Cabo-Costa.

—¿Cuándo piensa V. marchar? le pregunté yo.

—En el próximo paquete, que saldrá de este puerto el dia 30.

—Yo tambien marcho en ese paquete, le contesté.

—Pues qué, ¿va V. tambien á la costa de Africa?

Entonces le referí la expedicion que el gobierno habia mandado para colonizar las islas de Fernando Póo, Corisco y Annobon.

Arlevill y Dumont debian tambien partir en el mismo paquete para San Luis del Senegal; de modo que la casualidad nos habia hecho reunir á los cuatro. Pronto fuimos amigos. Thompson hablaba perfectamente el inglés, y como Arlevill, Dumont y yo no hablábamos el inglés, Thompson nos serviría de intérprete en el vapor.

Por unanimidad quedé nombrado director de la expedicion, que fué aplazada para el dia siguiente. Mi amigo Cambrelem debia proporcionarnos guias y acémilas, para lo cual me fui á verle. Le pareció que era demasiado pronto el dia que habíamos fijado, y por su consejo retardamos dos dias la expedicion; tiempo necesario para que el guia y los bagajes estuviesen listos en la Orotava.

Se lo comuniqué á mis compañeros y salimos juntosá visitar la ciudad.

—Qué le parece á V. la ciudad? dije á Arlevill.

—Muy bien, me contestó; es limpia, aseada, sus calles bien empedradas, gran movimiento mercantil por la franquicia de su puerto, tiene buenos edificios, bonito teatro, buenas iglesias. El trato de sus habitantes es bueno, afable, cortés, no carecen de instruccion, pues he visitado

tres escuelas de niños y una de adultos. Las mujeres son graciosas y en su mayor parte bellas.

—Pues bien, amigo Arlevill, le dije, vuestro célebre compatriota Arago dice todo lo contrario en su viaje alrededor del mundo, lo cual me hace creer que no llegó á pisar este delicioso país.

—No es posible, me dijo Arlevill; Arago es un gran geógrafo, un gran viajero y de los más verídicos.

—Dispensadme, amigo, no trato de ningun modo de quitar su mérito á Arago; pero os puedo asegurar que entre las mil sandeces que dice al hablar de Tenerife, las hay de tal calibre, que V. mismo en el elogio que antes me ha hecho, viene á darle el más solemne mentís. Dice que sus habitantes son toscos, haraposos, que el gobernador no sabe ni aun leer: si de este modo ha escrito todos sus viajes Arago, felicito á los lectores de sus obras por lo instruidos que quedarán.

—Puede, dijo Dumont, que se equivocase, pero yo prometo á V. revindicar completamente las falsedades dichas por Arago en contra de este hospitalario y civilizado país, en la Memoria que tengo que presentar al gobierno francés.

—Doy á V. las gracias, amigo mio, le contesté, en nombre de la verdad y de los habitantes de Tenerife.

Recorrimos despues la iglesia de Nuestra señora del Pilar, y la principal, Nuestra señora de la Concepcion, magnífico templo de cinco naves, bien adornado con ricas alhajas y ornamentos; un buen coro y servido por un párroco y numeroso clero. Noté que Thompson se habia quedado parado con mucha insistencia delante del altar de Santiago y de la vírgen de la Candelaria, á cuyos lados, colocadas en unas urnas con cristales, habia dos banderas.

—Banderas inglesas! dijo Thompson asombrado.

—Sí, le contesté, dos banderas inglesas conquistadas gloriosamente el 21 de Julio de 1797 al almirante Nélson por estos isleños tan maltratados por Arago.

—Por Dios, amigo, no sea V. tan cruel, me dijo Dumont.

—Yo creí, dijo Thompson, que los españoles no tenian ningun trofeo inglés.

—Está V. equivocado, le dije, teníamos varios; pero así como los franceses en 1808 se apresuraron á arrebatarnos la espada de Francisco I, que era el más bello adorno de nuestra Armería real, así tambien los ingleses, nuestros *generosos* y desinteresados auxiliares en aquella gloriosa lucha, se apresuraron á recoger cuantos trofeos conservábamos de nuestras victorias sobre Inglaterra; al par que, tambien siempre como

auxiliares, y por hacernos bien, destruian nuestra magnífica fábrica de porcelana y china del Buen Retiro, cuyos productos hoy son tan buscados por los coleccionistas. En Cádiz, tambien como en Sevilla y Valencia, destruian los telares de sedas y las fábricas de hojalata que les hacian sombra en el Ferrol.

—No conozco bien el episodio de la pérdida de estas banderas, me dijo Thompson.

—Yo se lo contaré á V. Nelson con su escuadra tenia bloqueada Santa Cruz de Tenerife: hacía ocho dias que los cañones de su potente escuadra batian las murallas de Santa Cruz. Nuestra artillería, más débil y de ménos potencia que la inglesa, no habia podido hacer en los buques los estragos que la de Nelson habia hecho en nuestras murallas. Tres brechas habian abierto, nuestros fuegos casi estaban apagados, el sol llegaba hácia el ocaso. Nelson prepara las lanchas de desembarco, se aproximan á la brecha, logran penetrar en los recintos de la plaza, encuentran la muralla desierta de defensores. Ebrios de gozo creyendo suya la plaza y completa la victoria, se lanzan por las plazas y calles. Entonces, por un movimiento rápido, son cercados los ingleses por todas partes por los soldados españoles y pueblo armado, que hacen en ellos una terrible carnicería; apenas una tercera parte logran reembarcarse. La escuadra, que se habia aproximado á

la plaza para con más facilidad hacer el desembarco, está á tiro de nuestros cañones. Rompen estos el fuego, y una bala certera deja manco y mal herido al almirante Nélson, que tiene que retirarse ante los gritos de victoria de un puñado de soldados y hombres del pueblo armados, que tan gloriosamente han defendido su ciudad y derrotado al coloso de los mares. De esta gloriosa y memorable jornada son trofeos las dos banderas que el católico pueblo de Tenerife vino, en el colmo de su alegría y entusiasmo, á depositar á los piés de la inmaculada vírgen, su divina patrona.

—¡Honra y gloria á los habitantes de Tenerife! exclamamos á un tiempo Arlevill, Dumont y yo.

El capitan, cogiéndome del brazo me díjo:

—Estoy cansado, vámonos á descansar al casino.

Comprendí lo justo de la observacion y nos fuimos al casino, donde se reune lo principal de la poblacion. Allí nos encontramos á mi amigo Cambrelem, el que me presentó á los Sres. Betancourt y Monteverde. Por la noche fuimos al teatro, y al dia siguiente á las cuatro de la mañana montamos á caballo para dirigirnos á la Orotava, donde debia esperarnos el guia para hacer la ascension al pico.

Al salir de la ciudad emprendimos el camino de La Laguna, que sigue á las alturas inmediatas;

por espacio de una legua se halla este camino perfectamente conservado, tanto, que mis compañeros franceses me hicieron notar ser tan bueno como las carreteras francesas, y muy parecido por las inclinaciones del terreno, al camino de Bayona á Behovia. Pronto el camino, aunque bien conservado aún, no es mas que una cuesta rodeada por sus dos lados de peñascos y alguna que otra tierra sembrada de maiz. Conforme nos acercábamos á La Laguna, el campo presenta mejor aspecto, y una vez en la planicie en que está construida la ciudad, divisamos á su alrededor campos de trigo y maiz y jardines en plena belleza, rodeados de muros guarnecidos de emparrados y enredaderas.

D. Juan Cambrelem, comandante del batallon de milicias disciplinadas de la Orotava, batallon del que en mi menor edad, por gracia especial y en atencion á los servicios de mi padre, fuí nombrado teniente, nos salió á recibir. Un cordial abrazo nos unió con la estrecha y sincera amistad que me habia unido anteriormente á su familia. Con él visitamos lo más notable de la ciudad, su iglesia, el cuartel de milicias y la escuela.

—Apunte V., amigo mio, le dije á Arlevill, ya ve V. cómo aunque Arago dice que nadie sabe leer aquí, cada pueblo tiene su escuela.

Pero cuál no sería la admiracion de Dumont

al ver en las paredes colgados la coleccion de mapas geográficos de que él era autor, y al ver la maestría con que un niño de 11 años, con un punzon en la mano, enseñaba á un grupo de pequeños de ocho á nueve las cuatro partes del mundo, las provincias de España y departamentos de Francia.

—Sois enemigo implacable de Arago; me dijo Arlevill.

—No, le contesté; soy solo amigo de hacer brillar la verdad y la justicia en todas partes; y para convencer á V. más, entremos á visitar este edificio que está enfrente de la escuela.

—Qué edificio es?

—Es la Universidad, dijo Cambrelem, Universidad establecida en 1701, por bula de Clemente XI, y por decreto de Felipe V en 1744. Ya ve usted, amigo mio, si aquí sabrán leer los gobernadores y capitanes generales.

Visitamos detenidamente todas las cátedras y gabinetes de ciencias, y despues tomamos un pequeño refrigerio en casa de D. Juan Cambrelem.

CAPÍTULO III

La Orotava.—El Drago.—Empieza la ascension.—La region de las nubes.—Caida del capitan Tompson.—Me convierto en cirujano.—Tisana especial del capitan.—Mala noche.—Las pulgas.—Meditaciones.—La salida del sol.—El espejismo.—La isla de San Balandran.—Tacoronte.—Momias de los gauchos.—Coleccion del Sr. Catalina.—Vuelta á Santa Cruz.

Montamos á caballo, y sobre las tres de la tarde llegamos á Aguagarcía, uno de los sitios más amenos y pintorescos de las islas, desde donde se descubre el pueblo de Tacoronte. Seguimos nuestro camino hasta Matanza, donde debíamos pernoctar.

A la mañana siguiente salimos para la Orotava, que es indudablemente el valle más her-

moso que he visto en mi vida. Su clima es una eterna primavera, sus calles limpias y aseadas, y tan feraz su terreno, que se encuentran mezcladas las frutas de Europa y América.

Entre las cosas notables que vimos, fué un magnífico ejemplar del *Drago*, que creo es el único que existia en aquellas latitudes, pues mi amigo Betancourt, el año pasado en Sevilla, me ha asegurado que hoy dia ya no existe. Este *Drago* tenia, segun los inteligentes, más de mil ochocientos años.

Descansamos en una posada, y al dia siguiente, á las tres de la mañana, emprendimos nuestra marcha; en un mulo llevábamos el agua y víveres para los dos dias que debia durar la expedicion, y en otro mulo los abrigos é instrumentos para medir la temperatura, elevacion, etc.

Empezaba á despuntar el dia, cuando salimos por un camino escabroso y sembrado de piedras que, gracias á nuestros excelentes caballejos, salvamos pronto. El sol naciente, el tinte claro oscuro con que estaba rodeada la montaña, el ruido de las olas que se estrellaban á nuestros piés, daba á todo lo que nos rodeaba un aire de severidad que invitaba al recogimiento, y contra el cual, nuestra alegría naturalmente expansiva, combatia trabajosamente.

Durante una hora subimos un sendero estre-

cho que abordaba precipicios cubiertos de lava; á nuestra izquierda vimos algunas cabañas rodeadas de higueras y cautus y enredaderas, y por la derecha inmensos viñedos cultivados á estilo de las Provincias Vascongadas, en forma de parrales. Poco despues, un frondoso valle cubierto de castaños. Pasado este valle no encontramos más que terrenos completamente estériles. Nuestro guia Jorge, nos anunció que entrâbamos en la region de las nubes.

—Por qué se llama así? le preguntamos.

—Mirad, nos dijo, á la altura en que estamos; parece enteramente que las nubes y vapores que en este momento cubren y envuelven el valle de la Orotava, están á nuestros piés.

Seguimos subiendo, dejando á la espalda toda la série de eminencias que separan la Orotava de La Laguna, y entramos en el camino llamado de la Garganta. Dos ó tres veces conejos y liebres, asustados del ruido que hacíamos, habian venido á cruzarse entre los piés de nuestros caballos, pero desgraciadamente me habia dejado olvidada en la posada de Orotava mi escopeta de dos cañones.

Cada vez iba haciéndose más difícil la ascension. Muchas veces nos deteníamos á considerar la gran masa de nubes producida por los condensados vapores de los bosques que nos ocultaban el Océano: otras veces se ofrecia á nuestra

vista inmensos peñascos que, á semejanza de un muro, parecia iban á detenernos en nuestro camino: otras veces parecia que el firmamento estaba á nuestras plantas, y otras que aquellas montañas y piedras, suspendidas sobre nuestras cabezas, iban á sepultarnos.

Este espectáculo, completamente nuevo para mí que no habia ascendido nunca á montañas tan elevadas, me tenia abstraido y encantado en su contemplacion. La voz de Jorge vino á sacarme de mi éxtasis.

—Señores, hemos llegado á la *Gruta del Pino*, y aquí debemos almorzar y dar descanso á las caballerías.

Llámase la gruta del Pino, porque en medio de ella crece un pino resguardado de la accion de los vientos por la concavidad de piedra pomez que forma la gruta. Habíamos llegado á 1400 toesas; el aire era muy frio, almorzamos frugalmente y seguimos despues la ascension. Habíamos llegado á la parte de las gargantas más estrecha; el suelo estaba formado de peñascos de basalto y fedespato, la vejetacion casi por completo habia desaparecido. El *spartium supra nubium* era la única planta que allí crecia.

Tropezando á cada paso y cayendo, llegamos á un punto que en la opinion de Arlevill era formacion toda de explosiones volcánicas modernas, pues á la derecha de la senda que seguíamos

habia un cráter que parecia haber estado en actividad en época no muy remota. Thompson quiso ir á reconocerlo, nosotros le esperamos. Al poco tiempo oimos un quejido y la voz de Jorge que decia:

—Señores, por aquí, por aquí. El inglés se ha despeñado.

Efectivamente, el caballo habia resbalado en una losa basáltica y el capitan habia rodado hácia uno de los precipicios, deteniéndose milagrosamente en unas ramas de líquen.

Con las cuerdas que teniamos hicimos una maroma de nudos y pudo, ayudado de Jorge y dos bagajeros, subir el capitan, con el cuerpo lleno de contusiones y una herida en la cabeza que brotaba bastante sangre.

Al salir de Madrid, mi madre me habia provisto, con ese celo cariñoso peculiar de las madres, de un botiquin, y yo habia tenido la precaucion de poner en mi bolsa de viaje árnica, aglutinante, trapos é hilas.

Cual si fuera un consumado practicante, saqué mi bolsa, apliqué el árnica á la herida y vendé su cabeza.

—Sois un verdadero cirujano, me dijo el capitan, pero se ha olvidado V. de lo principal.

—No le comprendo á V., le contesté; le he vendado la herida poniéndole aglutinante; le he

puesto paños de árnica en las contusiones; no creo quede más que hacer.

—Sí tal, me dijo sonriéndose; falta la tisana, y la tisana de un verdadero inglés es una botella de rom.

Arlevill se apresuró á buscarla, y el capitan bebió con avidez cerca de media botella. Con las mantas y abrigos le hicimos una cama para que descansase algunos momentos.

Hora y media duró su sueño, y repuestas sus fuerzas, volvimos á emprender nuestra caminata, llegando al cabo de tres mortales horas de marcha penosísima á la *estancia de los ingleses*, término de nuestra jornada de aquel dia.

La tarde empezaba á caer: el viento Norte nos helaba; el pobre capitan estaba quebrantado de su caida, los mozos y el guia fueron á buscar leña y al cabo de diez minutos ardia una inmensa hoguera en la puerta ó entrada de la *estancia de los ingleses*.

Preparóse la comida; pero el pobre capitan, atacado de la fiebre no probó bocado, contentánse sólo con otra segunda toma de su tisana, esto es, con el rom que quedaba en la botella.

Al amparo de las rocas, abrigados con nuestros capotones y engranando como mejor se podia nuestros huesos con los cantos del suelo, tratamos de dormir poniendo por almohada nuestros sacos de viaje. Todo fué en vano; el

ruido de los caballos, el contínuo cantar de nuestro guia y una verdadera plaga de pulgas grandísimas, nos impidió cerrar los ojos en toda la noche; el único que dormia profundamente era el capitan.

En vano quise oponer una resignacion estóica á las picaduras de tan desagradables insectos. Por fin, á media noche, viendo que no podia de ninguna manera conciliar el sueño, encendí un cigarro, me envolví en mi capote y me salí fuera de la gruta. Miré el termómetro que á las ocho de la noche marcaba 13 grados cuando nos acostamos y que habia descendido hasta 8. Con dificultad podia verse noche más bella.

El cielo, de una pureza extraordinaria, estaba sembrado de innumerables estrellas que esparcian tal claridad en la atmósfera, que podia creerse que aún alumbraba la luna traspuesta ya de aquel horizonte. Las montañas que me robaban una gran parte del cielo, se destacaban con tintas oscuras bastantes pronunciadas para que se marcase claramente sus contornos. A algunos pasos de nuestra gruta reinaba el silencio más profundo; fácilmente se podia hacer ilusion de estar aislado en aquella soledad y entregarme á mi gusto al recogimiento y meditacion que me inspiraba.

Una multitud de reflexiones asaltaron mi mente en aquellos instantes; pensaba en mi país,

en mi familia, en mis amigos y en las eventualidades dichosas ó menguadas de un viaje que se estrenaba con aquella interesante ascension que tan gratas emociones me causaba y que habia de ser, digámoslo así, el prólogo de las que despues hice á Camesones, Santa Isabel y Monte-Cristal.

De estos sueños salia lleno de confianza para el porvenir; admiraba en la naturaleza una vez más sus mayores maravillas, el deseo de estudiar me habia conducido hasta allí, y aunque para satisfacer cumplidamente este propósito me faltaba estar iniciado en las ciencias, me compensaba en cierto modo la influencia que ejercia en mi espíritu, tornándole al pasado y anticipándole el porvenir.

Despues de una hora de paseo, regresé á la gruta aterido de frio, y me encontré á mis compañeros procurando buscar en la inmovilidad el descanso que les negaba el sueño. Tomé asiento al lado del fuego y esperé sin impaciencia el dia. El frio era cada vez más intenso; el termótro habia bajado 5 grados.

A las cuatro de la mañana empezó á rayar el dia y salimos con direccion á *Alta-vista*. Media hora despues pasábamos por delante de la *Cueva de las nieves*, gruta en que todo el año se mantiene el agua congelada, y es, digámoslo así, la nevera de que se surten los cafés de la Orotova, La Laguna y Santa Cruz.

Desde este punto presenciamos uno de los espectáculos más hermosos á que se puede asistir en los países montañosos, que es la salida del sol.

De entre los vapores que cubrian el Océano salia majestuoso y radiante, al parecer agrandado y aplanado más allá de toda idea, el sol, á causa de la refraccion. Los efectos de radiacion le prestaban algo de fantástico. Difícilmente podria representarlo el pincel, cuanto más describirlo la pluma.

—¡La isla! ¡la isla! ¡mirad, señores, la isla! dijo Jorge, señalando el horizonte.

—¿Qué isla? le preguntamos nosotros.

—La isla de San Balandran, nos dijo Jorge con aplomo. Tres veces la he visto yo, señores, y sin embargo, mi vecino Pablo me dice que es mentira, que no existe tal isla, que ningun navegante la ha visto ni ha llegado á ella.

—Jorge, tu vecino Pablo tiene razon: la isla de San Balandran no existe, le dije yo; fíjate bien y verás que todo es efecto del fenómeno llamado *espejismo;* así, nota bien que parece que las casas, las torres, los muros y castillos están todos al revés.

—Teneis razon, me dijo, pero no por eso he dejado de verla ya tres veces.

En vano nuestro compañero Dumont se esforzó en explicar el *espejismo* á Jorge; éste, cada

vez más incrédulo, llamó á los mozos que llevaban las acémilas, y á grandes voces, y señalando con el dedo, les mostraba la ya casi desvanecida isla en el horizonte, para que á su llegada á la Orotava pudieran afirmar á Pablo lo que habian visto. Diez minutos despues el sol se habia elevado en el horizonte y la fantástica isla habia desaparecido.

El termómetro señalaba 5°8, y el barómetro habia bajado á 0^{m}.49.

Una hora despues divisamos el pilon, llamado así por su semejanza á los de azúcar.

Poco antes de llegar á su planicie, recogimos musgo del que tapiza muchas grietas, que despiden vapores acuosos muy cálidos.

Desde este punto la marcha se nos hizo sumamente dificultosa, pues el suelo está cubierto de obsidianas movedizas que nos hundian hasta media pierna; escusado es decir que los caballos los habiamos dejado en las cuevas de las nieves.

La rarefaccion del aire nos produjo al capitan y á mí un flujo de sangre por la nariz.

Ultimamente, con muchísimo trabajo abordamos el cráter, cuyas paredes, ligeramente inclinadas, se elevan á alturas desiguales; sus contornos despedian en abundancia vapores sulfurosos, aunque el fondo del cráter parecia apagado enteramente.

—Creo, me dijo Arlevill, que este cráter, al

parecer apagado, llegará dia en que produzca alguna erupcion; pues noten ustedes la flor de azufre que se ve entre las grietas del basalto, completamente cristalizado por el calórico.

Recogimos algunos ejemplares y proseguimos el camino, siempre ascendiendo, pero cada vez con más dificultad, hasta que Jorge nos dijo era ya casi imposible seguir más adelante.

—Han llegado ustedes al punto donde en esta estacion se puede llegar; el seguir adelante será una temeridad. Hace dos años, dos ingleses se empeñaron en subir hasta el mismo pico, pero les costó cara su curiosidad. Uno de ellos cayó en uno de esos inmensos precipicios que ven ustedes á la derecha; y por más esfuerzos que se han hecho, no se ha podido encontrar su cadáver.

Para llegar á la cúspide, nos faltaban solo cuatrocientos piés. Habiamos llegado á donde los viajeros más audaces; á donde el almirante D'urville, en el mismo mes el año 1837, habia llegado. La vanidad del viajero estaba satisfecha.

Regresamos por el mismo camino, llegando al dia siguiente á Tacoronte, donde reside un anticuario llamado el Sr. Catalina, que posee un gabinete muy bueno de antigüedades; pero lo más notable que tiene, son seis momias de los guanches, antiguos pobladores de las islas Canarias.

Grande ha sido siempre mi aficion á la numismática y á la arqueología. Era todavía muy niño, y la vista de una moneda antigua, un trozo de hierro oxidado, ó una espada de época desconocida, me llamaban más la atencion que los juguetes y objetos modernos que hacían las delicias de mis compañeros. Hoy dia, hombre ya, es tal mi aficion, que mi despacho es un verdadero museo. Armas, monedas, medallas, lámparas, candiles romanos, ídolos de todas clases, forman mis delicias, y son inseparables compañeros de mis muchos viajes.

Con cuánto placer visitamos mis compañeros y yo la coleccion del Sr. Catalina, y quedamos no menos encantados de la delicada atencion y fina amabilidad con que el Sr. Catalina, con la proligidad y orgullo que tiene todo propietario, nos fué enseñando uno á uno todos los objetos de su abundante, rara y preciosa coleccion. Allí (aunque no con el órden y método con que hoy los clasifica la ciencia) habia un gran número de pájaros raros de la India y del Africa; peces, conchas, armas de varias naciones y tríbus de Africa; empero lo que más excitaba nuestra atencion eran las momias de los guanches.

—Reparad, me dijo Arlevill, qué estatura tan colosal tenian los guanches, y mirad las fajas de hilo con que está envuelto todo el cuerpo. Esto revela el antiguo sistema de embalsamamiento

de los egipcios, de quienes debieron tomarlo.

Nos despedimos del anticuario; montamos en nuestros caballos y nos dirigimos á Santa Cruz á esperar el vapor que debia llegar al dia siguiente; pero el hombre propone y Dios dispone. Estaba escrito que deberíamos pasar algunos dias más en Santa Cruz, que yo aproveché en comprar infinidad de objetos que me habian de ser sumamente útiles en Fernando Póo.

Al dia siguiente, despues de visitar á la familia de Cambrelem, visité á la señora del general Gándara, que despues de haber permanecido siete meses con sus dos hermosas hijas Rosa y María, no pudiendo soportar por más tiempo los rigores del clima, y habiendo sido atacada de las fiebres del país, deseando salvar la vida de sus hijas, abandonó la isla inhospitalaria de Fernando Póo, y vino á situarse en Canarias como punto más próximo á donde estaba su marido. No olvidaré nunca los buenos consejos que para mi salud me dió esta amable y virtuosa señora, ni las agradables horas que al lado de sus bellas é instruidas hijas pasé.

Aquella noche la aprovechamos para ver el teatro, punto de reunion de lo más elegante y aristocrático de la ciudad. Ocupadas durante el dia toda la gente en sus asuntos mercantiles, dedican la noche al teatro siempre que hay buenas compañías. Allí despliegan su lujo las hermosas

isleñas, cuyo traje favorito es el blanco, con grandes lazos de color. Su tez es algo morena y en sus grandes y rasgados ojos brillan los rayos del sol de Africa, no faltando algunas deliciosas blancas y rubias como las de la familia de Cambrelem. No son exajeradas en el vestir, y su trato muy parecido al de las americanas, usando mucho del impersonal con una gracia encantadora, y un acento mitad andaluz y mitad americano, que embelesa á los españoles, y á quien dan el título de peninsulares, y son muy apreciados en la isla. En el teatro se hacen visitas de palco á palco, y allí me presentaron á las principales familias isleñas, que se compadecieron mucho de mí al saber iba á Fernando Póo. Tales eran las noticias que sobre aquella mortífera isla se tenian en Tenerife. Actuaba una compañía de zarzuela mediana: el teatro estaba completamente lleno, y la mayor parte de las localidades abonadas; los asientos cómodos y su precio muy reducido. Despues del teatro, asistí á la serenata que la guarnicion dió al capitan general Ametller.

CAPÍTULO IV

Salida.—El Ethiope.—Encuentro á bordo.—Naufragio de la Medusa.—Intransigencia protestante. La fosforescencia.—Peces voladores.

Por fin el dia 3 de Noviembre, á las seis de la mañana, entró en el puerto el paquete inglés; magnífico vapor de hélice, llamado *Ethiope*, el que segun nos dijo el fondista, debia salir á las tres de la tarde. Nos apresuramos á recojer nuestros equipajes el capitan, Arlevill, Dumont y yo. Me despedí de la familia Cambrelem, á la que habia debido toda clase de atenciones; y á la hora fijada entramos en el *Ethiope*.

El *Ethiope* es un magnífico buque, en el que como en todo vapor inglés destinado á largas travesías, se hallan reunidos para los pasajeros todos cuantos elementos de seguridad, comodidad y distraccion ha inventado la moderna civilizacion.

Cincuenta y ocho pasajeros llevaba el vapor, que debia ir dejando en los diferentes puntos de la costa de Africa.

Cuál no seria mi asombro al reconocer entre ellos á mi amigo y condiscípulo D. Pio Emparanza; despues de habernos reconocido y de manifestarnos mútuamente nuestro asombro, le dije:

—¿Qué feliz casualidad nos reune sobre la cubierta de este buque?

—La misma pregunta te iba á dirijir yo.

—¿A dónde vás?

—Voy, me dijo, de vice-cónsul á Sierra-Leona.

—Yo de administrador á Fernando Póo. Tengo el gusto, le dije, de presentarte á mis amigos y compañeros los Sres. Arlevill y Dumont, de la Academia de geografía de Francia, y al capitan Tompson, gobernador de Cabo-Costa. D. Pio Emparanza, vice-cónsul de España, dije, dirigiéndome á mis tres amigos. Se dieron mútuamente la mano, y desde aquel momento formamos un grupo de amigos, que en la larga navegacion que íbamos á emprender, debíamos sernos útiles unos á otros.

A las cuatro y media de la tarde salió del puerto el vapor, y nos lanzamos á la mar con un tiempo sumamente bonancible. A las seis ya habíamos perdido de vista la ciudad, divisándose solo el Téide, cual coloso que alza su cabeza entre las olas del mar. A las seis y media la campana nos anunció habia llegado la hora de comer. El trato es expléndido. La comida se compone de muchos platos, pero sazonados á la inglesa y extremadamente picantes. Los vinos son aparte, y cada cual toma el que más le place; llevando cuenta el contador del buque para satisfacerla al final del viaje. El mozo del comedor nos dijo que á las diez de la noche se serviría el té; y para que estuviéramos enterados, que á las siete de la mañana, se servia té con galletas; á las doce, el *lunch*, que es un verdadero almuerzo compuesto del indispensable *roast-beaf*, jamon en dulce, pescado, y toda clase de pastas.

Enterados de las horas de la comida, nos subimos sobre cubierta á fumar un cigarro, y á las once y media se apagaron todas las luces del vapor y nos fuimos á la cama.

El *Ethiope* se hallaba ya á ciento cincuenta leguas de las Canarias, y habia pasado hacía mucho tiempo el trópico de Cancer, cuando una tarde, mientras hablábamos sobre cubierta, se acercó el capitan á nuestro grupo. Saqué la pe-

taca, le dí un cigarro, y le pregunté la latitud á que nos encontrábamos.

—A 21 latitud desgraciada, respondió el capitan, dejando exhalar un fuerte suspiro de su pecho.

—¿Por qué, desgraciada?

Repitió el suspiro, lo que provocó más mi curiosidad:

—¡Ah, dijo, es que aquí, al E. del vapor se encuentra el famoso banco de Arguin, que ha devorado á mi amigo Spitalier; un digno piloto francés, á quien habia conocido muchos años, y todo por culpa de un ignorante capitan de navío. ¡Y si sólo ese Arguin hubiera tragado á Spitalier! ¡Pero lo ha hecho con tanta gente! ¡Con tantos valientes marinos!

—Cuéntenos V. esa historia, exclamaron á la vez varios pasajeros que se habian acercado á nuestro grupo.

—De muy buena gana, señores, aunque me sea penoso recordarlo, porque aunque inglés, soy marino, y los marinos de todas las naciones nos consideramos como hermanos, como hijos de una madre comun: la mar.

Arrojó el capitan el cigarro, cargó una enorme pipa de espuma de mar, la encendió, echó una soberbia bocanada de humo, y despues comenzó así su narracion:

—Armaron para la guerra los franceses la

fragata *Medusa*, á cuyo bordo iban 300 marineros, hombres de hierro, como el piloto Spitalier; capaces de salir con bien de los arrecifes del diablo, si no hubieran estado mandados por un capitan inepto. Al fin se hicieron á la vela, y en el aire del tal capitan, que se llamaba Mr. Chaumareyx, nombre de desgracia, en la manera conque tomaba la embocadura de la bocina, era fácil de ver que no distinguia una verga (pieza de madera cilíndrica que está sujeta al mástil del buque para sostener la vela) de una driza (cuerda que sirve para rizar las velas á lo largo del mástil.)

Una cosa era la fragata y otra cosa era él. En el Mediterráneo, una mar mansa como un borrego, puede ser capitan un grumete; pues bien, á no ser por el oficial de cuarto, el tal Mr. Chaumareyx hubiera ido á estrellarse contra la isla de Menorca, que tomaba por una niebla. No importa, dijo, vayamos adelante, señores; luego veremos á Gibraltar, se desemboca (salir del Estrecho) y se pica al Sur. La cosa fué pausadamente hasta los 19 ó 20°; pero allí Mr. Chaumareyx quiso él mismo tocar la bocina, y desde entonces ¡buenas noches!

—Quiero doblar el cabo Blanco, dijo á su segundo.

—Pero capitan, le replicó el otro, que era un marino que sabia su obligacion; el cabo Blanco

no es abordable; se levanta con muchos arrecifes á lo ancho, entre otros el banco de Arguin, tan célebre por sus siniestros.

—¡Tá! ¡tá! voy á haceros ver cómo navegan las gentes de mi especie.

En efecto, dió al punto órden al timonel de estrechar el lado de dos puntos de compás, tanto que la fragata navegó derecha como una I sobre los altos fondos.

A pesar de esto, Mr. Chaumareyx se hacía todavía el terco sobre el puente contra todo su estado mayor, cuando uno de los vigías gritó con una voz desesperada: ¡Arrecifes delante! Despues otro: ¡Arrecifes á estribor! Despues otro tercero: ¡Arrecifes á babor! Diríase que brotaban del agua las rocas al golpe de una varita mágica. Entonces, como ustedes pensarán, nuestro Chaumareyx perdió totalmente la chaveta. Quiso virar (volverse de un lado sobre otro), pero era demasiado tarde; la pobre fragata dió su primer talonazo, ya saben ustedes, ese talonazo que resuena en las entrañas de una tripulacion; despues otro segundo; despues otro tercero, que fué el último. El espolon (la delantera del buque) se habia metido en las rocas, y la mitad de la fragata no flotaba ya. Era negocio concluido; no habia otro recurso que encomendar el alma á Dios.

Aquí, señores, no hay más que decir. El co-

mandante de la fragata habia sido hasta entonces torpe y ridículo; pronto se hizo culpable y mostró no tener corazon. Como las lanchas que habia abordo no hubiesen bastado para trasportár á todo el mundo, se habia construido apresuradamente una rada (balsa) sobre la que se habia arrojado toda la tripulacion. Pues bien, en lugar de permanecer el último en la escena del peligro; en lugar de bajar á la rada, cual era su deber, nuestro Chaumareyx se largó en la lancha grande, dejando sus doscientos hombres á merced del hambre, de la sed y de las olas del mar. Lo que estos sufrieron durante trece dias mortales que flotaron así sobre el Océano, no se puede ni contar. ¡Era una tortura, una agonía perpétua!

La rada se hallaba tan mal hecha, que á la mitad de la gente le llegaba el agua á la cintura; y de tiempo en tiempo venia una ola y se llevaba tras sí á algun pobre marinero. De este número fué Spitalier. No le compadezcamos; padeció ménos que los demás. Algunos dias despues hubo una gran batalla á causa de los víveres. Como si la miseria no hubiese hecho bastantes víctimas, se degollaron, se batieron con el sable, con el hacha, con el cuchillo. Luchaban cuerpo á cuerpo unos con otros; se mordian, se destrozaban; se clavaban las uñas en los ojos; se arrojaban á la mar; ¡y todo esto duran-

te toda la noche, sin trégua ni descanso!

Por último, cesó el combate; las tres cuartas partes de los hombres faltaban; el hambre acabó los demás.

Ya no quedaban más que quince en pié, cuando una mañana uno de ellos, con los brazos extendidos hácia el horizonte, exclamó con la poca voz que le quedaba:

—¡Una vela! ¡una vela! Allí... allí...

Los infelices se volvieron todos al lado que se les indicaba, y divisaron en efecto un bergantin que parecia maniobrar para reunirse con ellos. ¡Oh! entonces era verlos subiéndose los unos sobre los hombros de los otros, anudando los pañuelos y agitándolos en el aire, queriendo precipitarse al encuentro del buque, abrazándose, gritando, llorando, gesticulando como verdaderos locos.

El bergantin era el *Argos*, enviado en busca de los náufragos.

Recibió á su bordo el *Argos* espectros, que no parecian ya hombres; cuerpos casi desnudos, desfigurados, cubiertos de heridas.

De los quince marineros, tristes restos de los doscientos, se salvaron solo nueve; los otros seis murieron á consecuencia de sus padecimientos.

Todavía habian quedado otros diez y siete á bordo de la fragata.

No se pudo abordar á ella si no cincuenta y y dos dias despues de haberse estrellado sobre las rocas.

Cuando los marineros del *Argos* penetraron en el casco de la *Medusa*, ya no quedaban más que tres marineros medio muertos.

En cuanto á Chaumareyx, habia llegado bueno y sano al Senegal, sin haber encontrado el menor obstáculo en su camino.

—Sí, dijo Dumont; pero á su vuelta á Tolon se le sujetó á un consejo de guerra que le declaró depuesto de su grado y lo incapacitó para poder servir en la marina.

—¡Lo que no impidió que fuera *capaz* de hacer perecer doscientos famosos marineros! añadió Arlevill.

—Maldito Chaumareyx! dijimos todos.

—Como han visto ustedes, señores, continuó el capitan, dejo un penoso recuerdo; es un recuerdo muy triste lo que les acabo de contar. Maldito una y mil veces sea el condenado Chaumareyx! Pero no hablemos más de esto, porque las lágrimas saltan á mis ojos, y no es conveniente se vea llorar á un marino.

En efecto, una lágrima, pronto contenida, habia brillado en los ojos del capitan; se separó de nosotros y se dirigió á un grupo de marineros, á los que dió una órden en tono brusco, como para hacer compensacion al movimiento

de sensibilidad que acababa de experimentar.

En el buque, compuesto en su mayor parte de ingleses que pasaban á las posesiones de Africa, no habia más españoles que Emparanza y yo. El capitan irlandés nos presentó al célebre viajero capitan Burton, que iba de cónsul general á Lagos y con una mision de paz al reino de Dahomey. Pronto conocimos sus bellas cualidades y su vasta instruccion. Arlevill y Dumont simpatizaron tambien con él.

El capitan Burton habia servido en sus primeros años en la compañía general de la India inglesa, despues habia sido nombrado cónsul de diferentes puntos de América, habia hecho varias espediciones al Nilo y á la Abisinia, y terminada su mision en Dahomey, debia, segun me dijo, ser nombrado cónsul general de Fernando Póo, y seguir por cuenta del gobierno inglés sus espediciones al Niger, para lo cual se preparaba un vaporcito en Inglaterra que deberia estar listo dentro de cuatro meses. Sus expediciones al Monte-Cristal y Lago Azul en el interior del Africa, así como su estancia en el país de los mormones, relatadas con su elocuente facilidad, fué nuestra distraccion durante todo el viaje.

El obispo de Sierra-Leona, su esposa, dos hijas y dos sobrinas, formaban, con dos señoras misioneras anabaptistas que iban á Cabo-Costa, el núcleo de los conocimientos que hice en la na-

vegacion. Por la noche, y en el salon de conversacion, las sobrinas del obispo tocaban el piano y el armonium; la más jóven, rubia, de ojos azules, como la mayor parte de las hijas de la nebulosa Albion, hablaba perfectamente el francés; me constituí en su caballero, y á los dos dias nos entendíamos perfectamente; su conversacion era muy agradable, y cantaba con muchísima gracia canciones francesas, á las que yo solia hacer el duo. Esta simpatía, creada en medio del inmenso Océano, casi estuvo á punto de romperse por una cuestion desagradable, suscitada por su tio el obispo protestante.

Era el dia 7 de Diciembre; Emparanza y yo recordamos que al dia siguiente 8, España celebraba la fiesta de la Inmaculada Concepcion, patrona de España y de sus Indias; nos acercamos al capitan del *Ethiope* y le rogamos que al dia siguiente hiciera tremolar sobre el palo mayor la bandera española, y empavesase el buque.

El capitan, con su amabilidad extrema, nos dió su palabra de hacerlo así, causándonos gran contento el poder, en medio de los mares, y lejos de nuestra pátria, tributar este obsequio á nuestra santa patrona, á María, que es tambien *estrella de los mares*.

Amaneció el dia 8, este dia siempre célebre para los corazones católicos, dia en que se celebra uno de los más interesantes misterios de la

Iglesia, la Concepcion Inmaculada de la Vírgen María, consagrado como dogma de nuestra fé por el santo Pontífice Pio IX, que, aun en medio de los dolores y amarguras del destierro á que le condenó la revolucion, no habia descansado hasta llevar á cabo esta grande y gloriosa empresa; nos acordamos que habia escrito con este motivo á todos los obispos del mundo católico para demandarles, con el socorro de sus oraciones, su pensamiento sobre la decision que se proponia dictar.

La sublime invitacion de Pio IX fué acogida con júbilo, y halló un eco lejano hasta en las últimas extremidades del Globo.

De Levante y Poniente, del Norte y del Sud, contestaron todos los obispos para felicitarle por su noble iniciativa, y asegurarle que su pueblo acogería con trasportes de alegría y simpática adhesion, la auténtica consagracion de una verdad que todos miraban ya como parte de su devocion y culto, fundada sobre todas las tradiciones del cristianismo, y que yo como español habia jurado sostener al recibir la investidura de mis grados académicos, aun antes de que Pio IX pronunciase en 8 de Diciembre de 1854 el solemne decreto que concluyó con todas las incertidumbres, y revistió esta augusta verdad de su infalible y sublime autoridad, como soberano poder y cabeza visible de la Iglesia de Cristo.

Grande fué nuestro gozo al ver que el capitan nos habia cumplido su palabra; á las nueve de la mañana ondeaba sobre el palo mayor del buque la bandera de castillos y leones, en medio de las flámulas y gallardetes de todas las naciones con que se hallaba empavesado el buque. Parecia que el vapor corria con más rapidez y velocidad sobre las olas del Océano, para proclamar en aquellas costas bárbaras y habitadas aún por los infieles, el dogma de la Inmaculada Concepcion. Trasladábase nuestra imaginacion á nuestra pátria, donde en aquel dia en todas las ciudades y fortalezas ondeaba, en honor de María, el pabellon español. Nosotros, confundidos allí en medio de tantos protestantes, en medio tambien del Océano, teníamos la dicha de contemplar la bandera de la pátria, desplegada al viento por igual solemnidad.

La intolerancia del clero protestante, ese clero que tanto blasona de libertad de conciencia y del culto, que acusa de un feroz esclusivismo á los católicos, vino á contristar nuestro ánimo.

El obispo protestante, que ya he dicho era uno de los pasajeros, al ver empavesado el buque, preguntó al capitan la causa de aquella demostracion. Contestóle este sencillamente que era un obsequio que nos hacía á los viajeros españoles, que se lo habiamos pedido para celebrar

la fiesta de la Purísima Concepcion, patrona de nuestra nacion, y el dia más grande de España.

De repente, cual si una venenosa víbora hubiera picado el seno del obispo anglicano, perdiendo toda la mesura propia de su dignidad y de sus años, reconvino fuertemente al capitan como culpable contra sus creencias religiosas, y este, á su pesar, mandó arriar la bandera española y desempavesar el buque.

El capitan, hombre de mundo y despreocupado, aunque conocia que nada afectaba á sus creencias religiosas una demostracion puramente política, un obsequio á dos viajeros con quienes habia simpatizado desde el principio del viaje, cedió, por evitar compromisos al fanatismo del intolerante viejo obispo protestante.

Este disgusto hizo que durante dos dias su sobrina y yo no nos habláramos. Aquella noche, paseándome sobre cubierta con mi amigo Thompson, vino el capitan Burton á llamarnos la atencion sobre uno de los fenómenos más raros, y que solo se ven en los paises tropicales.

—Venid, nos dijo; van ustedes á presenciar la fosforescencia de los mares inter-tropicales. Como la noche está oscura y amenazando tormenta, el espectáculo ofrece ser grandioso.

En efecto, nos asomamos á la popa del buque

y parecia que las olas del mar estaban incendiadas; las rápidas vueltas del hélice al batir el agua, arrojaban torrentes de fosforescencias, y la estela del buque parecia la vía láctea en todo su esplendor. Los peces que en ella se movian parecian de plata ú oro, segun sus colores; así se bogó hasta el amanecer, en un círculo luminoso que rodeaba al buque cual una fantástica aureola.

Al dia siguiente por la mañana, y antes del almuerzo, oimos una gran gritería sobre cubierta; subimos, y vimos á los marineros ocupados en cojer una multitud de peces voladores. La mar se hallaba, por decirlo así, toda cubierta de ellos, y venian á tropezar con grande estrépito en los costados del buque.

—Capitan Burton, exclamé asomándome á la claraboya del salon; subid, vereis una pesca deliciosa.

Burton y los demás viajeros, y hasta el viejo obispo, subieron sobre cubierta.

Los voladores habian sido atacados por una bandada de bonitos, herones y doradas. Cuanto más se aumentaba el número de enemigos parecia que más se aumentaba el de los voladores. Las doradas y los bonitos llegaron casi á cortarles su rápida marcha en direccion al buque; entonces extendieron sus alas y un sinnúmero de ellos vinieron á caer sobre el puente del vapor,

con gran satisfaccion de los marineros que los iban recogiendo en baldes y que sirvieron para regalo de su rancho.

Burton cojió uno de los más grandes y nos lo enseñó; era grueso como una merluza de mediano tamaño, y tenia dos grandes nadaderas que le servian tambien de alas. El cocinero nos puso aquel dia varios asados, cuyo gusto nos pareció insípido, á pesar de lo cargados que estaban de pimienta.

A la caida de la tarde llegamos á Santa María de Basthurst, capital del Senegal, primera escala que debíamos hacer en la costa de Africa.

Habiamos dejado á un lado á Portandik, donde los ingleses tienen algun comercio. La entrada de la barra de Santa María es sumamente difícil, y como precisamente habiamos llegado á la hora de la pleamar, el vapor entró en el puerto con toda felicidad. Dos dias debíamos permanecer en Santa María, y allí debian separarse de nosotros Arlevill y Dumont que debian dirigirse á las posesiones francesas de San Luis del Senegal, pero como no tenian buque en que trasladarse, tenian que esperar á que el aviso el *Aguila* viniera á buscar la correspondencia de Europa.

Aunque tarde, desembarcamos y fuimos á parar á una factoría francesa, cuyo dueño, mon-

sieur Laplace, nos ofreció hospedaje. Mr. Laplace es agente comercial francés, holandés, portugués y español; así es que delante de su preciosa casa, construida de madera, ondeaban los cuatro pabellones.

CAPÍTULO V

Comida con el gobernador.—Cacería del leopardo.—Grave peligro en que me encuentro.—Tiro certero de Burton.—País del Bambouc.—Las minas de oro.—Los mandingas.—Los fulahs.—Los yaloffs.—Los serreses.

Informado el gobernador de la Senegambiá por el capitan del *Ethiope*, de los pasajeros que conducia á bordo, merecimos la atencion de ser invitados á su mesa Burton, Emparanza y yo, por medio de su ayudante. Nos vestimos completamente de negro y corbata blanca, pues el carácter grave y de rígida etiqueta desplegado en Lóndres por los ingleses, lo han llevado con

el mismo rigor á sus colonias. La comida fué expléndida, y como el calor era sofocante, teníamos detrás de cada uno de nosotros un negro, que con un abanico de palmas nos hacia aire, refrescando contínuamente la atmósfera. La conversacion giró sobre el floreciente estado de la colonia, y sobre la riqueza, que cual nueva Australia, creia el gobernador podrian dar las minas riquísimas de oro, distantes de la isla solo treinta millas, y separadas por un pequeño brazo de mar de unas trece millas en el territorio de Bambouc. El oro se encuentra á la superficie de la tierra, en las quebradas producidas por los aluviones, y en los arroyos que bajan de la montaña. Como teniamos cuarenta y ocho horas, el capitan Burton propuso al gobernador una pequeña escursion para ver el bosque y las minas. El gobernador se brindó á formar parte de la expedicion y á dirigirla. Burton le preguntó si habria caza, y le contestó que era posible pudiéramos tropezar con algun leopardo. El rostro de Burton se animó, y al notarlo el gobernador dió órden á su ayudante fuese á buscar á un *mandinga*, gran conocedor del terreno y cazador de profesion, que tenia una pequeña casa cerca de la de Mr. Laplace, donde vendia pieles de tigre, leopardo y antílopes.

—Capitan, dijo el gobernador, puesto que sois tan aficionado á la caza, y no es la primera vez

que os habeis encontrado frente á frente de un leon ó de un tigre, os prometo para mañana, con la ayuda del mandinga que he mandado llamar, un tigre ó un leopardo.

—Y V? me dijo.

—Yo asistiré con gusto, pero debo confesarle á V. con rubor que será la primera vez que me encuentre delante de semejantes fieras.

—Pues en España, me dijo, se hallan si no tigres y leopardos, osos, que son mucho más fieros.

—Verdad es, le contesté, pero se encuentran solo en los Pirineos, montañas de Astúrias y Galicia, y en la provincia de Santander; y nunca he tenido ocasion de asistir á ninguna de esas cacerías; me he contentado modestamente en cazar á los alrededores de Madrid liebres, conejos y perdices, y en los montes de Puertollano y Despeñaperros corzos, venados y jabalíes.

—Pues en Africa, dijo Burton, puesto que hemos de ser por largo tiempo compañeros, cazaremos tigres en vez de conejos; avestruces y marabús, en vez de perdices; y en vez de ciervos y jabalíes, hipopótamos, rinocerontes y elefantes.

Entró el ayudante con el mandinga, con el que habló largo rato el gobernador.

—Amigos, somos más felices de lo que creia: tendrán Vds. un famoso leopardo. El mandinga

me acaba de decir que un amigo suyo ha venido á buscarle, porque hace tres dias una pareja de leopardos hacen diariamente estragos en su ganado, y el punto de su querencia está próximo al lugar de nuestra expedicion. Dentro de media hora montará á caballo y llevará un cordero de pocos dias, un recental, como ustedes llaman en España, para que separado como está de la madre, con sus balidos atraiga la fiera y nos sirva de cebo y cimbel. Conque á prepararse, que á las doce de la noche todo estará listo.

Las copas se llenaron por última vez de Champagne, y nos retiramos á casa de Mr. Laplace para vestirnos y preparar nuestras armas para la cacería.

Mi padre al marcharme me habia regalado una preciosa escopeta del sistema nuevo de Lafochet, hecha por el célebre armero Zuloaga; y mi cuñado el coronel Palanca un magnífico machete de la fábrica de Toledo.

Con cuánta emocion cogí mis armas, las limpié y puse todo al corriente. Era la primera vez de mi vida que iba á asistir á una cacería formal. Cuantos relatos de cacerías habia leido se agolparon en aquellos momentos á mi imaginacion, y casi me creí un Julio Gerart.

—¿Estamos listos? me dijo Burton.

—Yo estoy listo por mi parte, le contesté.

—¿Y V., Emparanza?

—Yo, contestó Emparanza, me quedo; soy poco belicoso; tengo sueño, y espero aquí tranquilo la vuelta de ustedes y la narracion de sus proezas.

A las doce en punto estàbamos en la puerta del palacio del gobernador.

Seis negros de la guardia tenian del diestro seis hermosos caballos. Salió el gobernador y montamos.

Como eran seis los caballos, notó el gobernador la falta de mi compañero, y mandó montar otro de sus ayudantes; de modo que la cabalgata se componia del gobernador, dos de sus ayudantes, el mayor de artillería de la isla, Burton y yo, y cuatro criados indígenas que llevavaban los abrigos, las municiones de guerra y boca, y una pequeña tienda de campaña que debia servirnos para descansar en las horas en que el sol cae á plomo.

Sobre las cuatro de la mañana llegamos al punto donde nos esperaba el mandinga. Nos apeamos, dejamos los caballos á los mozos indígenas, se armó la tienda de campaña, tomamos café y una copa de brándi, y seguimos á nuestro guia el mandinga por espacio de una hora por un espeso bosque lleno de malezas. Llegamos á una esplanada donde el mandinga, clavando una estaca en el suelo, ató el corderito que inmediatamente se puso á balar tristemente. Parecia que

presentia su triste suerte. El mandinga nos colocó alrededor de la esplanada como unos cincuenta pasos de distancia unos de otros y contra el viento, y nos dijo:

—Ahora, señores, mucho silencio, mucha serenidad, y esperar á tirar cuando la fiera haya entrado por aquel boquete; sobre todo, no tirar hácia el sitio en que están colocados los demás compañeros.

El corderito no cesaba de balar. Como una media hora haria que estábamos en nuestros puestos, cuando oimos la voz del mandinga que en muy buen francés dijo:

—Alerta, señores, ya está ahí, y son dos.

Efectivamente, se oian dos rugidos diferentes.

—Macho y hembra; prepararse, señores, añadió el mandinga, viniendo á ocultarse casi detrás de mí.

Al poco tiempo oimos como el galope de dos caballos y los rugidos más próximos. Diez minutos despues asomaban por el boquete dos grandes leopardos.

La emocion que yo sentí en aquel momento no es fácil de describir. ¡Era miedo, era terror! no lo puedo explicar. No obstante, me repuse; me eché la escopeta á la cara y disparé. Uno de los leopardos estaba herido, pues la bala le habia penetrado en el lomo; pero al tirar yo se co-

noce que me descubrí, pues rápido como un relámpago se lanzó hácia mí.

La escopeta se me cayó de la mano. Lo que pasó, no lo pude ver. Mis ojos se nublaron; sentí un golpe terrible; oí un tiro y caí desvanecido. Cuando volví en mi, encontré arrodillado á mi lado al capitan Burton y al mandinga tranquilamente ocupado en desollar el leopardo que estaba tendido á mi lado.

—¿Qué ha sucedido? pregunté á Burton.

—Nada, me dijo, afortunadamente. Os habeis precipitado en tirar y habeis sido descubierto por la hembra, la que se ha arrojado sobre vos; pero una bala mia á tiempo le ha destrozado el cráneo.

—¿Y el gobernador, dónde está? pregunté.

—El gobernador, el mayor y sus ayudantes, persiguen el macho que habeis herido.

Dos tiros y un ¡hurra! lanzados por el gobernador, el mayor y sus ayudantes, nos hizo conocer que el macho habia sido alcanzado y muerto.

Al poco rato apareció el gobernador y sus compañeros arrastrando un magnífico leopardo macho.

Me preguntaron si me habia sucedido algo.

—Nada, les dije; pero sin el auxilio del capitan Burton, es seguro hubiera perecido.

Mi levitin de paño estaba completamente rasgado, así como la camisa; y solo una de las gar-

ras me habia ocasionado un pequeño arañazo, cuya sangre restañé con agua y árnica.

—Ya habeis recibido el bautismo de sangre, y desde este momento, dijo Burton dándome un abrazo, os considero igual á mí, como cazador de fieras en Africa.

Sacó su frasco de rom, imitáronle el mayor, el gobernador y sus ayudantes, y bebieron un trago á mi salud.

—¡Hurra! por el novel cazador.

—¡Hurra! repitieron todos á una voz.

El gobernador y Burton propusieron que las pieles de los dos leopardos se me dieran como trofeo de mi hazaña. Yo creo que fué más bien para que tuviera siempre presente la torpeza y poca serenidad que en poco me cuesta la vida.

Dí las gracias al gobernador y le rogué que en el primer paquete que pasara para Europa se las remitiera á mi padre.

Dos meses despues adornaban la sala de mi padre las dos pieles de leopardo.

Nos retiramos á nuestra tienda, donde pasamos las horas de calor, y tomamos el expléndido *lunch* que los criados del gobernador nos tenian prevenido.

A las tres de la tarde montamos á caballo hasta llegar al sitio donde se encontraba un pequeño vapor que debia conducirnos al Bambouc,

atravesando las quince millas que lo separan de la isla.

Rápida fué la travesía, obsequiándonos el capitan del vaporcito con vino de Jerez, Burdeos y agua helada.

El país del Bambouc es sumamente hermoso. Es un país completamente independiente, á pesar de estar enclavado en la Senegambiá y muy inmediato á las posesiones francesas é inglesas. El estado de Bambouc, famoso por sus minas de oro, debe su descubrimiento y su fama á un factor de San Luis, llamado Compañon, que fué el primero que penetró en él y cambió por oro, á precio sumamente bajo, las baratijas de cobre, hierro, espejos y avalorios de su factoría. Los habitantes desde entonces empezaron á comprender el valor del oro, y hoy la onza ha subido á trece y catorce duros.

Seis minas principales se encuentran en el país, en donde se saca oro con abundancia. Todos los arroyos lo arrastran en sus arenas; pero los habitantes no se toman el trabajo de recogerlo por no trabajar en su lavado.

El carácter independiente y belicoso de las tribus, hace que los extranjeros tengan poco trato con los de Bambouc, y solo existen tres grandes factorías, dos inglesas y una francesa, que hacen el comercio del oro y del aceite de palma, que abunda en el país. Los habitantes de

aquellas comarcas no tienen para gobernarse más que unos jefes que, con el nombre de Farin, ejercen el poder soberano.

Recogimos algunos ejemplares de oro en piritas y pajas, y despues de haber cazado una especie de palomas verdes y mirlos completamente blancos, llegamos al vaporcito que nos trasladó á Santa María.

Volvimos á comer con el gobernador, y al dia siguiente, despues de visitar las iglesias católica y protestante, recogimos nuestro equipaje, dimos las gracias á Mr. Laplace, un abrazo de despedida á Arlevill y Dumont, y nos embarcamos en el *Ethiope* para seguir al amanecer nuestro viaje.

Los principales pueblos que habitan la Senegambiá son los *mandingas*, los *fulahs*, los *yaloffs* y los *serreses*.

Los mandingas, que tambien están establecidos en una parte de la Guinea superior, ocupan en la Senegambiá las orillas del Gambia. Son excelentes cultivadores y han pasado mucho tiempo por los habitantes más civilizados de aquellas comarcas. Visten casi como los negros de las demás costas, esto es, solo con un taparabo, y se hacen en el cuerpo esas incisiones que se llaman tatuado, cubriéndose la cabeza con corales y pajitas de oro. Los grandes cifran su gloria en sostener muchos esclavos, y los tratan

con tanta dulzura que apenas se distinguen de sus amos. Tienen por un crímen el venderlos cuando han nacido en la familia. He oido contar á un viajero, que es una antigua costumbre entre los mandingas el saludar á las mujeres, arrimándose tres veces á ellas con su nariz, como para olerlas, y que esas mismas mujeres no pueden saludar á sus maridos, ni les dan de beber, ni les presentan la pipa del tabaco sino de rodillas.

Los fulahs que ocupan el Futa-toro y el Futa-dyallon, son como una raza intermedia entre la sangre mora de que descienden y la sangre negra á la que se han mezclado. Los fulahs primitivos tenian la piel roja, pero ahora desprecia á los que han conservado este color.

Los serreses, pueblos primitivos de la Senegambiá, cuéntase que huyeron al ver á los fulahs bajar de los desiertos del Norte de África é invadir su país sobre camellos, cuadrúpedos desconocidos para ellos hasta entonces. Fábula debe ser esta, pues hoy dia no existe en el territorio de los serreses camello ninguno ni en el de los fulahs.

Los fulahs son industriosos, las cabañas que habitan están bien construidas, y fabrican telas gruesas de algodon, que en el país crece casi expontáneamente. He visto muchos fulahs que llevaban una especie de sandalias de tafilete en-

carnado, y pendientes de plata en las orejas. Compré en casa del mandinga que habia sido nuestro guia en la cacería, una brida de caballo de tafilete, que á mi regreso á España regalé á mi amigo D. Manuel Alvarez Mariño, y unas carteras ó bolsas fulahs que conservo en mi coleccion. Los fulahs son grandes caballistas, y montan pequeños caballos con gran agilidad y destreza. En religion son fanáticos sin límites, y para ellos son paganos todos los que no creen en Mahoma.

CAPITULO VI

Los yaloffs.—La tromba marina.—Las langostas. —Las islas de Cabo-Verde.—Gorea.—El rey ó cadí de Cayor.—Visita á sus Estados.—Baile.—Pesca del tiburon.—Buque negrero apresado por el comodoro inglés.—La trata.

Lanzando negras nubes de humo el *Ethiope*, salimos del puerto de Santa María, saludando con nuestros pañuelos al gobernador, Arlevill, Dumont, el mayor y los ayudantes, que estaban en el muelle.

Dejamos con rapidez la Senegambiá, para entrar en las aguas de Gorea, es decir, dejábamos la costa del oro para entrar en la del grano, llamada así por la gran cosecha de pistache que se recoje en toda la Gorea.

Nos aproximábamos á las islas de Cabo-Ver-

de, islas mitad africanas y mitad portuguesas, porque las costas africanas están llenas de recuerdos de los portugueses, á quienes debe la Europa moderna su descubrimiento y civilizacion.

Allí se presentó á mi vista, por primera vez, un sublime espectáculo que causó un movimiento de terror, no solo entre los pasajeros, sino tambien entre los marineros. Cada cual recordó involuntariamente los horrores de la *Medusa* y el banco de Arguin.

El capitan, sin embargo, permanecia sereno y tranquilo, y su potente voz mandaba clara y distintamente las maniobras.

Las inmediaciones del Cabo-Verde son famosas por las tempestades que casi contínuamente reinan allí. Empero no era esto solo lo que habia excitado el terror de los marineros y pasajeros. Era una tromba, manga ó columna de agua de grandes dimensiones, que parecia suspendida de la punta del Cabo, y que daba vertiginosas vueltas como un peon, de Oriente á Occidente, produciendo un ruido espantoso. Un golpe de viento la disipó, y con ella desapareció el pensamiento del peligro, quedando solo el recuerdo del imponente y magnífico espectáculo que habíamos presenciado.

Apenas se habia disipado nuestro terror, cuando repentinamente el cielo se cubrió de una

espesa nube, ancha y compacta, que nublando el sol, venia con una rapidez extraordinaria á envolver el vapor.

—¿Qué es esto, capitan? le pregunté aterrado.

—Es, me dijo, soltando una estrepitosa carcajada, una de las plagas de Egipto.

—No se chancee V., le dije casi amoscado.

—Tiene razon el capitan: dentro de tres minutos seremos invadidos, dijo Burton, por la langosta.

—¿Pues qué, dije yo, esa inmensa nube que se ve, son langostas?

—Sí, contestó Burton.

En efecto, eran langostas acumuladas como una inmensa nube, y que la ráfaga que habia deshecho la tromba, lanzaba al mar. La cubierta del vapor quedó completamente llena de estos insectos. Las señoras se refugiaron en sus camarotes, y los marineros por largo rato se ocuparon en arrojarlas al mar. La langosta es un insecto que lleva en pos de sí la desolacion por todas las comarcas por donde pasa; pues despues de haber consumido las mieses, las hojas de los árboles y los frutos, devora hasta la corteza. Las cañas mismas que sirven de techo á las cabañas de los negros, no se libran de su voracidad.

Trabajo costará creer que las langostas sirven de alimento al hombre; parece, sin embargo, que muchos pueblos de Africa se alimentan

de ellas, machacándolas y reduciéndolas á polvo, mezclándolas despues con habas, y asándolas otras veces sencillamente sobre las ascuas.

Burton nos dijo que le habian asegurado era un manjar esquisito. Aquí puede muy bien recordarse nuestro refran; «de gustos no hay nada escrito.»

—Por mi parte, le dije á Burton, yo nunca tendré ese gusto.

—Pues yo las he probado, y no me han sabido mal, dijo con toda naturalidad.

Dejamos á un lado las islas de Cabo-Verde, de las cuales la principal es Santiago, pero la más frecuentada es la isla Leopoldina donde están los depósitos de carbon de piedra. Esta isla pertenece á los portugueses y se llama Leopoldina en memoria de la emperatriz del Brasil. Al poco tiempo divisamos la Gorea.

En la Gorea tienen los franceses un establecimiento y estacion naval, penitenciaría, y una guarnicion de seiscientos á setecientos soldados negros. Los productos son: un poco de oro, pistache en gran abundancia, y aceite de palma.

Como el capitan no tenia carga para Gorea, hicimos rumbo hácia á Cayor, donde debia cargar el capitan del *Ethiope* á su vuelta, gran cantidad de barriles de aceite de palma, perteneciente á los dueños de la línea de vapores del que el *Ethiope* forma parte. Allí tiene la compa-

ñía un gran ponton que sirve de almacen de aceite y carbon, y debia dejar mercancías de algodon, cuentas de vidrio y quincallería que sirve para el cambio y transaciones del aceite.

—¿Bajaremos á tierra, capitan? le pregunté.

—Si V. quiere, sí, y podrá acompañarme, así como el capitan Burton, á hacer una visita al rey de Cayor.

—Con mucho gusto capitan, le contestamos: damos á V. las gracias por el placer que nos proporciona de poder estudiar y sacar apuntes de estas regiones desconocidas.

Nos embarcamos en un bote, y fuimos á parar en la playa de Cayor.

El rey se hallaba en persona en las inmediaciones de la costa, y nos mandó á decir que tendria mucho gusto en conocer á los viajeros; y como nosotros no teniamos ménos curiosidad de verle, nos apresuramos á aprovecharnos de su deseo. Fuimos, pues, con el capitan á la poblacion negra, compuesta de chozas parecidas á colmenas, en donde se hallaba el monarca negro. Nos dirigimos á su palacio, que en nada se diferencia de las habitaciones inmediatas; paja, tierra y cañas, formaban las paredes y los techos.

—¿Cómo haremos para entrar dentro? dije al capitan, buscando en vano con la vista una puerta.

—Haremos como los grandes señores del país,

como el rey mismo, respondió el capitan: nos echaremos al suelo y entraremos por ese verdadero agujero que usted vé en la parte baja de la choza.

Algunos grandes del reino que aguardaban al lado de aquel régio pórtico el momento en que su sublime y gracioso monarca les diese audiencia, nos enseñaron mejor que nada prácticamente el modo de introducirnos en el palacio.

Allí, en medio de una isla de Africa, parecióme ver realizada la alegoría del poder y de la fortuna. Para lograrla en Europa misma, los cortesanos se doblan para penetrar en los palacios y se arrastran moralmente en ellos ante los ídolos del poder, como materialmente lo hacen aquellos negros, faltos de civilizacion, ante sus repugnantes y asquerosos príncipes.

El capitan del *Ethiope*, Burton y yo, hicimos como los negros, y penetramos en el interior del palacio, cuya sencillez era igual á su exterior.

No habia mas pavimento que el suelo donde se hallaba construido. De trecho en trecho estaban colgados varios talismanes ó amuletos, en cuyos encantos creen casi todos los negros, cualquiera que sea la religion á que pertenezcan. El rey se hallaba sentado con las piernas cruzadas sobre una estera de junco, y nos hizo una señal de proteccion en cuanto nos vió. Un

gorro de algodon azul, bastante parecido al que suelen llevar los carreteros, ceñia su augusta cabeza, y segun la moda de los negros de muchas comarcas de Africa, se habia hecho recortar en sus cabellos, encrespados y lanudos, varias figuras.

El rey, como casi todos los negros de aquellos paises, estaba vestido de la cintura abajo, con lo que en el lenguaje de los pueblos de la Guinea se llama un *tekle*, sostenido por un cinturon de muchas vueltas de coral. Un gran paño ó pieza de tela de tres varas de largo por otras tantas de ancho, les sirve á ciertos negros de manta por la noche, de bata por la mañana y de adorno durante el dia.

Esta tela vá pendiente del lado izquierdo del cinturon y les arrastra hasta el suelo. El capitan presentó al rey una escopeta, dos pipas de fumar y un sombrero con galon de plata, regalos que agradaron mucho al monarca; pero el principal artículo del que los negros hacen mas aprecio, y particularmente sus reyes, es el aguardiente. ¡El aguardiente! esa horrenda bebida alcohólica, es uno de los medios mas grandes de accion de los europeos sobre los negros. Con una barrica de aguardiente se ha obtenido muchas veces el permiso de construir fuertes y establecer factorías en la costa de Africa, no habiendo concesion que no se obtenga de un prín-

cipe negro con el aguardiente. Esta es la civilizacion que los europeos vamos siempre llevando á las comarcas lejanas. En Africa el aguardiente, en China el ópio, otro veneno explotado por la odiosa rapacidad de los mercaderes ingleses. El rey, por su parte, trató de obsequiarnos, haciendo que asistiéramos á una fiesta del país, para lo cual dispuso un baile, uno de esos bailes *sui generis* de la Senegambiá llamado *Belma* ó *Folgar*; es una danza al ruido de instrumentos del país, entre los que sobresale la *tumba*, que es un tambor largo y estrecho, el que se golpea con los piés y las manos. El baile es imposible de describir, es un contínuo movimiento de caderas y posturas lúbricas y obscenas.

El rey nos acompañó hasta el bote, y diez minutos despues habíamos perdido de vista el reino de Cayor, dirigiendo nuestro rumbo hácia Sierra-Leona.

Todo el dia 10 lo pasamos en el mar, llamándonos mucho la atencion una gran bandada de tiburones, que siguiendo de cerca la embarcacion, daban alrededor de ella saltos violentos con grande estrépito. El segundo de á bordo se propuso pescar alguno. Efectivamente lo consiguió: puso un gran anzuelo atado á una cadena y esta á un calabrote; por cebo ó carnada en el anzuelo colocó dos libras de tocino, y largó á la mar el aparejo. Al cuarto de hora la tirantez

y violentas sacudidas del calabrote nos dió á conocer que habia hecho presa. Vinieron los marineros, y poco á poco se fué sacando ó cobrando, segun los términos marinos, el calabrote; y vimos que efectivamente un enorme tiburon estaba enganchado en el anzuelo. Se subió sobre cubierta, y es tal la fuerza que tiene el tiburon aun despues de sacado del agua, que con la cola tumbó dos marineros. Le metieron un espeque por la boca y lo tronchó cual si hubiera sido un débil palillo de los dientes. Los marineros lo remataron á hachazos y se le encontraron en el vientre dos gallinas de las que se habian hallado muertas en el gallinero y el cocinero habia tirado al mar. El corazon del tiburon lo pusieron en un plato, y pudimos observar que cinco horas despues de muerto seguia moviéndose. Tal es la vitalidad de estos animales. Su mandíbula tenia siete filas de dientes y abierta completamente más de medio metro.

La voz de «buque á estribor» dada por el piloto de cuarto, vino á distraernos de la operacion de descuartizar al tiburon en que se ocupaban los marineros.

La experimentada vista del piloto distinguia en el horizonte un pequeño bulto casi imperceptible que nos dijo era un buque, y buque de vapor. Poco á poco, como en una linterna mágica, fué agrandándose, y por fin reconocimos un va-

por de guerra inglés. Delante, y á toda vela, distinguíase un bergantin.

—Es la arrogante fragata de vapor del comodoro Williams Smith que está dando caza á un bergantin negrero, dijo el capitan.

—No tardará en darle alcance, añadió el piloto. Mirad esa nubecita blanca que se desprende de la fragata, es un cañonazo mandándole que arrie sus vela y que ize pabellon.

El bergantin, en lugar de obedecer la intimacion del comodoro, largó todo el trapo hasta las alas y arrastraderas; pero forzando su marcha el comodoro, navegaba en sus mismas aguas y pronto le dió caza. A un segundo cañonazo disparado por la fragata, el bergantin plegó sus velas y quedó completamente inmóvil. Dos lanchas de la fragata abordaron el bergantin, y del reconocimiento verificado resultó ser un buque portugués sin bandera, dedicado á la trata de negros. En sus escotillas y bodegas se encontraron trescientos negros.

El *Ethiope* entretanto habia llegado al habla de la fragata, y un oficial enteró á nuestro capitan de estos pormenores.

—Qué hacen de los negros que han apresado? pregunté yo á Burton.

—Los que apresan los buques españoles é ingleses, son llevados á Sierra-Leona; los que apresan los norte-americanos, á Liberia. En Sierra-

Leona existe un tribunal mixto del que usted, Emparanza, forma parte como vice-cónsul, en ausencia del cónsul, donde son juzgados los capitanes y tripulantes de los buques negreros.

—Y qué hacen de los negros? pregunté.

—Los negros, contestó Burton, son declarados libres, y bajo la proteccion del gobierno inglés los dedican á las factorías y trabajos del campo de los establecimientos de Sierra-Leona.

—Es decir, añadí yo, que el pobre negro no por eso mejora de condicion; de esclavo de un particular pasa á ser esclavo del gobierno inglés.

—Ninguno querría volver á su país, dijo Burton, y en Sierra-Leona tienen buen alimento y un pequeño salario que marca el gobernador, en cambio de diez años de contrata que les obliga á servir en las factorías ó establecimientos agrícolas á que se les destina.

La trata, como vulgarmente se dice, está hoy completamente prohibida; y cruceros franceses, ingleses y norte-americanos vigilan cruzando los mares de Africa constantemente la costa. Es horrible, efectivamente, el ver el trato que se dá á los pobres negros, hacinados en las calas de los buques que sirven para este horrible tráfico.

Las contínuas guerras de los reyes de Dahomey y de Benin son las que surten con mas

abundancia los mercados de carne humana. La mayor parte de los reyes de la costa tienen derecho de vida y muerte sobre sus desgraciados súbditos, y muchas veces sin motivo ninguno ó por el mas frívolo pretexto, son reducidos á la esclavitud y vendidos como esclavos; pero en ninguna parte está llevado á tan alto punto este despotismo como en los Estados de Dahomey y de Benin. Muchas veces los negros que son objeto de la trata, son criminales justamente condenados por la ley, y los daría la muerte si les impusiesen la esclavitud, lo que explica que se quejen en las colonias de América del carácter de los negros. Muchas veces tambien estos desgraciados son prisioneros de guerra hechos por un soberano negro á su vecino, y no los tratan con mas barbárie, viendo lo que hacian los antiguos romanos conservando la vida á los prisioneros que llamaba *siervos* á *servando*, y hoy el emperador de Rusia con los pobres prisioneros polacos que destierra á la Siberia. Otras veces, en fin, cuando los soberanos negros no tienen criminales ó prisioneros, se apoderan de ellos con el menor pretexto, inventan una causa cualquiera para apoderarse de las personas de sus súbditos, sobre quienes tienen generalmente derecho de vida y muerte, á quienes prefieren vender. No menos salvajes que estos príncipes, los príncipes európeos, lejos de oponerse al tráfico

de negros, lo han secundado durante mucho tiempo, y aun muchas veces gentes reconocidas por ellos mismos han arrebatado negros libres, negros confiados que acudian á la costa, para irlos á vender despues á las colonias de América, en donde los blancos, que tienen necesidad de ellos para cultivar las tierras que no puede fecundar su pereza, se complacen en repetir de padres á hijos que los negros no son hombres y que pueden ser tratados con el rigor de bestias de carga. Si fuesen á las costas de Africa de otro modo los juzgarian, viendo á los representantes de las potencias europeas, que tienen factorías en la costa, tratar como reyes y majestades á los soberanos negros, que tan baratos venden á sus súbditos, y sobre todo observando hasta dónde podian llevarse el progreso en aquellas inteligencias si tuviesen el estado de libertad y el aprecio en sí mismos.

CAPÍTULO VII

Llegada á Sierra-Leona.—El por qué se llama así.—Los leones de Sierra-Leona.—Hospedaje en el consulado.—Visita á la ciudad.—Una ejecucion capital.

El dia 13 á la madrugada descubrimos á Sierra-Leona, llamada por sus primeros habitantes Ro-ma-roug, y por los portugueses Tierra de los Rugidos, por suponerse que sus montañas abundaban en leones; pero otros piensan que la etimología de Sierra-Leona proviene del fuerte ruido que la resaca hace en la costa, semejante al terrible rugido de aquel animal.

Por mi parte puedo decir que por más que indagué y pregunté durante el tiempo que per-

manecí en Sierra-Leona sobre los leones, sólo un mandinga, gran cazador, y que tenia una pequeña tienda de pieles de tigre y objetos de tafilete, me dijo con suma gracia:

—Si V. quiere ver leones, yo le enseñaré los cuatro únicos que existen en Sierra-Leona, y no tendrá V. que cansarse mucho.

—Pues vamos á verlos, le dije.

—Mire V., á la puerta del palacio del gobernador hay dos de piedra, y en el escudo de armas del consulado español hay otros dos, únicos que V. verá en toda Sierra-Leona.

Emparanza, el obispo de Sierra-Leona, su mujer, sus hijas y sus dos sobrinas debian quedarse en Sierra-Leona.

Bajamos á tierra, y despues de despedirme del intransigente obispo, cambiar un apreton de manos y una sortija con su sobrina, y prometernos escribir á menudo, me fuí con Emparanza al consulado español.

Sierra-Leona es la posesion ó colonia inglesa más rica que tienen los ingleses en el Africa: es la residencia del gobernador general de todas las colonias inglesas. Su clima es malsano, mejor dicho, mortífero para el europeo; y así es que los ingleses lo llaman «el cementerio de los blancos,» por la circunstancia de tener siempre dos gobernadores, uno caminando moribundo á Inglaterra, y otro en camino para reemplazarle.

Mi pobre amigo Emparanza, á pesar de su mucho valor y energía, no las tenia todas consigo. En ménos de año y medio habian muerto tres cónsules españoles, y el que habia en la actualidad habia tenido que regresar enfermo á España. La casa del consulado era pequeña, pero bonita y bien situada. Colocada de modo que en las terribles horas del calor recibe de lleno las frescas brisas del mar.

Magnífica es la vista que presenta Sierra-Leona con sus montañas cubiertas de lozana vejetacion, que no es dado expresar á la pluma ni reproducir al más hábil pincel.

Allí se eleva la esbelta palmera, reina de aquellos bosques, con grande abundancia, sobre praderas matizadas de las más lindas y hermosas flores. Lo más notable de esta poblacion de 20.000 habitantes, es el establecimiento del tribunal mixto de justicia para juzgar los buques que se dedican al tráfico de negros. A Sierra-Leona son conducidos, no sólo los buques negreros, sino tambien los negros libertados de la esclavitud, para lo cual hay un hospital destinado á recibirlos, segun la inscripcion que hay sobre el mismo edificio:

Royal
Hospital and Asylum
For Africans
Recued from Slavery

By Britich Valour and Philantropp
Erectd A. D. MDCCCXVII
His Excellency Lient.te Col. Mac. Carthy. Gov.

Título engañoso é inconcebible por el trato que generalmente se dá á los esclavos. La mayor parte sirven para cubrir la baja de los batallones, y otros son destinados como aprendices ú obreros forzados para ir á la Jamaica; y los que mejor librados salen permanecen en la condicion de esclavos en el mismo Sierra-Leona, si bien con el nombre de sirvientes ó criados, y son destinados como en el capítulo anterior he dicho, á las factorías y establecimientos agrícolas.

Dos horas despues de nuestra entrada en Sierra-Leona, llegó el comodoro Williams Smith, con su fragata remolcando su presa.

Las calles de Sierra-Leona están tapizadas con una alfombra de yerba de *bahama,* y sus aceras tiradas á cordel. Reina en ella una ardiente agitacion, un bullicio indescriptible de negros que se ocupan en comprar y vender efectos en las numerosas tiendas de la ciudad. Estas tiendas están servidas por negros, bajo la direccion de dependientes blancos. Más bien que tiendas son grandes almacenes, donde mezclados se encuentran toda clase de géneros europeos y de procedencia inglesa; loza, ropas hechas, calzado, manteca, velas, carne en salmuera, jamones, conservas alimenticias, cervezas, telas de algo-

don, vino, rom y aguardiente; todo mezclado en confusion en grandes almacenes. Hay tambien un mercado en donde se ven hombres atléticos de la raza *fulahs* y *mandinga*; estos últimos se distinguen de los demás por el traje talar que arrastran: llevan todos colgado del cuello un pedazo de cuero en que está escrito algun pasaje del Korán, y además colmillos de tigre, nueces venenosas y otros objetos que toman por sus ángeles de guarda, y como amuletos preservativos de todo mal. Los mandingas venden en el mercado frutas de todas clases, bridas de caballos, látigos, calabazas talladas, arcos, flechas, lanzas, cajas de telescopio y otros objetos tallados y fabricados por ellos mismos con la mayor paciencia y primor. Los gritos de las mujeres atruenan el mercado, vendiendo *fu-fu*, *ñame* y plátanos. El *fu-fu* es una masa hecha con el *ñame* pulverizado, muy parecida á nuestra *polenta* ó puré de patata. En Africa, las mujeres están acostumbradas desde su más tierna edad á los trabajos más duros: son bestias de carga, no las compañeras del hombre. Nada dá una idea del trabajo de estas mujeres, como el verlas llevar sobre su cabeza una cesta cargada con más de cuatro arrobas de *ñames* ó plátanos, con el apéndice de un niño á sus espaldas, y andando catorce ó quince millas sin el menor esfuerzo ni cansancio, seguida de sus padres ó maridos, que

tranquilamente apoyados en un largo baston fuman su pipa.

Cuando íbamos á salir del mercado notamos gran movimiento en él, y que las gentes se dirigian en tropel hácia la esplanada que hay delante del palacio del gobernador.

Emparanza, Burton y yo seguimos la corriente de la gente.

—¿Qué ocurre? preguntó Emparanza á un criado del consulado que nos acompañaba.

—Señor, es la ejecucion de tres *fulahs*, cuya sentencia pronunció ayer el tribunal superior de la isla.

—¿Qué delito han cometido? pregunté.

—Señor, contestó el criado del consulado, á dos leguas de Sierra-Leona vivia un viejo mandinga que labraba una pequeña posesion, dedicándose al mismo tiempo á la caza: su honradez le habia hecho querido de todos los ingleses y principales factóres de Sierra-Leona. Muchas veces le he visto en el consulado de España, trayendo pieles de tigre para vender, y el cónsul Güillemar de Aragon y el Sr. San Juan, último cónsul, le han comprado más de una vez. Este viejo tenia una hija, que entre los mandingas pasaba por la más hermosa de su raza. Un fulahs, vecino suyo, se enamoró perdidamente de ella, y fué á pedírsela á su padre. El viejo mandinga creyó un insulto la proposicion del fulahs, pues

los mandingas tienen la costumbre de no mezclar su raza. Además la jóven era la prometida del intérprete mandinga al servicio del gobernador general de la colonia, y el matrimonio segun el rito mahometano mandinga, debia verificarse á fin de mes; para lo que el anciano habia invitado á todos sus parientes y amigos.

El fulahs juró vengarse de aquella repulsa y reunió cuatro compatriotas, les contó el desaire que habia recibido, y convinieron en arrasar la hacienda del mandinga, robarle la hija y asesinar al anciano. A las doce de la noche del siguiente dia en que habian formado este propósito, ayudado de sus tres cómplices, penetró en la casa del anciano, y encontrándole sentado en una alfombra repasando las cuentas de su grueso rosario, del que todos los mandigas van provistos, le dijo:

—Vengo á buscar lo que me has rehusado, vengo á buscar á tu hija; ya que no me la quieres dar para mujer, será mi esclava.

—¡Infame! dijo el anciano, levantándose y empuñando su afilado cuchillo mandinga: Ven si te atreves; su padre la defiende; y lanzándose sobre el fulahs, lo hirió en el brazo derecho.

—A mí, compañeros, gritó el fulahs; y sus tres cómplices penetraron en la habitacion.

Una lucha horrible se trabó entre el anciano y los cuatro bandidos, sucumbiendo por fin el

pobre viejo despues de haber hundido su cuchillo en el corazon de uno de los asesinos. Estos, al ver caer al anciano, se apoderaron de su hija, robaron lo más precioso que habia en la casa, la prendieron fuego, y huyeron al bosque.

Uno de los criados del mandinga, que oculto por miedo á los asesinos, habia presenciado el hecho, dió parte al gobernador y al jefe de policía.

El jefe de la policía, seguido de dos compañías de indígenas, y acompañado del prometido de la jóven, dió una batida general al bosque, y logró apoderarse de los asesinos. Al verse rodeados éstos y cortada su retirada, degollaron á la jóven mandinga.

El jefe de la policía, los ató de piés y manos y los trajo á la cárcel pública antes de ayer. Convictos y confesos, pues los fulahs dicen siempre la verdad, fueron ayer juzgados, y hoy debe ser la ejecucion.

El sonido lúgubre de un tambor nos anunció la salida de los reos de la cárcel. El obispo protestante, nuestro compañero de viaje, con varios misioneros, habia estado en la cárcel para ver si podia convertirlos al protestantismo; pero los tres fulahs habian permanecido impasibles y frios á las exhortaciones del obispo y de los misioneros.

Nos abrimos paso entre la multitud, que al

ver al criado del consulado que marchaba delante se retiraban respetuosamente, y nos acercamos al lugar de la ejecucion. Sobre un tablado habian colocado tres horcas.

El sonido lúgubre del tambor se iba aproximando.

Precedidos de una escolta de soldados indígenas de color, venian los tres reos.

—Mirad, nos dijo el criado del consulado: el que marcha delante con una pipa en la boca, es el fulahs enamorado de la jóven mandinga. Los otros dos son sus cómplices. El fulahs era fornido, de un color bronceado, de formas hercúleas y llevaba una especie de túnica azul abierta por delante, que dejaba ver su anchuroso pecho; marchaba tranquilo, despidiendo bocanadas de humo de la pipa que llevaba en la boca; sus manos estaban atadas á la espalda. Subió ayudado del verdugo al tablado.

Púsole éste, así como á sus compañeros, el fatal dogal al cuello; arrancó la pipa del fulahs y le cubrió la cabeza y la cara, así como á sus compañeros con un gorro encarnado de algodon. Un redoble general del piquete que estaba alrededor del patíbulo, fué la señal para que el verdugo, tocando un resorte, hiciera que las tablas sobre que estaban colocados se hundieran, y los cuerpos de los tres criminales quedaron suspendidos en el aire. La justicia de los hombres se

habia cumplido. Un inmenso clamor se oyó entre la muchedumbre. El piquete se retiró batiendo marcha, y nosotros, tristemente impresionados por el espectáculo que acabábamos de presenciar, nos fuimos al consulado.

Comimos en una fonda francesa situada en la entrada del puerto, y á las diez de la noche, despues de abrazar á nuestro amigo Emparanza, Burton y yo nos embarcamos en el *Ethiope*.

Nuestro amigo el capitan irlandés no habia podido acompañarnos á tierra por hallarse enfermo hacía tres dias con una gástrica.

Al regresar á bordo, uno de los camareros me entregó una carta y un paquete: era de la sobrina del obispo Mis Harrison, que me deseaba feliz viaje, me mandaba su fotografía y medio millar de cigarros.

Hice el propósito de contestarla aquella misma noche, pero estaba muy cansado y me acosté despues de haber colocado su retrato en mi álbum y los cigarros en la maleta. Al dia siguiente me hallaba frente á las islas de Banamar y Sherboso. La pobre Mis se quedó sin contestacion. Es una ingratitud de la que aún tengo remordimientos.

CAPÍTULO VIII

Liberia.—Monrobia.—Paso del trópico.—Fiesta grotesca.—El bautizo.—El Dios Neptuno.—Horrible tempestad.—El tornado y sus efectos.

La república de Liberia, cuya capital es Monrobia, está situada á orillas del rio Mesurado.

Fué fundada en 1822, y tiene pretensiones de poseer el territorio que media desde el Cabo Monte al Cabo de Palmas, esto es, á unas 300 millas. Liberia está bajo la proteccion de los Estados-Unidos, y es el sitio á donde conducen las presas que hacen á los negreros. Está gobernada por un consejo superior, cu-

yo presidente lleva tambien el título de presidente de la república; en sus pretensiones de figurar como república, acuña moneda, aunque yo solo he visto algunos ejemplares de bronce. Tiene varias factorías norte-americanas, una iglesia anabaptista y otra metodista.

Nuestra estancia en Liberia fué de tres horas, tiempo suficiente para poder visitar la ciudad, su castillo armado de cuatro cañones y un bergantin con dos pequeñas carronadas antiguas, regalo del presidente de los Estados-Unidos.

El 17, á las ocho de la mañana, subiamos sobre cubierta, el calor era abrasador; Burton y yo fumábamos tranquilamente, cuando se nos acercó un marinero seguido de otros dos armados de lanzas. Borton se sonrió, lo mismo que el capitan que estaba en la toldilla.

—Caballero, dijo el marinero dirigiéndose á mí, vengo en nombre del muy alto y poderoso señor rey de los mares, Neptuno, á preguntaros cuántos viajes habeis hecho por sus dominios:

—Es el primero que hago que merezca llamarse viaje.

—Habeis pasado el trópico alguna vez?

—No, le contesté.

—Pues preparaos, me dijo, á recibir el bautismo y pagar la contribucion que el muy alto y poderoso rey de los mares tenga á bien imponeros.

Dió media vuelta y se retiró acompañado de su escolta.

Este interrogatorio lo hizo sufrir sucesivamente á todos los pasajeros, librándose solamente el capitan Burton, cosa que no dejó de extrañarme, pero que luego él me explicó.

—Qué significa esto? dije á Burton.

—Significa, me dijo, que á las diez, poco más ó menos, debemos pasar el trópico, y hay costumbre de celebrarlo con una fiesta grotesca que no dejará de divertirle, aunque algunas veces se convierte en brutal. Pero con los pasajeros no se meterán, pagando, como todos pagarán, una libra esterlina (cinco duros) al rey de los mares; como yo he pasado los trópicos y la línea más de veinte veces, creo seré el único exceptuado.

A las diez en punto cuatro cañonazos nos anunciaron el paso del trópico, dos trompetas destempladas y un hurra atronador, lanzado por la marinería, nos hizo conocer que se aproximaba el rey de los mares.

En efecto, uno de los marineros, vestido grotescamente, con pieles de carnero y un tridente en la mano, se adelantó hasta el palo mayor seguido de una multitud de marineros disfrazados bizarramente como él. Dos de ellos de mujeres, figurando el Africa y el Asia. La América y la Occeanía la representaban dos negros completamente desnudos, con taparabos encarnados y

unas coronas de papel de plata. La Europa era otro marinero con grandes tirillas, fraç, y lente en un ojo, imágen fiel de un gentléman inglés.

—Ah! del buque, dijo Neptuno empuñando la bocina, qué buque es este?

—El *Ethiope* de la Real compañía de Navegacion de la costa de Africa, contestó el capitan.

—Buen buque, buen capitan y buena tripulacion, dijo Neptuno.

—Cuántos pasajeros lleva á su bordo, preguntó el Africa?

—Cincuenta y seis, respondió el contador del buque.

—Que se aproximen uno á uno, dijo la América.

Uno á uno, y escoltados por dos de la guardia del dios Neptuno, nos fuimos presentando y depositando una libra esterlina en una copa que tenia la Europa en la mano.

—Quedais libres de las terribles pruebas tropicales porque debeis pasar todos los mortales al entrar en esta parte de mi reino.

El criado de un factor aleman de Lagos se negó á pagar el tributo; fué cogido por la América y la Occeanía y sepultado en un grande balde de agua. Repuesto el aleman del susto, echó á correr por el buque, pero las escoti-

llas estaban cerradas, y desde la toldilla, vergas y foques llovian baldes de agua sobre el infeliz.

Tres grumetes sufrieron la misma suerte que el aleman. Las bombas del buque funcionaban por todos lados arrojando torrentes de agua.

Colocados nosotros al lado del timonel, creimos librarnos del bautizo.

—Hemos pagado, gritaban los pasajeros.

Pero á pesar de esto, las bombas se volvieron contra nosotros, y pronto nos vimos completamente empapados en agua. Los cortesanos del dios Neptuno y rey de los mares ya no le obedecian; él mismo se vió zambullido por dos veces dentro de un gran balde de agua; aquello era una confusion horrible: gritos por todas partes; las bombas no cesaban de funcionar; la cubierta estaba convertida en un lago. Á las tres, el capitan, viendo que la alegría iba tomando demasiado incremento, mandó cesar la fiesta.

Como por encanto el buque quedó completamente tranquilo; cada marinero ocupó su sitio, y nosotros bajamos á nuestro camarote á mudarnos de ropa.

Prudentemente habia hecho el capitan cesar la fiesta del paso del trópico. Sobre las cuatro y media de la tarde se presentó una pequeña nubecilla blanca que apuntaba en el Oeste. Aque-

lla nubecilla se adelantó rápidamente, estendiéndose de una manera horrorosa, y todo el firmamento se oscureció.

Alzábase el mar en turbulentas montañas y un viento impetuoso, desigual, extraordinario, recorria rápidamente todos los puntos del horizonte, pareciendo soplar á un mismo tiempo de los cuatro puntos cardinales. Levantábase despues en torbellinos y volvia á recaer con furia cual si fuese precipitado desde las alturas del cielo, forzando á las olas á abatirse bajo su peso; instantes hubo en que las olas levantaban el buque en el aire para hacerlo caer en el mas profundo abismo. Silbaba el viento con un ruido parecido al de los mas espantosos truenos, hasta tal punto, que pasajeros y marineros, aunque muy cerca los unos de los otros, apenas podian hacerse oir, y las órdenes del capitan se perdian en aquel infernal estruendo. Los relámpagos surcaban el cielo, y el trueno repetia sus prolongados y pavorosos sonidos, como sucede ordinariamente en alta mar en las terribles tormentas de torbellinos y vientos opuestos.

El *Ethiope* tan pronto se levantaba sobre una montaña de agua, tan pronto se sumergia en los abismos, batido en los costados por una ola, era al mismo instante acometido por otra que parecia próximo á tragarlo. Tendidos todos los tra-

pos ante la horrible tempestad, de un género particular en las costas de Africa, habian sido destrozadas todas las velas, hechas pedazos y barridas á merced de los desencadenados vientos.

Crujia el palo mayor que parecia iba á romperse de un momento á otro á impulsos del terrible vendabal, y el agua pasaba sobre el puente entrando hasta el fondo de la cala. Todo era terror! todo era confusion! Sólo el valiente capitan sobre el puente, á pesar del peligro inminente que veia, sonreia, sin perder su serenidad, y se esforzaba ya con amenazas, ya con ruegos, por mantener la moral abatida de la tripulacion.

Poco á poco el mar se fué aplacando, el viento disminuyendo, y la noche quedó deliciosa y fresca, hasta el punto de tenernos que poner los abrigos.

Acababámos de experimentar un fenómeno muy frecuente en los mares de Africa, y del cual tendré amenudo que ocuparme. Era un *tornado* fenómeno que resulta de la combinacion del viento, de la lluvia y de furiosas descargas eléctricas. Terrible es este momentáneo desquiciamiento de los elementos, que dá generalmente por fortuna tiempo á las embarcaciones para sustraerse de sus terribles efectos.

Era la primera vez que yo lo experimentaba

en el mar, debiendo presenciarlo muchísimas veces en tierra, en donde son distintos sus efectos durante el tornado; el termómetro descendió de 12 á 20 grados; la lluvia va acompañada de un calor tan intenso y desagradable que llega á agobiar y hacer penosa la respiracion.

Las descargas eléctricas se verifican tan inmediatas á la tierra, que muchas veces el calor del relámpago se hace sensible en el cuerpo humano.

El primer anuncio del tornado, segun la descripcion que de él hace el capitan de fragata de de la marina inglesa Vold, es la aparicion en el cénit de una nubecita blanca que va creciendo á medida que desciende en el horizonte, velándole al mismo tiempo con densa oscuridad. En aquel momento todos los elementos cesan en sus funciones; la naturaleza está muerta; reina la tranquilidad más solemne y profunda; la ira de Dios está sobre las aguas silenciosas; todo el sistema físico experimenta una debilidad indecible; hombres y animales están próximos á ser sofocados. Empiezan en breve á sentirse los lejanos ecos del trueno con vivos relámpagos, que van adelantándose y acercándose; á veces por más de un minuto está toda la atmósfera como incendiada. Por último, llega el viento con indecible furia, cuyo impulso no hay buque que pueda resistir. Afortunadamente su duracion no pasa de

tres horas, y termina con un furioso diluvio. El gran peligro está en la entrada del viento, que hará inmediatamente desarbolar ó zozobrar al buque, si no está preparado para recibirlo. Pero nada es más delicioso que el estado de pureza y claridad de la atmósfera pasado el fenómeno: es la respiracion y dilatacion del pecho: es la regeneracion del mundo animal y vejetal.

CAPITULO IX

Cabo-Palma.—Los krumanes.—Sus contratos.—Castillo de Cabo-Costa.—El oro.—Ascenso á Mayor de Mr. Tompson.—Visita á la ciudad y fortines.—Ataque y defensa del fortin Victoria por los Bihes.—Destruccion é incendio de la tribu.—El gusano de Guinea.

A las cinco de la mañana divisamos el Cabo de Palma, cubierto de una lozana vejetacion con interminables bosques de palmeras y mangles, presentando una estensa línea de playa arenosa, sembrada de pequeñas aldeas. Estábamos en las costas del Krú, residencia de esa raza de hombres fuertes para el trabajo que tan útiles son al comercio europeo en Africa, y que des-

empeñan en aquella parte del mundo los oficios de los asturianos y gallegos en España. Sin esta colonia de krumanes seria imposible á los europeos hacer ninguna clase de comercio en aquellas regiones.

Las casas están formadas de cañas y hojas de bambú, que entretegidas entre sí, constituyen las paredes sin barro ni argamasa alguna.

Los techos están formados de lo mismo, y muchos presentan en su forma la figura de una colmena de abejas. Con excepcion del ñame y arroz de secano, nada se cultiva en sus campiñas.

La costa del Kru tiene gran comercio con los ingleses y holandeses en aceite de palma (palme-oil) y marfil. El idioma kruman es agudo, desagradable y parecido al ladrido del perro.

La casa del rey ó jefe de cada tríbu se diferencia de las de los demás, por ser más grande y en forma de un cuadrilongo.

Apenas llegamos á avistar la costa nos vimos rodeados de una infinidad de *cayucos*, embarcaciones pequeñas, tripuladas por krumanes, que bogando con velocidad abordaron el vapor trepando por todos lados, entablando la competencia para ofrecer sus servicios.

—Qué quieren estos negros? pregunté al capitan al ver la invasion de krumanes.

—Como tengo necesidad de tomar cincuenta

para el servicio del buque y sus maniobras, y conocen las costumbres de los paquetes, vienen á ofrecerse y contratarse.

—Pues qué, le dije yo, son marineros?

—La mayor parte, me contestó, han servido en buques mercantes, y como V. notará, todos ellos traen su book como ellos llaman, ó certificado de los buques donde han servido; nos son sumamente útiles en estas regiones tropicales, pues los blancos no pueden soportar la faena constante de los buques como los krumanes.

—Y cómo hace V. las contratas, capitan?

—Me valgo del *Getma* ó jefe de ellos, con el que contrato el viaje redondo, que debe durar cuarenta dias; él me proporciona 50 krumanes, y yo me obligo á darles libra y media de arroz diaria á cada uno, una libra de sal para el rancho de los 50, dos de manteca, diez piezas de algodon para taparabos,. veinte machetes, veinte espingardas ó fusiles de chispa de deshecho y una arroba de pólvora. Todas estas mercancías son para el *Getma*; y los demás, despues de cumplir su aprendizaje, se convierten á su vez en *Getma*, y reclutan aprendices para contratar en los buques.

Posteriormente, estando yo en Fernando Póo, he contratado diferentes veces doscientos, trescientos y hasta cuatrocientos krumanes, con las mismas condiciones que me indicó el capitan,

sin olvidar el plus de aguardiente de caña como gratificacion.

Despues que un jefe kruman ha hecho cinco ó seis campañas, se retira á su casa, compra diez ó doce mujeres en las tríbus vecinas, y permanece tranquilo en medio de su familia cultivando sus campos de arroz.

Una de las particularidades de esta tribu es su resistencia á expatriarse indefinidamente; tienen en su corazon tan profundamente arraigado su amor á la familia, como las naciones más civilizadas del mundo; así es que los contratados para la isla de Fernando Póo, pasado el tiempo de su enganche, que es siempre el de veinticuatro lunas, sistema que tienen ellos para contar; el gobierno tenia obligacion de devolverlos á su país, y como habian sido perfectamente tratados, alimentados y cumplidos los términos de su contrata, el gobierno español ha encontrado siempre facilidad para esta clase de contratas. Los krumanes son fieles, laboriosos y honrados; jamás faltan á sus juramentos, y aunque sea en contra suya, dicen siempre la verdad; tienen suma facilidad para aprender el inglés, el español y el francés, chapurreando estas cuatro lenguas á los pocos meses de estar en el servicio. La religion de los krumanes es la idolatría, y como todos los negros del Africa, tienen dos dioses, el del bien y el del mal. Los misione-

ros metodistas han establecido una casa-mision en Cabo de Palma y una escuela donde enseñan el inglés.

Hecha la contrata por el capitan, hicimos rumbo al Cabo-Costa, á donde llegamos el dia 20. El capitan irlandés Thompson, gobernador de aquella colonia, nuestro compañero desde Canarias, nos brindó á desembarcar y pasar el dia y la noche en la fortaleza, pues el buque no debia salir hasta las seis de la tarde del 21. Los subalternos de la fortaleza salieron á recibir á su capitan-gobernador; la guarnicion, compuesta de 350 soldados estaba formada en la anchurosa plaza de armas de la fortaleza.

Allí debia recibir nuestro compañero una agradable noticia. La reina Victoria le habia concedido el empleo de Mayor, equivalente á comandante en nuestro ejército.

La fortaleza es magnífica, construida de piedra, con dos grandes plazas de armas, espaciosas cuadras para los soldados perfectamente ventiladas, grandes almacenes y tres polvorines, así como un hospital y capilla protestante; tienen 40 cañones y dependen de esta fortaleza cuatro fortines, situados á unas dos leguas del castillo; á estos fortines les dan el nombre de linterna, con un cañon cada uno y 20 hombres de guarnicion, sirviendo para tener á raya á las tribus salvajes del interior.

Cabo-Costa es la verdadera costa del oro, y segun la antigua tradicion de la Biblia, el país de *Orfil*, de donde el gran rey Salomon sacó el oro y marfil para la construccion del gran templo de Jerusalem. Hoy, es decir, desde 1492 en que los europeos empezaron á frecuentar esta costa, no hay el menor comercio con las comarcas asiáticas donde reinó Salomon.

Salimos Burton, el nuevo Mayor y yo á recorrer la ciudad, distante del castillo un cuarto de legua. Tiene un gran mercado, donde se encuentran pieles de tigres y leopardos que abundan mucho en el país, llegando, segun me dijo el Mayor, algunas veces á acometer las guardias que van á relevar las de la linterna. Abunda tambien el mercado en cueros de buey, marfil y oro que se encuentra en gran abundancia en el país.

El oro puro lo dan á cambio de géneros, en polvo y sin mezcla á doce duros la onza y á 17 el labrado en pulseras, sortijas y cadenas; compramos todos algun recuerdo y fuimos enseguida á visitar al rey, que posee una mediana casa de madera construida en Inglaterra. Era un negrazo de formas hercúleas, que vivia tranquilamente enmedio de sus numerosas mujeres, bajo el amparo y la proteccion de Inglaterra, y con la pension que le pasaba, por la cesion del territorio, el gobierno inglés.

Nos facilitó el rey un guia para ver el sitio donde se extraia el oro.

Llegamos á la orilla de un pequeño rio, y vimos infinidad de mujeres con grandes bateas lavando las arenas, operacion sumamente pesada y difícil, y que apenas les produce por lo primitivo de los procedimientos, un jornal de tres chelines diarios. El oro se presenta en pajitas largas y estrechas, y rara vez se suelen encontrar pepitas de media onza de peso. En el interior, y en las grandes vertientes y terrenos de aluvion, despues de la época de las grandes lluvias, suelen encontrarse hasta de tres onzas.

Regresamos al fuerte, donde en compañía de la oficialidad y de Mr. Burton y el capitan del buque, comimos expléndidamente, saliendo á las cuatro de la tarde para la linterna Victoria, el fortin más avanzado en el territorio salvaje.

—Suelen los indígenas acometer alguna vez los fortines? pregunté.

—En seis años que hace que vivo aquí, me dijo uno de los tenientes de la compañía, he presenciado y sufrido tres ataques; pero el principal fué en el año 1858. Los negros de la tribu de Bihe, en número de 1800, nos atacaron una noche del mes de Mayo, lanzando horribles gritos y multitud de flechas. La guarnicion estaba desprevenida, el centinela se habia quedado dormido y fué la primera víctima; yo mandaba el fortin.

¡A las armas! grité, ¡á las armas! y los soldados, obedientes á la voz, se prepararon á la defensa; un grupo de bihes de los más decididos habian podido penetrar en el primer recinto del fortin. Sable en mano, me lancé contra ellos, y una descarga cerrada de mis soldados dejó el recinto sembrado de cadáveres. Un rugido espantoso de los de afuera, contestó á la descarga y se prepararon por segunda vez al asalto. El cañon del fortin, cargado de metralla, barria sin cesar la masa compacta de salvajes. Por fortuna nuestra, el fortin Alberto habia oido los cañonazos, y su guarnicion vino en auxilio nuestro. Chocábanos que el fortin más inmediato Mary no hubiera oido ni venido en nuestro socorro. Nada tenia de particular, pues habia sido sorprendido y horriblemente degollada su guarnicion, escapándose casi por milagro un artillero que nos habia traido la noticia.

De Cabo-Costa salieron fuerzas, y puedo asegurarle á ustedes que el escarmiento de los behis fué duro, y terrible la leccion; más de cuatrocientos salvajes quedaron muertos en el campo, los demás huyeron al bosque dando furiosos alaridos.

Nuestras pérdidas consistieron en tres muertos y siete heridos; yo recibí un flechazo que me atravesó el brazo izquierdo. A este hecho de armas debí mi ascenso á teniente.

Tres dias despues, el Mayor organizó una expedicion contra los bihes. El pueblo fué incendiado, y desde entonces nos han dejado vivir en completa tranquilidad.

—Y el rey de Cabo-Costa? pregunté, no tomó parte en esa rebelion?

—Al contrario, dijo el teniente, nos ayudó con toda lealtad; bien es verdad que los bihes nunca han sido amigos suyos; así es que se alegró de la destruccion del pueblo y completo aniquilamiento de aquella tríbu.

Desde entonces, retirados los bihes á más de 30 millas al interior, no han vuelto á molestar la guarnicion del castillo de Cabo-Costa.

Una cosa notable es que ninguna mujer blanca puede vivir más de un año en Cabo-Costa, pues es país sumamente enfermizo, y las fiebres tan fuertes ó más que en Sierra-Leona; además, es muy comun el gusano de Guinea, especie de pequeña larva que se introduce en la piel, y va creciendo, horadando y carcomiendo la carne, de modo que algunas veces queda el hueso al descubierto; esta terrible enfermedad es muy comun entre los negros y algunas veces suele acometer al europeo. La extraccion del gusano es sumamente fácil en los primeros dias, como sucede con la nigua en América; pero es necesario extraer por completo la larva ó lombriz en los primeros momentos, pues de lo contrario, es

tal su fecundidad, que á los cuatro ó cinco dias se calcula en sesenta ú ochenta gusanillos, los que van corroyendo poco á poco la carne, sufriendo el paciente los tormentos más horribles y produciéndole una calentura violenta.

En el hospital de la fortaleza habia cuatro soldados atacados de esta terrible enfermedad.

El médico del castillo le habia extraido á uno de ellos más de sesenta larvas. Los negros se curan sajando el sitio donde sienten el dolor, cauterizándole con un hierro candente.

Pasamos la noche tranquilamente en el castillo y á la mañana siguiente, despues de un opíparo almuerzo, nos despedimos Burton y yo de nuestro buen amigo el Mayor gobernador del castillo, Mr. Thompson Mac-Gregor, con el que siempre he conservado buenas relaciones de amistad y correspondencia íntima.

Hoy dia se encuentra de coronel de un regimiento en Bombay (India inglesa).

CAPÍTULO X

Acra.—Factoría catalana.—Almina.—Palacio del gobernador holandés.—Paseo en carruaje.—Singular modo de locomocion.—Dahomey.—Neron moderno.—Sus crueldades.—Funerales de su padre. —Una canoa flotando en sangre.—El ejército.— Vanguardia de 6.000 amazonas.

Sobre las seis de la mañana siguiente arribamos á la costa de Acra. Toda esta parte de la costa del oro está ocupada alternativamente por fortalezas inglesas y holandesas. Acra viene á ser tres pueblos pequeñitos con un fuerte cada uno, colocados á la orilla de una gran bahía, perteneciendo el de Acra á los ingleses, el de Aerchena al Sur á los dinamarqueses, y el del Norte á Almina á los holandeses. En Acra hay vice-consulado español.

El vice-cónsul vivia en una factoría española catalana, perteneciente á la casa de Martorell y Bufill, de Barcelona; hacen el comercio con los negros del interior de oro, aceite de palma, cera, cueros y marfil, á cambio de abalorios, cuentas, telas de algodon y quincallería ordinaria. La única provincia de España que mantiene relaciones mercantiles con la costa de Africa, es Barcelona, y por todas partes se vé el génio laborioso y mercantil del pueblo catalan. Despues de visitar la factoría española, fuimos presentados al gobernador inglés, el que nos invitó á comer para las cuatro de la tarde, y nos dió su carruaje para poder visitar el fuerte de los holandeses.

Sorprendido me quedé cuando al salir de la casa del gobernador ví á la puerta una elegante vitoria.

—¿Y los caballos? pregunté al criado del gobernador que nos acompañaba.

Este, por toda contestacion, dió tres toques con un pito que llevaba al cuello pendiente de una cadenita de acero, y se presentaron diez fornidos negros.

—Suban ustedes, nos dijo á Burton y á mí; ya está todo listo.

Subimos en la elegante vitoria, y á una voz del criado emprendieron los negros la marcha. Mucho me repugnó al principio al ver arrastrada la vitoria por los negros, cual si fueran anima-

les; pero Burton me dijo que no habiendo en Acra ninguna clase de caballerías, y menos posibilidad de aclimatarlas, era para los negros un ejercicio tan sencillo el tirar de la vitoria, como el de cualquiera otro género de trabajo.

En menos de tres cuartos de hora atravesamos la legua que media entre el fuerte inglés y el holandés. Cuantos negros encontrábamos en el camino otros tantos se unian á los que tiraban de la vitoria, y con gran algazara les ayudaban á tirar; de modo que cuando llegamos á Almina eran más de treinta los negros que tiraban de la vitoria.

El gobernador holandés era un jóven cuyo padre, gran cazador de tigres, habia muerto el año anterior en una cacería. Se contaban de él en el país rasgos de valor y de serenidad; y era raro el dia que no volvia de caza sin haber muerto dos ó más tigres. Un dia en una pequeña aldea, situada á media legua de Almina, estando de paseo, oyó gritos de desesperacion lanzados por una mujer pidiendo socorro. Los habitantes de la aldea habian huido; y el caso no era para menos. Tres jagüares (fiera de la familia de los tigres), se habian introducido en la aldea y sembrado por todas partes la desolacion y el espanto. El gobernador pudo reunir, animando con sus palabras, varios de los vecinos más animosos. Montó su escopeta de dos cañones y se dirigió al

sitio donde se oian las voces. El espectáculo era terrible.

En una choza, una mujer, una madre con el seno desgarrado, defendia á dos niños pequeños, que un jagüar queria devorar. El gobernador se adelantó á la puerta de la cabaña, y dando un espantoso grito, llamó hácia sí la atencion del jagüar, cuya boca y garras iban á abrir el pecho de aquella infeliz mujer. Detiénese la fiera sorprendida, y exhala un ronco bramido inindignada de que se atrevan á atacarla, levanta sus rudos y pelosos lábios, y manifiesta al aire sus agudos y cortantes dientes. El gobernador, tranquilo entonces, hace señas á la aterrorizada multitud de que el enemigo le pertenece. La mujer casi muerta, y cuya sangre corria de cinco ó seis heridas, dijo con voz apagada:

—Tire V. aunque me mate, pero salve á mis hijos.

—No te menees, contestó el gobernador.

Y se dirigió hácia la fiera: hincó una rodilla en tierra, y al lanzarse sobre él el jagüar, disparó, y lo dejó muerto en el acto.

—Muerto, amigos mios, muerto: que unos se queden aquí para socorrer á esa infeliz, y los demás me sigan para concluir con los otros dos jagüares.

En efecto, poco tiempo despues habia conse-

guido darlos muerte, y se volvia tranquilamente á su castillo de Almina.

Seis meses despues de esta aventura, habiéndole fallado por efecto de la humedad el piston de su escopeta, pereció medio devorado por un tigre á dos leguas de su castillo.

Su hijo fué nombrado por el gobierno holandés para suceder á su padre. Era hombre como de unos treinta años, oscuro y de poco trato: el reuma le tenia casi siempre postrado en una butaca, y pasaba la vida leyendo y bebiendo en compañía de dos mujeres negras, de una hermosura especial, segun se decia en el país; pero que á mí me parecieron horriblemente feas. Burton sostuvo la conversacion en inglés con el gobernador, que fué corta, y regresamos por el mismo camino en nuestra vitoria, y con el mismo atalaje.

Gratificamos con una botella de rom á cada uno de los negros, y despues de comer con el gobernador, nos embarcamos para continuar nuestro viaje.

Serian las seis de la mañana, cuando al pasar el vapor por delante de Abomey, pueblo importante de los dominios del rey de Dahomey, el más rico y poderoso de la costa, hicieron señas al buque para que se aproximase.

El capitan Burton debia en Abomey ver al primer ministro del rey, con objeto de arreglar

con él los preliminares de un tratado para la estincion de la trata negrera. Con este motivo el capitan del *Ethiope* se aproximó á la costa, y en una canoa bajamos á tierra el capitan Burton, el capitan del *Ethiope*, cuatro marineros armados y yo. El capitan nos dió á cada uno un sable y un par de rewolvers. El rey Dahomey es un monarca absoluto, un Neron moderno que, á la crueldad de aquel, reune la más baja estupidez. Dispone á su arbitrio de los bienes de sus súbditos y personas, y puede venderlos ó matarlos; dos derechos de que usa ámplia y largamente, sobre todo del primero. Todos los negocios los abandona á su ministro llamado Mehou, que era con quien el capitan Burton debia tratar.

Ningun súbdito puede llegarse al rey, sino arrastrándose por la tierra, y siempre le habla de rodillas.

Mucho se ha contado de las crueldades del rey de Dahomey. El actual rey Guezu, á pesar de sus crueldades, no lo es tanto como lo fué su padre Agonglo, del que se cuenta que un dia tuvo el capricho de tener el gusto de ver flotar en sangre humana su canoa, para lo cual mandó hacer un estanque á sus súbditos, y colocar dentro la canoa real; teniendo la cruel tranquilidad y calma de esperar que cuatro mil prisioneros del interior, con cuyas tríbus está siempre en guerra, fueran degollados en las orillas del es-

tanque. ¡Cinco horas se tardó en esta bárbara y cruel operacion, y esperó, fumando en su pipa sentado en la canoa, á que se lograse hacerla flotar en medio de aquel inmenso lago de sangre humana!

Difícil me era creer esta barbárie, pero lo he oido asegurar á distintos y verídicos viajeros.

Este Neron moderno raro era el dia que no hacía ejecutar, por via de distraccion, algun prisionero, cuyas cabezas mandaba colgar en postes alrededor de las plazas y de su palacio. Su hijo ha heredado con su reino su crueldad.

Nada más bárbaro y horrible que la ceremonia que se celebró á la muerte del rey Agonglo. Inmediatamente que se hizo pública su muerte, el rey su hijo, mandó degollar cincuenta prisioneros, á los que antes dió de comer perfectamente, dándoles rom con abundancia, y previniéndoles dijeran á su padre que iba á celebrar con gran pompa sus funerales. Los desgraciados emisarios fueron degollados casi todos por el mismo rey. Ocho prisioneros abrieron una fosa de doce piés de profundidad sobre siete de largo. Colocóse encima una especie de techo adornado de cintas lo más preciosas posible, y encima el cuerpo inanimado del rey Agonglo. Los ocho prisioneros fueron tambien degollados por el heredero, y sus cuerpos arrojados al cam-

po para servir de pasto á las fieras y aves de rapiña.

Presentáronse despues en tropel las mujeres del difunto rey solicitando el honor de ser encerradas en el sepulcro con el rey para servirle. El heredero eligió veinticuatro de entre ellas. Las que no fueron elegidas se retiraron llorando y profiriendo mil quejas y lamentaciones.

Para confirmar á las infortunadas víctimas de la barbárie en su credo, de ignorancia, se colocó en el interior del sepulcro del rey difunto gran cantidad de aguardiente, de tabaco, ñames, galletas, pipas, tres bastones con puño de oro, tres con puño de plata, las armas del rey, sus espingardas y un barrilito de pólvora. El heredero recomendó mucho á las mujeres tuvieran gran cuidado de su padre, le dieran á menudo de beber y de fumar, y quemaran incienso todos los dias. Terminado este discurso, se apresuraron las desgraciadas á bajar al sepulcro; pero antes hay la costumbre, para colmo de barbárie, de romperlas las piernas á martillazos. Inmediatamente se cubre el sepulcro de maderas y tierra, y durante cinco dias se sacrifican cincuenta prisioneros sobre él, de modo que la tierra queda completamente empapada en sangre.

En vano los ingleses han procurado con toda su influencia desterrar esta bárbara costumbre;

pero todo ha sido en vano. Cuantos esfuerzos se han hecho se han estrellado contra la costumbre y bárbara supersticion de los reyes de Dahomey. Más afortunados en la India, parece van logrando apagar las funestas piras en que las viudas del Malavar quieren quemarse vivas con sus maridos.

Pasado cierto tiempo, se celebra la gran ceremonia de los funerales, á la cual deben acudir los jefes de las factorías y casas de comercio europeas, así como los reyes tributarios, gobernadores y comandantes del país.

Los europeos están obligados á llevar presentes que consisten en aguardiente, telas de seda, sombreros y *cauris*, moneda del país.

Los príncipes tributarios están cada uno obligados á presentar cuatro esclavos de ambos sexos, un buey, un carnero, un pichon, dos gansos y veinticuatro galones de aceite de palma.

Los gobernadores y comandantes dan cada uno dos cautivos de ambos sexos, un caballo, dos pichones, doce gansos, una pieza de tela encarnada de seda, y una gran cantidad de aceite de palma.

Hombres, caballos, bueyes, carneros, pichones, etc., todos se inmola inmediatamente á los manes del difunto rey, y arrojados al campo sus cadáveres, sirven de pasto á los animales.

La nacion de Dahomey está dividida en dos

clases; la milicia varonil y femenil, los mercaderes y los trabajadores.

El ejército se compone de unos 12.000 hombres, y es el que hace más en grande el comercio de esclavos.

El rey tiene una vanguardia compuesta de 3.000 amazonas, que regularmente deciden los combates, pues cuando se lanzan no dan cuartel y degüellan todos los prisioneros.

El rey dá á cada uno de los oficiales constituidos en dignidad un mulo para montar y una especie de sobrepelliz sin mangas, sin la cual no pueden presentarse delante del rey.

El traje de guerra es el mismo, sólo que la camiseta de tela de algodon ó sobrepelliz es azul. El rey la suministra á los oficiales; los soldados van completamente encueros, con un taparabos de algodon; lo mismo las amazonas.

Las armas que usan son lanzas, flechas, machetes y algunas espingardas.

El rey es contemplado por sus vasallos como una divinidad, y le creen al abrigo del hierro y del fuego.

Los negros de Dahomey son belicosos; guardan entre sí inviolable el secreto; sólo piensan en el momento presente; inclinados al robo por naturaleza, no tienen más temor que el ser cogidos infraganti, porque saben que el castigo es ser vendidos por esclavos.

Los principales pueblos del reino de Dahomey, son: Búhyda, que es una poblacion poco aseada é insalubre, y de unos 3.000 habitantes. Está situada á la orilla del mar: Appaí, ó la ciudad de Las Lagunas, de 2.000 habitantes: Canná, que es la residencia real, donde existe el palacio principal del rey y los panteones y sepulcros de sus antepasados. Allí residen regularmente las amazonas y existe el barracon ó palacio de las doscientas mujeres que tiene el rey. Canná tiene 8.000 habitantes. Además del palacio y harem, como á media legua de la poblacion, existe un inmenso barracon donde hay reunidas doscientas ó trescientas culebras de la familia de los *majás*, que es el Dios que adoran.

Abbomey, donde habiamos desembarcado, es una bonita poblacion que tiene varias factorías inglesas y holandesas. El ministro Mehou nos recibió en casa de un factor aleman; y despues de habernos obsequiado con café, tabaco y rom, conferenció largamente, como hoy se dice, con el capitan Burton, cónsul de Lagos y representante de la reina Victoria. Se lamentó mucho de la guerra que los ingleses hacian á la trata.

—Ya veis, cónsul, le dijo, que si no tiene salida nuestra mercancía, el rey mi señor no es suficientemente rico para alimentar con ñame tres ó cuatro mil prisioneros, y tendrá á la fuerza que degollarlos.

—Vive en paz con tus vecinos, y no tendreis necesidad de hacer prisioneros, dijo el cónsul.

—Eso es bueno para dicho, pero es muy difícil de ejecutarlo. Los Abitucanos y Canomos contínuamente nos están inquietando; y mi rey y señor Guezu ha prometido á los *fetiches* de sus antepasados, exterminarlos y hacerse dueño de sus ricos territorios.

Imposible le fué al cónsul convencer al ministro, y solo pudo obtener la promesa de que dejaría tranquilas las factorías inglesas, con tal que no se establecieran en Canná; y dió permiso para que los anabaptistas fundaran una mision. Prometió al cónsul visitarle en Lagos y llevarle á Canná para ver al rey y rectificar el tratado.

Antes de despedirnos, pregunté á Mehou si en Abbomey habia alguna fuerza de amazonas, pues tendria curiosidad en verlas.

—Tengo dos mil que he traido conmigo, y si quieres verlas maniobrar, vente.

Seguímosle á una plaza, y allí, dando grandes voces, ordenó una especie de simulacro que nos entretuvo agradablemente durante media hora.

Dividiéronse en dos mitades, y á una señal de Mehou, lanzáronse una contra otra blandiendo las lanzas y machetes y lanzando gritos agudos. El final fué quedar una de las mitades tendidas en tierra, y la otra en aptitud de atravesarlas el

corazon con sus lanzas. Era un inmenso cuadro al vivo pintado de color de sepia.

Mehou me hizo el regalo de varias lanzas y un sable, que figuran en mi coleccion, y nos acompañó hasta el bote que nos esperaba varado en la playa para llevarnos á bordo del *Ethiope.*

De todos los pueblos del Africa, el de Dahomey es el más supersticioso en religion. La adoracion á las serpientes de Aoboe, nombre que dan al *majá*, es tan grande, que cuando alguno experimenta algun mal ó herida, se hace tocar por la serpiente la parte enferma ó dañada, creyendo que así ha de recobrar la salud.

El *fetichismo* está en gran veneracion en toda la costa y merece estudiarse.

La palabra *fetiches*, portugüesa de orígen, significa propiamente encanto ó amuleto. Se ignora cuándo comenzaron á usarla los negros; se emplea siempre en un sentido religioso. Todo lo que sirve al honor de la divinidad toma el mismo nombre, y no siempre es fácil distinguir los ídolos de los instrumentos de su culto. El objeto de la veneracion de los negros no tiene forma determinada. Un hueso de un animal, la espina de un pez, una piedra, una pluma, la menor bagatela, toma la cualidad de fetiche, al capricho de cada uno.

Todos los negros llevan siempre consigo uno, y en sus canoas; el resto lo conservan en

sus cabañas y pasan de padres á hijos, cual una herencia, con un respeto proporcionado á los servicios que la familia cree haber recibido de ellos.

Son los lares, los dioses penates que la antigua civilizacion de Roma habia inventado.

Estos pueblos creen que su *fetiche* ve y habla, y cuando cometen alguna accion de que les reconviene su conciencia, ese sentimiento íntimo que Dios ha puesto en el alma de todo hombre civilizado ó bárbaro, ocultan cuidadosamente su *fetiche* para que no los descubra. Jamás juran en falso por estos ídolos, porque creen que el perjuro no sobreviviría una hora á su crímen.

Además de los *fetiches* domésticos y personales, los hay públicos, que pasan por los protectores y patronos del país ó de la comarca. Unas veces es una montaña, un árbol, un pescado, un pájaro; lo más frecuente son los tiburones ó la serpiente, como antes he dicho, llamada de *Aoboe*, única que respetan, pues las demás las matan sin piedad.

Es necesario tener mucho cuidado con esta clase de serpientes diosas, pues el que por equivocacion mata alguna, es condenado á muerte.

Preso el delincuente, se construye una cabaña que llenan de ramas y troncos de leña seca; conducen, dando grandes alaridos, el cuerpo de la serpiente muerta, y despues una porcio

de cabritos y carneros y al delincuente. Rodean la cabaña y la prenden fuego. El reo procura escaparse del incendio, y es perseguido por la multitud con palos, piedras y lanzas, hasta que logran matarlo.

CAPITULO XI

Lagos.—El rey de Lagos.—Su cetro.—La casa del cónsul.—Singular obsequio del rey.—Despedida de Burton.—Sacrificio de las vírgenes.—Llegada á Benin.—El Nul.—El Bras.—El Niger.—Sacrificios humanos.—Un negro por una botija de aguardiente.—Factorías flotantes.—Fernando Póo.

Con una mar como un espejo, navegamos hasta dar vista al siguiente dia á Lagos, situado media legua de la costa y en la embocadura del rio Lagos. Al divisar el paquete, pasó la barra un vaporcito de poco calado, que está al servicio del cónsul inglés, y vino á recogernos al costado del *Ethiope*. Trasbordado el equipaje del capitan Burton, el *Ethiope*, al desamarrarse del vaporcito, saludó al cónsul general con siete ca-

ñonazos; saludo que el vaporcito devolvió al *Ethiope*.

Atravesamos la barra con toda felicidad y llegamos al frente de la casa, consulado inglés, donde tomamos tierra. La casa es de madera, con buenas y cómodas habitaciones, amueblada con divanes y butacas de caoba forradas de cerda. La entrada está defendida por un reducto aspillerado, y tiene doce indígenas guardas, del consulado, perfectamente uniformados y armados de rifles.

Asomados á la galería, y fumando tranquilamente nuestro cigarro, gozábamos de las preciosas vistas que se descubren desde la casa-consulado. A la izquierda, y fuera de la barra, veíamos el mar, donde se mecia tranquilamente el *Ethiope*. Frente á nosotros el rio Lagos, y la poblacion á la izquierda. Cuando nos llamó la atencion una larga procesion de negros que se dirigió al consulado. Eran los emisarios del rey de Lagos, que avisado de nuestra llegada, venian á felicitar al cónsul en su nombre. El cónsul los recibió con amabilidad, y mandó les dieran rom y tabaco. El que hacia de jefe nos entregó unos bastoncitos pequeños, cubiertos de abalorios engarzados con alambre.

—¿Qué significa esto? pregunté á Burton.

—Es, me dijo, el signo de amistad y bienvenida que nos manda el rey, y con el cual pode-

mos visitar sin peligro todos sus Estados, pues sus súbditos están obligados á obedecer ciegamente y protejer á los que llevan esa insignia, especie de pasaporte ó carta de seguridad.

Tambien el rey nos mandó dos negras vírgenes, singular obsequio que hacen á los forasteros de distincion, y que á pesar de mi repugnancia tuve que aceptar por consejo del cónsul, no lo tomara el rey por desaire.

Pagamos despues la visita al rey, negrazo corpulento, que nos ofreció vino de Burdeos en copas de plata. Dió quejas amargas al cónsul de su vecino el rey de Dahomey, y le pidió su proteccion y la de la escuadra inglesa, que el cónsul se apresuró á ofrecerle.

Lagos es una de las poblaciones donde los ingleses tienen más factorías, y hacen en grande escala, como en Benin, el comercio de aceite de palma. Despues de la visita del rey, y de ver la poblacion, compuesta de unas nuevecientas chozas, dimos un paseo por el rio, hasta llegar á Abicuta, poblacion que, como antes he dicho, está siempre en guerra con Dahomey. Regresamos al anochecer, y despues de comer nos acostamos en dos cómodas amacas. El calor era sofocante, pero á pesar de eso, cerramos las persianas por miedo al relente, cuyos efectos son malísimos en aquellos climas.

Al dia siguiente, despues de haber regalado

varios collares de vidrio, unos espejos y otras baratijas, devolví al rey sus dos negras que me pidieron las llevara conmigo á Fernando Póo; peticion á la que resistí tenazmente.

El cónsul me acompañó hasta el *Ethiope*, prometiéndome ir á Fernando Póo para el mes de Febrero, á donde despues de arreglar los asuntos de Dahomey, debia trasladar su residencia de cónsul general, dejando instalado un vice-cónsul en Lagos.

Las costumbres de los habitantes de Lagos, ya sea por el roce contínuo que tienen con los europeos, ya por los trabajos hechos por los misioneros anglicanos, son más dulces, más suaves y ménos feroces que las de su vecino Dahomey. Sin embargo, á pesar de cuantos esfuerzos ha hecho la Inglaterra, no ha podido conseguir la extirpacion del horrible y bárbaro sacrificio que anualmente hace el rey á su dios, que es el tiburon. Los tiburones abundan en esta parte del África y se ven contínuamente en bandadas de veinte y treinta, siguiendo á los buques y canoas.

Todos los años el rey, en un gran cayuco formado de un solo tronco de árbol y tripulado por cuarenta remeros, pasa la barra, y despues de una invocacion á su dios el tiburon, y de ofrecerle diez jóvenes vírgenes, empieza el sacrificio. Atadas las infelices á un madero de dos en

dos, son arrojadas al mar. Y como el tiburon, despues de dar un bocado se retira á saborearlo, las infelices que no mueren en el acto, cubierta de sangre el agua que las rodéa, exhalan dolorosos gritos que cubren con sus aplausos y toques de *tumbas* aquel fanático pueblo.

Pronto perdimos de vista la ciudad de Lagos, y dejando á la derecha el anchuroso Bras, que, segun los investigadores del Níger es uno de los brazos de este rio, penetramos en el Nul para llegar al anochecer al fondeadero de Benin.

Benin está limitado al O. por el reino de Agra, al S. por el golfo de Guinea y por la comarca del Calabar. Al E. y al N. por países cuyos nombres apenas se saben. Está atravesado por un brazo del Níger, cuyos multiplicados brazos forman un gran número de islas, entre las que se hallan algunas flotantes que las arrojan de un lado al otro con su cintura de arbustos y cañaverales.

Salvo los odiosos sacrificios de sangre humana, que sus reyes y los sacerdotes de los fetiches les imponen, los habitantes de Banin son de los más civilizados y tratables. Son muy apegados á sus antiguos usos y muy entendidos en los negocios de comercio. Su año se compone de catorce meses; cada cinco dias hay uno de descanso, y se celebra por ofrendas y sacrificios.

La fiesta aniversario de los muertos es

celebrada con horribles sacrificios humanos.

Fondeamos á la entrada del rio y en medio de una poblacion flotante de pontones, que sirve de factoría y almacenes para el comercio del aceite de palma y del marfil.

Visité alguno de los pontones y me enteré del extenso comercio que hacen cambiando géneros de algodon, pañuelos de seda y quincallerías por aceite de palma y marfil, habiendo buque que exporta al año 40.000 arrobas de aceite.

Como el calor es sofocante, no bien llega un buque lo desmantelan, y poniéndole un tejado de bambú, queda convertido en ponton.

En tierra, y á la orilla izquierda, tienen las factorías un grupo de diez ó doce casas que sirven de almacenes y para la contratacion; pues de noche todos los blancos duermen en los pontones como preservativo para las fiebres.

A la derecha, y en frente de las factorías, está la poblacion, compuesta de seiscientas ú ochocientas chozas, y en una gran plaza el templo para los sacrificios. El rey es un negro de pequeña estatura, rechoncho y mofletudo, sumamente amable y obsequioso con los extranjeros.

Por medio del intérprete me ofreció un negrito de unos ocho años en cambio de cuatro botijas de aguardiente. Le ofrecí dos creyendo rehusaría; pero, con grande asombro mio, aceptó mi proposicion, y me ví dueño de un negrito

por la cantidad líquida en metálico de treinta y seis reales.

Volví á bordo con mi negrito, que me siguió completamente indiferente. Al hacer la adquisicion del negrito le habia salvado la vida; pues estaba destinado á ser sacrificado al dia siguiente como ofrenda á una gran serpiente de *Aoboe* que adoraban en su templo. Este negrito ha permanecido conmigo despues durante toda mi estancia en Africa, é hice de él un excelente cocinero. Mis amigos lo han conocido en Madrid; pero los efectos de la civilizacion, el roce de los blancos y los malos hábitos que adquirió en Madrid y Málaga, me obligaron á mandarlo á Fernando Póo otra vez, donde segun mis noticias, hoy dia vive tranquilamente en medio de una tríbu salvaje.

A las cuatro de aquella misma tarde dobló el *Ethiope* el cabo Formosa, entró en el profundo golfo de Guinea, y el dia 30 de Diciembre, al despertar y subir sobre cubierta, distinguí la isla de Fernando Póo, término de mi viaje.

Como un inmenso ramo de verdura en medio de un mar tan sereno y tranquilo, y cuyas olas no rozaban ni aun la más leve brisa.

Sus elevadas y escarpadas costas presentan el majestuoso aspecto de los bosques vírgenes de América.

No es dado á la pluma ni al pincel reproducir

el cuadro admirable de su lozana vejetacion y gigantesca arboleda que la hizo dar el nombre de isla Formosa, que despues ha cambiado por el de su afortunado descubridor el navegante portugués Fernando do Póo.

CAPÍTULO XII

La isla de Fernando Póo.—Descubrimiento.—Vicisitudes.—Expedicion Lerena.—Manterola y Chacon.—Expedicion Gándara y colonizacion.

La isla de Fernando Póo fué descubierta en el siglo XV, bajo el reinado de Alfonso I de Portugal, por el hidalgo portugués Fernando do Póo, el cual por su notable lozana vejetacion y magnífico arbolado, le dió el nombre de *isla Formosa*. Se halla situada á diez y nueve millas de tierra firme, y el canal formado entre éste y la isla es sumamente pintoresco, terminando en un lado con la montaña de Camarones, y en el otro con las de la isla.

La distancia entre los dos picos de estas montañas es sobre cincuenta millas, pero la base se acerca á veinte.

El pico de Clarense, hoy Santa Isabel, se halla en el centro de la isla á 10.190 piés ingleses sobre el nivel del mar, y está cubierto de una lozana vejetacion en su cúspide. Es visible en un dia claro, viniendo del Oeste, desde más de cien millas de distancia; pero en tiempo agitado de vientos Norte suele no verse hasta hallarse á tres millas de la costa. Su situacion es en la boca de la ensenada de varios rios, siendo los principales el viejo y nuevo Calebar, Benin y Camarones, aunque se puede muy bien decir que está en la embocadura del Níger, puesto que el viejo Calabar y Benin se tienen con razon fundada por dos brazos del Níger, inmenso rio del que en Bonin visité un brazo y del que tendré ocasion de hablar luego largamente.

La España, á la que hoy pertenece esta isla, la poseyó en virtud del tratado de 24 de Mayo de 1778, por el que fué cambiada por la isla de la Trinidad en la costa del Brasil, y entonces varió el nombre de isla Hermosa por el de su descubridor, poniéndosele Fornando Póo para distinguirse de otra en el mismo continente llamada tambien Hermosa.

El gobierno español trató de posesionarse de esta isla cedida por el rey de Portugal José II

y para este efecto dirigió una expedicion que, dándose á la vela desde Montevideo con ciento cincuenta hombres entre tropa y diversos operarios, conducidos en la fragata de guerra *Catalina* y otros dos buques menores, fuesen á Fernando Póo.

Salió la expedicion el 7 de Julio de 1778, y no llegó á su destino hasta el 21 de Octubre del mismo año, despues de una larga y penosa navegacion de seis meses. El 24 tomó España posesion de la isla, y el 25 salieron los españoles, mandados por el conde de Artolejos, en direccion de la isla de Annobon.

En esta travesía, en la que invirtieron dos meses, murió el conde de Artalejos, y le sucedió en el mando, su segundo, el coronel de artillería D. Joaquin Primo de Rivera.

En Annobon fueron rechazados por los residentes portugueses, que intentaron impedir á toda costa alzasen los españoles fortalezas en parte que poseian tranquilamente hacía setenta años.

Primo de Rivera se retiró á la isla de Santo Tomás, aguardando órdenes del gobierno de Madrid. Desaprobó éste su conducta, mandándole que á toda costa se apoderase de Annobon y que se estableciese en Fernando Póo. Primo de Rivera tomó posesion de Annobon, y el 8 de Diciembre desembarcó en la bahía del Este de

Fernando Póo á la que dió el nombre de bahía de la Concepcion.

Grandes fueron las privaciones que la expedicion experimentó en su larga navegacion; y la escasez de buenos alimentos, unida á la insalubridad del clima, introdujeron en los colonos las fiebres africanas, que en breve concluyeron con ellos.

Un sargento, Gerónimo Martin, y cuatro soldados mas, provocaron una insurreccion; arrestaron á su jefe, Primo de Rivera, y levantando el campo de Fernando Póo, se dieron á la vela para la isla de Santo Tomás el 31 de Octubre de 1781, á donde arribaron el 16 de Enero del año siguiente.

Allí fueron presos los amotinados y castigados; pero Primo de Rivera no pudo recuperar la colonia, pues encontró tantos y tales obstáculos, que tuvo que regresar á Montevideo con los restos de su mal parada expedicion.

El gobierno de Madrid al tener noticia de la insurreccion que le privaba de la colonia obtenida por los tratados, mandó nuevos socorros á Primo de Rivera, y la órden expresa de que volviese á Fernando Póo. Esta órden tardía llegó á Montevideo el 12 de Febrero de 1783, cuando habia fondeado la expedicion en aquel puerto el 10 de Enero con solo 22 hombres, tristes restos de los 150 que la compusieron en un principio. El

resto habia perecido víctimas de la fiebre africana, que desbarató la primera expedicion española al golfo de Guinea.

La isla de Fernando Póo continuó en posesion de los indígenas hasta 1827.

El inmenso número de vidas sacrificadas en Sierra-Leona por la insalubridad de su país, hizo que el gobierno inglés resolviese ocupar una de sus muchas ensenadas, estableciendo allí un ponton hospital y una estacion naval, centro de los cruceros destinados á la persecucion del tráfico de esclavos, y punto de apoyo de las escursiones científicas y comerciales para explorar el rio Níger. Al mismo tiempo trasladaron allí el tribunal mixto establecido en Sierra-Leona.

En Octubre de 1827, el capitan Williams-Owen, comisionado por el gobierno inglés, llegó con la fragata *Eben*, y eligió el sitio que mejor le pareció, estableciéndose en la bahía de Maidens'one (hoy Santa Isabel), en la punta Williams (hoy punta Fernanda) dando al puerto el nombre de Clarence en honor del rey Guillermo IV, que ocupaba el trono de Inglaterra en aquella época. Se hizo una fórmula de compra para legitimar la usurpacion que hacían á España con dos jefes indígenas, y se dió principio á la obra de desmonte y construccion de una ciudad; pero tuvieron la imprevision de ocupar á los europeos en tan rudo trabajo, y pronto cen-

tenares de ellos perecieron bajo los rayos del ardiente sol en los trópicos. La punta Fernanda aún conserva restos de las murallas y fortificacion del establecimiento militar que fundaron bajo el nombre de Clarens.

Desde 1827 á 1833, la poblacion de Clarens estuvo en poder de los ingleses, pero siéndoles sumamente costoso á los ingleses en vidas y dinero, volvieron otra vez el tribunal mixto á Sierra-Leona; y en el año de 1837 el gobierno inglés vendió su establecimiento de Clarens á una compañía mercantil, bajo la razon social de Dillon-Tenard y compañía, que quebró en el año de 1837, traspasando sus derechos á la compañía del *Africa Occidental*, la cual compró al gobierno inglés todos los edificios, y nombró representante suyo á M. Becroft. La colonizacion estaba en desgracia, y en 1841 la compañía vendió sus derechos y privilegios á la sociedad misionera *Batista* por 1.500 libras esterlinas, la que mandó un cargamento y gran cantidad de obreros blancos y de color, que á pesar de los infinitos trabajos que hicieron, no lograron ni beneficios comerciales ni inculcar á los salvajes las ideas anabaptistas. En este mismo año el gobierno español reclamó del inglés la revindicacion de la isla, y el ministro de Estado D. Antonio Gonzalez, despues de haberla conseguido, entró en negociaciones para vendérsela al gobierno

inglés, á cuyo fin presentó un proyecto de ley á las Córtes del reino, pidiendo la autorizacion para ceder á la nacion inglesa esta isla, mediante la cantidad de 60.000 libras esterlinas que proponia el gobierno aplicar al pago de los intereses de la deuda del Estado. Empero, este proyecto, en mi concepto muy bueno y perfectamente pensado y madurado por D. Antonio Gonzalez, que hubiera evitado grandes gastos y salvado gran número de vidas, fué desechado por un público clamoreo en las Córtes, y combatido poderosamente por la mayoría de la prensa y por todas las sociedades científicas y económicas de España, considerándolo como degradante á la dignidad de la nacion española. Yo les preguntaría hoy qué beneficios nos han resultado con la conservacion de esta isla. ¡Cuánto dinero ha costado, cuántas víctimas ha ocasionado!

De resultas de haberse desechado el proyecto de D. Antonio Gonzalez, el año de 1843 se dispuso una expedicion al mando del capitan de navío D. Juan José Lerena, el que el 27 de Febrero del mismo año izó en ella el pabellon español, tomando posesion de la isla á nombre de la corona de España. Nombró gobernador al gerente de la compañia anabaptista, y constituyendo un consejo de gobierno de la colonia, partió Lerena para la isla de Corisco, de la cual tambien tomó posesion.

En 1845, D. Nicolás Manterola, capitan de fragata, fué enviado á aquellas posesiones con la corbeta *Benadito*, acompañado del cónsul de Sierra-Leona D. Adolfo Guillermar de Aragon, para estudiar los medios de colonizacion de aquella isla. Pocos ó ningunos fueron los resultados que dió. Sin embargo, preparó los trabajos para la tercera y más importante expedicion que debia verificarse el año de 1858.

CAPITULO XIII

Organizacion de la colonia.—Instalacion. — Santa Isabel.—El hospital. — El cuartel. — La casa-mision.—La aduana.—Los bubies.

Al celoso é inteligente director de Ultramar, D. Augusto Ulloa, se debe la tercera y verdadera expedicion, y que si no dió los resultados que debia, no fué culpa suya, sino de los erróneos informes de las primeras expediciones. Organizóse la expedicion, y el 23 de Mayo de 1856 llegó á Santa Isabel (en cuyo nombre habia cambiado el de Clarense la poblacion) desde su recuperacion por los españoles en obsequio á la reina de España.

El vapor de guerra español *Vasco-Nuñez de Balboa* con D. Cárlos Chacon, nombrado gobernador de aquellas islas, y que llevaba consigo una mision de la compañía de Jesús destinada á difundir la luz del Evangelio en aquellos países sumidos en la idolatría; un jefe de ingenieros, dos maestros mayores, con encargo de reconocer la parte montuosa de la isla, adquirir datos sobre la riqueza de sus maderas y utilizar para la construccion naval las que pudiesen ser convenientes. A los pocos dias llegó tambien el bergantin *Gravina*, la goleta *Cartagenera* y la urca *Santa María*, conduciendo algunos de la expedicion y el material necesario para la construccion de una barraca-hospital que debia situarse en el sitio más adecuado para auxilio de los individuos de aquella fuerza que enfermasen. Traia víveres para seis meses, medicinas, pertrechos navales, instrumentos y herramientas de todas clases. En una palabra, el director de Ultramar, D. Augusto Ulloa, con más conocimiento que los que dirigieron las anteriores expediciones, trataba de preparar habitacion y asilo para los que debian colonizar aquel país: mucho, muchísimo tienen que agradecerle los primeros colonos y empleados de aquellas islas, y yo en particular no me cansaré de alabar su actividad, su celo y su prevision.

Grandes fueron los trabajos que se ejecutaron

bajo la direccion del gobernador Chacon para establecer los primeros edificios y combatir las enfermedades que se oponian á la colonizacion.

Colocóse el hospital en el punto más conveniente y ventilado: compró todos los edificios y almacenes que habia construido la compañía anabaptista, con especialidad la gran casa de la gerencia, que destinó á casa de gobierno. Instalóse la compañía de Jesús, y empezó, digámoslo así, la ciudad de Santa Isabel. Situada está ciudad en una plataforma elevada sobre el nivel del mar, recibe con ventaja los vientos reinantes del Sudoeste Sus casas son todas de madera, y solamente tres ó cuatro de dos pisos.

El área de la ciudad es bien nivelada y plana, próxima á la base de la cadena de colinas que se destacan hácia el Oeste.

El plano de la ciudad es un cuadro. Dos ó tres de las principales avenidas parten desde otra comun á orillas de la playa, cortándolas en ángulos rectos otras calles de menos consideracion. Las más anchas y espaciosas están alfombradas de yerba, especialmente en la estacion de las aguas. Las habitaciones todas se componen de pedazos de tablas toscamente labradas, y los techos son de bambú; las casas de los habitantes más opulentos son únicamente las que están elevadas sobre el terreno. Las pocas casas situadas en la plataforma, y que se divisan desde el mar, son

las mejores de la poblacion, porque las pendientes detrás de la plataforma no pasan de ser casas como las chozas de las demás ciudades africanas. Los negros residentes en Santa Isabel visten casi todos á la europea, y son muy políticos y civilizados, escepto los krumanes que conservan el carácter de su pueblo y su primitiva desnudez.

Seis meses despues el brigadier D. José de la Gándara tomaba posesion del gobierno de la isla, acompañado del comandante de ingenieros D. Manuel Pujol, del capitan de la misma arma D. Luis García Tejero, del comandante de artillería D. Teodosio Noelli y capitan D. Manuel Corsini, y del teniente coronel comandante de las fuerzas de infantería que debian guarnecer la isla, compuesta de 180 soldados, todos fuertes, robustos y con un oficio industrial. Gran número de colonos y los empleados civiles, y médicos para el servicio de la compañía, empleados y hospital.

Al principio fué difícil la instalacion de todos, pero D. Manuel Pujol y el capitan Tejero pronto armaron el cuartel, magnífico edificio de madera, de dos cuerpos, planta baja y alta; la planta baja, destinada para la tropa y la alta para los oficiales y empleados civiles. Puedo asegurar que la casa-cuartel de Fernando Póo es el mejor edificio que existe en su clase en la

costa de Africa, fuera de los castillos de Cabo-Costa, Acra y Almina.

El brigadier Gándara, hoy teniente general, se ocupó desde los primeros momentos de organizar la administracion civil y militar de la isla; á cada uno le confirió una comision: los ingenieros cuidaron de los edificios en construccion; el comandante Noelli de los almacenes, y el capitan Corsini de los desmontes y vias de comunicacion. Los soldados trabajaban en las obras, y en los dias que no habia trabajo se ejercitaban en los ejercicios propios de su arma, dirigidos por el comandante Toubes, entendido jefe y verdadero padre del soldado.

Los edificios más notables de la isla son el cuartel, la casa del gobierno, hospital, consulado inglés y casa de los jesuitas. La iglesia y la aduana son los dos únicos edificios que habia en mi época, de piedra. La iglesia es de una sola nave, de estilo griego, y no carece de gracia, si bien la afea algun tanto el campanario, que se le ha sobrepuesto por exigencia de los padres misioneros. Los planos son del capitan de ingenieros Tejero, que comenzó la obra, y el comandante de la misma arma D. Francisco Osorio la terminó, por haber cumplido los tres años en la isla Tejero. El cuartel es obra de D. Manuel Pujol.

A estos tres celosos y entendidos jefes, honra

del cuerpo facultativo de ingenieros, se debe tambien la conservacion del hospital y su posterior reparacion.

Entre estos edificios que hemos descrito y unas cuantas casas habitadas por los krumanes, comienza un hermoso paseo de veinte varas de ancho y de cerca de milla y media de largo, que va á terminar en el mar, y que sirve de paseo público, donde los dias festivos y de buen tiempo, las negras ostentan con gran afectacion las modas europeas y sus exagerados miriñaques, que hasta allí han logrado penetrar.

Á la entrada de este camino ó paseo, á la derecha, se ve una enorme ceiba, árbol colosal, contemporáneo tal vez de la creacion, y bajo la cual se celebró por primera vez el santo sacrificio de la misa por los capellanes de la segunda expedicion que mandó allí España al mando del capitan de navío D. Juan José de Lerena en 1843.

Bajo esta ceiba se formó el campo-santo, el sitio del eterno reposo de los españoles que un clima funesto á los europeos arrebata todos los dias.

El cementerio protestante ó el general está situado á la extremidad de la avenida que termina en rio Cónsul, y el murmullo que produce el desnivel de las aguas, y la abundante y espesa vejetacion de que está cubierto, y que parece recibe nueva vida de los cuerpos allí enterra-

dos, le dan un aspecto severo y melancólico. Allí están enterrados los héroes exploradores de Africa y el capitan Bird Allen, célebre marino inglés descubridor de la embocadura del rio Níger.

En el rio, que corre á espaldas del cementerio y cuyas aguas son poco profundas, vienen por la tarde la mayor parte de las *señoras* de la isla á lavar su ropa y hacer sus abluciones, que verifican con grave y singular acompasamiento.

La playa está ocupada con almacenes de depósito de los comerciantes de la colonia y con depósitos de carbon pertenecientes á la marina real inglesa y á la compañía de vapores del Africa Occidental. El gobierno español ha formado tambien otra para los buques de su estacion. Allí se ha edificado la aduana, primer edificio de piedra levantado en la isla construida por el capitan Tejero.

El aspecto de la isla es extremadamente hermoso, es digno del título que le dieran sus primeros descubridores de *Isla Formosa.* Ante su magnífico panorama queda el hombre confundido, considerando su pequeñez y admirando el sublime espectáculo de la naturaleza. Dos altas montañas, notabilísima una de ellas, la negra arena de la playa, las escorias y otras sustancias que allí se encuentran, revelan el orígen volcánico de la isla, formada por algun sacudimiento

que conmoviese las montañas de Camarones y Rumy, y plantase esta isla con las dos portuguesas del Príncipe y Santo Tomé y la española de Annobon, en donde hoy se hallan, todas en una misma direccion, la de Noroeste y Suroeste.

Por la extremidad Norte se ven dos brazos de bosques en conexion de sus dos altas montañas, bosques vírgenes en casi toda la extension en donde los árboles más comunes son el cedro, la teca, el caobo y la palmera que domina en todas partes, y de cuyas maderas están compuestas las casas de Santa Isabel. Más lejos de esta region de árboles colosos de la vejetacion, la cresta de las montañas y sus lados hasta un tercio de la altura, aparecen con una lozana verdura, y en el extremo superior de las colinas están los pueblos de los indígenas. Sus casas están hechas con mimbres, bambús muy bajos, casi todas iguales, y de una misma dimension y forma, situadas en una área abierta y rodeada cada una de una especie de barrera defensiva ó cercado.

Innumerables arroyos bajan de las colinas á una hermosa bahia en el Norte de la isla, uniéndose á sus rios uno en cada extremidad y el tercero en el centro de la misma. En todas ellas los buques pueden hacer aguada con facilidad.

Alrededor de la bahia el terreno forma grande y hermoso anfiteatro.

«Excepto la bahia de Nápoles (dice el capitan

inglés Kelli), no conozco ningun punto más propio para ser trasformado en un perfecto eden, con la ayuda del arte y de la industria.»

Además del fondeadero ó bahia de Santa Isabel hay otras dos más: el de San Cárlos al Noroeste, mucho más capaz y abrigado que el primero, y el de la Concepcion al Este. Este último ofrece poco abrigo á las embarcaciones en los meses de Abril y Mayo, Octubre y Noviembre, época de las tronadas, pues quedando enteramente abierto, presenta grandes riesgos. Sin embargo, fué el primer punto donde se establecieron los españoles en la primera expedicion en 1778, y aún existen allí en la arena enterrados sus cañones.

La subida á la esplanada, sobre la cual está Santa Isabel elevada sobre cien piés, es muy escarpada, y su mal camino ocasiona grandes dificultades para el trasporte de los efectos de la ciudad.

Los primitivos habitantes de Fernando Póo se llamaban ¡*Adceyah*! acentuando en la última sílaba; pero esta palabra es más un nombre genérico que significa ciudad ó poblacion, que el apelativo de raza. Son más conocidos con el nombre de bubi, palabra que en su lenguaje nativo significa *hombre*, y parece que ha sido aplicado por ellos á los europeos, porque al aproximarse alguno, les saludan amistosamente con las pa-

labras *¿ke-hüi-bubi?* ¿Cómo estás hombre?

Estos habitantes, por el desarrollo de sus formas, tienen caractéres físicos diferentes de las tríbus que pueblan los terrenos bajos alubiales del delta, de los rios del continente, empero al mismo tiempo se perciben en ellos los mismos rasgos de afinidad de toda la raza negra, aunque menos prominentemente marcados estos caractéres que las multiplicadas tríbus de la costa de Africa.

La parte corporal de esta gente es fuerte, robusta, con musculatura redonda, pero flexible en sus movimientos, y en su estatura aventajan en general á los negros, excepto á los de camarones.

La obesidad del rostro, muy estimada por los negros de la costa opuesta, como una de las perfecciones de la organizacion varonil y ardientemente deseada por las mujeres, como el tipo más acabado de la hermosura, no es apreciada entre ellos.

Una moderada redondez de cara en los contornos y disposicion compacta de los miembros y el tronco, se puede decir que forma su físico exterior; el cráneo en su contorno tiene la conformacion usual de los negros con los huesos laterales aplastados, frente deprimida y pelo lanudo. La cara, aunque desfigurada por sus adornos, que son tres ó cuatro incisiones cicatrizadas, extendidas desde el arco cimogático hasta el án-

gulo de la boca, tiene alguna semejanza con la de los europeos. Su cutis es negro, parduzco y frecuentemente cubierto con vena amarilla y rayas coloradas, y estas últimas incorporadas con el pelo en bandas trasversales. Muy pocos negros de Fernando Póo dejan de hacérselas.

Sus facciones son regulares y van perdiendo poco á poco aquella prolongacion brusca y singular, tan predominante en las tríbus de Africa. Además del ocre amarillento, tiñen su piel con diversos afeites, confeccionados con barro rojo, con el cual untan su pelo que cae formando trenzas, ó bien lo dejan en mechones con bolitas de barro.

Ambos sexos están en un estado completo de desnudez, cubriendo únicamente sus partes genitales con unos pedazos de conchas vértebras de serpientes y otras galas de la vida salvaje. Los hombres llevan tambien enormes sombreros de paja con plumas de gallina, y los que parecen de la aristocracia usan de ciertos collares-morcillas hechas con tripa de perro, cabra ó de otros animales, llenas de grasa; cuyo contínuo destile, los preserva de las picaduras de los mosquitos. Carecen de barbas que tanto admiran en los europeos, y algunos se las ponen postizas con pieles de mono ó de chivo.

Son muy afectos á vestir prendas desechadas, y así á muchos se les vé con sombrero, chaleco, botas, y lo demás en cueros.

CAPÍTULO XIV

Banapaá.—Basilé.—Tribus bubis.—Asombrosa vejetacion.—Las calenturas.—Método de curacion. Culebras.—Tortugas.

El rey de Banapaá, una de las poblaciones de las cercanías de Santa Isabel, con el que despues tuve ocasion de trabar grande y estrecha amistad, usaba con orgullo una especie de blusa que le habia regalado el gobernador Gándara.

Son muy aficionados al tabaco, á las bebidas espirituosas y sobre todo al aguardiente. Las mujeres forman su principal adorno de sartas de cuentas de cristal, y en las incisiones que se hacen en el rostro, llevan una gran cantidad de una pomada llamada *tola* que exhala un olor asqueroso y nauseabundo.

Las armas de que se sirven en la guerra son lanzas con muchos dientes, que causan una herida mortal; son de madera endurecida al fuego, ligerísima y de unos ocho piés de largo.

Poseo una rica coleccion de ellas. Solo las usan en sus guerras intestinas, que son muy raras; empero siempre sin dar cuartel á edad ni sexo.

Su moneda corriente son pedazos de achatina, disminuidos al tamaño de una moneda de plata muy pequeña, y las llevan colgadas en cordones, ensartados en agujeros que tienen hechos en ellas. Todas las clases de esta moneda las llevan alrededor de sus cuerpos, y su fábrica la tienen en un pueblo denominado *Ballilipa*, cerca de la bahia de la Concepcion, en el extremo del Sur de la isla.

Tambien tienen hachas de piedra, y hoy ya, buenas hachas, cuchillos y machetes Birminghan, que obtienen á cambio de las producciones del país.

Los bubies son la raza de la creacion más ociosa y perezosa que existe en el mundo. Ni dinero, ni promesas, ni castigos, los mueven á trabajar y cultivar el terreno. Tendidos á la larga durante todo el dia, apenas se toman el trabajo de arrancar los ñanes y frutos que con gran repugnancia cultivan para su alimento. Este cultivo y todo el trabajo está reservado á las mujeres.

Hoy ya algunos se dedican á la pesca, á la caza, y algunos á fabricar el aceite de palma y á cultivar el ñame y criar gallinas, que cambian por tabaco de hoja, anzuelos, pólvora, armas, y sobre todo por aguardiente. Son poquísimas sus necesidades; no necesitan ropa, porque siempre andan desnudos; ni casas, porque viven en sus chozas chatas de ramaje cubierto con bambú, más como topos que como hombres.

Sus grandes diversiones consisten en el baile al compás de una música particular, y se compone de movimientos mímicos y un tanto lascivos.

Se casan con cuantas mujeres pueden sostener.

Las mujeres están obligadas á guardar fidelidad á su marido, y el hombre está obligado á defender á la mujer. El adulterio, á pesar de estar admitida la poligamia, se castiga con la amputacion del brazo en la mujer sorprendida en este crímen.

El gobierno de sus tríbus es patriarcal y de familia. Las tríbus de las razas bubis son gobernadas por *cocorocos* ó reyes, cuya dignidad es hereditaria. El cocoroco gobierna con consejo de los ancianos, y en una especie de foro abierto al aire libre, llamado *Reona*, celebra sus asambleas legislativas y se discuten los *palavers*, nombre genérico usado en general para toda clase de

cuestiones ó pendencias que se suscitan entre los negros, y es palabra muy usada en el dialecto africano, y general en toda la costa de Africa.

Son raros los castigos entre los bubis, porque apenas se conocen los excesos; reina una perfecta subordinacion entre ellos, y todos, incluso sus reyes, están sometidos sin violencia á la autoridad del gobernador que manda en la isla de Fernando Póo, en representacion de España.

Los habitantes de la isla, por sus separados y esparcidos villorrios, se ven raramente en número suficiente para formar ninguna clase de estadística, y por eso es muy difícil hacer una exacta apreciacion de su total poblacion. Sin embargo, ha sido calculada en diferentes períodos de diez á veinte mil habitantes. En estos últimos años ha tenido un aumento progresivo, y se puede calcular actualmente en más de treinta mil.

Yo he presenciado por mí, en los primeros meses de mi residencia en Fernando Póo, y de ello hablaré muy detenidamente despues, bajar de la poblacion de Banapaá, con su rey al frente, cuatrocientos ó quinientos bubis, y pasar revista militar delante del cuartel y debajo de las ventanas de mi habitacion. Venian todos armados con sus lanzas de madera dentadas, y otros llevaban enormes escudos de piel de vaca para

defender su cuerpo del tiro de las flechas. Sus grandes sombreros, guarnecidos la mayor parte de ellos de un plumaje encarnado; sus cabellos, cubiertos de barro rojo, ceñidas sus frentes de conchas y con collares de vejigas rellenas de grasa de animales, con colas de monos liadas á su cintura, les daban con la diversidad de colores conque traian embadurnados sus rostros, el aire más grotesco que imaginarse puede. En su desfile en pelotones, es imposible dar idea del ruido especial que producia la continuacion de todas sus voces. Su canto de guerra, solemne, profundo, no carecia de armonía. Habian venido á celebrar una de las solemnidades de España, y obsequiados por el gobernador Gándara con lo que más grato les es, con aguardiente, se retiraron pacíficamente con un grupo de mujeres y chiquillos, que sentados en uno de los lados de la plaza, habian presenciado sus evoluciones.

En las tribus que habitan la isla de Fernando Póo, en alguna de las cuales me he hallado en contacto durante tres años, no hay término equivalente á nuestra palabra religion: además, no la necesitan, porque aquellas gentes no tienen idea ninguna, ni un sistema cualquiera de creencias. Sus ceremonias religiosas las practican en lo intrincado de los bosques, donde no ha penetrado la vista del europeo. La supersticion individual tiene allí ancho campo, y cada hombre

cree lo que su imaginacion le representa por una causa ú otra como funesto ó favorable.

Así es, que despues de la investigacion más minuciosa y profunda, me es imposible presentar á mis lectores un cuerpo cualquiera de doctrinas, sobre las que pueda edificarse un sistema teológico.

No tienen ídolos, y lo único que yo he visto en la tribu de Basilé, es una choza expresamente fabricada para el culto de una divinidad de que no hay imágen ni simulacro, y á la que acuden sus adoradores antes de partir á la caza, ó alguna expedicion importante; y le ofrecen alimentos é invocan su proteccion, cantando y bailando.

Son tambien dados al fetichismo ó adoracion de objetos animados ó inanimados, como piedras, pájaros, plumas, dientes, cuernos, etc., y á la creencia en buenos y malos espíritus; y así he visto en la entrada de los pueblos de Banapaá, Basilé, Basupú, Pula, Culá, Fístan y otras varias varitas de las que habia suspendidos algunos de estos objetos. No tienen idea ninguna de la inmortalidad del alma, y cuando se les pregunta por sus padres ó abuelos, no responden sino que se han ido, sin poder expresar á dónde.

El padre misionero Campillo, que en sus tareas evangélicas ha llevado á Fernando Póo el espíritu de su ilustre predecesor el español San Francisco Javier, para vivir la vida de los salvajes, y con-

quistarlos á Jesucristo, ha ido á establecerse en Banapaá, de cuya tríbu es el consuelo y la Providencia. Es el mediador en sus contiendas, el médico en sus enfermedades, el consejero en sus conflictos, y el único europeo que posee su idioma; y á pesar del amor que le profesa la tríbu, no ha podido obtener el asistir á la celebracion de su culto celebrado en lo intrincado de aquellos bosques vírgenes.

Definir el clima de Fernando Póo, sobre el cual tantas y tan variadas opiniones se han expresado, es un objeto de altísima importancia. Mr. Bayle, médico de Sierra-Leona (y el que sin embargo nunca visitó esta isla), en su libro titulado *Enfermedades de Oriente de Africa*, en la página 354 dá una opinion muy desfavorable sobre la utilidad de conservar esta isla los europeos, por lo insalubre y mortal de su clima.

Por otro lado, el doctor Demille, que ha residido en ella, y es por consecuencia mejor voto para calificarla, combate esta asercion y asegura que generalmente es muy saludable, y que hablar mal de ella lo desmiente la experiencia. Las tierras bajas en algunas partes de Africa, incluyendo entre ellas la de Santa Isabel, son enfermizas, malsanas y mortíferas por sus calenturas en ciertas ocasiones.

La costa occidental de Africa tiene dos estaciones: la estacion seca y la estacion lluviosa. Su

época y su duracion dependen de los grados de latitud y de longitud bajo los que está colocado cada país, es decir, que el sol arregla las estaciones; cuando llega al zénit trae la estacion de las lluvias. Así, cuando las lluvias están en toda su fuerza en Senegambiá, reina la estacion de la seca bajo el Ecuador.

En Fernando Póo las lluvias comienzan á fines del mes de Abril; continúan con vientos muy frescos y muchos tornados en Mayo; siguen muy copiosas las aguas, y el tiempo aturbonado con tronadas, en todo Junio, Julio y Agosto, y comienzan á disminuir en Setiembre; y en Octubre empieza el buen tiempo con brisas á la mar y chubascos. En Noviembre dá principio la estacion de la seca y el buen tiempo. En Diciembre llega el calor á ser sofocante. En Enero, Febrero y Marzo, el tiempo es claro y bochornoso, algunas veces refrescando á principios de Abril.

La estacion de la seca dura por consiguiente en Fernando Póo, desde Octubre á Abril.

Durante la estacion de las lluvias, aumentando el curso de los arroyos, se hinchan, se desbordan é inundan los llanos de la ribera. La vejetacion de los árboles y la yerba de los prados adquiere una extraordinaria lozanía, dejándoles las aguas al retirarse una porcion de légamo que fertiliza el suelo, pero que engendra al mismo tiempo las fiebres y otras enfermedades.

El viento que reina durante esta estacion es el Sudoeste. Los más grandes calores del año desaparecen durante las lluvias. La estacion seca es la parte calurosa del año en la isla de Fernando Póo. La estacion lluviosa se anuncia con una neblina fria ó rocío; pero sin grandes tempestades durante el primer mes. Presto comienza á dejarse oir á lo lejos el trueno en direccion al pico que domina la isla, y despues termina en torrente de lluvia, con acompañamiento de relámpagos y truenos. El sol se halla entonces en el cénit. Durante la estacion seca hay poco rocío sobre la tierra, y con frecuencia ni aun se percibe.

El primer cuidado de todo hombre blanco al desembarcar en la isla de Fernando Póo y en la costa, debe ser el habituar el cuerpo por grados al calor del clima y á los miasmas que engendran las fiebres, tan fatales á nuestra economía y organizacion.

Llegaba yo á Fernando Póo en Diciembre, el mes más caliente de todo el año, en medio de la seca, cuando el calor es sofocante. Mi grande preocupacion era el preservarme de la fiebre, durante cierto tiempo, porque los que son atacados de ella, desde su llegada padecen más y tienen más trabajo en reponerse que los que han escapado al principio de su permanencia.

Puedo afirmar que todos los blancos que han

residido en Fernando Póo, todos, más ó ménos, se han visto atacados de la fiebre. Ninguno escapa de ella completamente, y yo he visto desaparecer hasta el último colono de los que consigo llevó el gobernador Gándara, ó por las fiebres ó por el abandono de la isla para evitarla. Yo he visto perecer en el hospital más de la mitad de la compañía especial que allí llevó el comandante Toubes; yo he visto perecer víctima de la fiebre en mis brazos al médico de la isla D. Marcelino Perez Llanos, mi querido amigo y condiscípulo, y á otros, á pesar de su buena constitucion y las precauciones que tomaban para conjurar los ataques de tan terrible azote.

Solo con asombro de todos los de la isla, y mirándolo como un fenómeno los facultativos de ella, no hemos tenido ni el menor ataque de fiebre durante los tres años que hemos residido en esta isla el gobernador Gándara y yo, si bien he consumido una cantidad fabulosa de quinina.

Desde el dia de mi llegada me puse á tomar quinina por mañana y tarde, por dósis de tres á á cuatro granos. Fué esto para mí un excelente preservativo. Durante mi mansion en Africa he tomado siempre de tiempo en tiempo, y aun cuando estaba en estado de perfecta salud, quinina ó vino de quinina como remedio profiláctico ó preventivo; bebia de él todos los dias, procu-

rando no carecer nunca, como un recurso saludable, de buen vino de Jerez, cerveza inglesa, y usarlo con discrecion. El rom y café, tomado todos los dias en dósis moderada, es tambien un gran preservativo y un precioso tónico para reanimar la languidez que en aquel clima fatal sienten los europeos.

El clima es enervante y malsano, no á consecuencia de los grandes calores, sino á causa de la humedad y de la elevacion de la temperatura media; siendo las noches tan calientes como los dias; así el cuerpo en lugar de refrescarse, se debilita por grados, hasta que se apodera la fiebre á la menor imprudencia que se cometa. Así siempre evitaba con el mayor cuidado el exponerme á los rayos del sol en la mitad del dia, usando siempre un gran paraguas blanco.

Las lluvias durante la larga estacion de seis meses corrompen las sustancias vejetales acumuladas en la tierra que los ardores de la estacion seca dejan al descubierto, y de ellos exhalan entonces vapores tan mefíticos que apenas pueden resistir los mismos indígenas. La estacion de la seca es indudablemente la más malsana.

Las fiebres africanas son unas fiebres *sui generis*, y las subdivisiones de esta enfermedad, en fiebres contínuas é intermitentes, solo sirven para confundir á los médicos y los pobres enfermos

Se refieren solo á sus grados de intensidad, no á su esencia, sino á su forma. En su forma benigna, la fiebre es intermitente, es decir, que de una estacion á otra hay intérvalos de buena salud. Más grave se hace la calentura remitente, y si de los accesos febriles solo hay remitencia de síntomas, y no están expertos en esta clase de enfermedades, parece hay ausencia total de cambios parasismales, y camina siempre á una terminacion fatal.

El mal debe atenderse desde el primer síntoma con que se presenta; y ataca si uno se expône al sol, si uno se expone á la lluvia, si uno conserva humedad en sus vestidos ó si le falta moderacion en cualquier cosa, tanto en lo físico como en lo moral. Los síntomas son, pérdida del apetito, cierta irritabilidad de génio, pesadez en la cabeza, languidez general, mal sabor de boca, bostezos contínuos y ganas de esperezarse.

Si se descuida este primer aviso, pronto se siente una ligera sensacion de frio, luego viene el verdadero frio, ligero algunas veces, las más violento.

Cuando el frio ha durado más ó menos tiempo, viene la invasion de la fiebre. El progreso del calor febril dura sobre unas seis horas, despues de las que disminuye por grados. Cuando cesa, queda aliviado el enfermo, empero con grande enervamiento y un no se qué de cadavé-

rico en su rostro. En los intérvalos de los ataques, es preciso tomar quinina en tan fuertes dósis como pueda resistirse, porque el Africa no es el país de las pequeñas dósis. La quinina se toma interiormente por lo comun, ó aplicada en fricciones exteriores y tambien por medio de inyecciones.

La fiebre de que acabamos de hablar, es la fiebre comun y benigna de Fernando Póo y de toda la costa, la más sencilla, y la menos peligrosa de todas.

La fiebre intermitente es insidiosa en sus ataques. Así, los primeros frios son tan ligeros, que muchos los descuidan, y entonces la traidora enfermedad se posesiona completamente de ellos.

La más peligrosa de las fiebres africanas, es la conocida con el nombre de maligna *perniciosa*.

Feracísimo es el terreno de la isla de Fernando Póo, y su suelo, vírgen en casi toda su extension, ostenta un magnífico verdor, y la jigantesca vejetacion propia de los países tropicales. Los árboles más comunes son el cedro, el caobo y la palmera, jigantescos y tan apiñados en algunos puntos, que no es dado penetrar en los bosques. Las yerbas que cubren el suelo pasan de la altura de un hombre, y en vano es el rozarlas, pues á los pocos dias vuelven á recobrar su primitiva altura.

Hay muchos árboles frutales en la isla. Abundan los naranjos, limoneros, guayabos, mangos, tamarindos, plátanos de diversas especies, y sobre todo, las piñas, empero inferiores á las de la Habana. Muy ponderadas son las naranjas de Fernando Póo, más sea efecto del terreno ó de que crecen sin cultivo, las he encontrado siempre muy inferiores y de un sabor ménos grato que las de nuestra Andalucía y Valencia.

El algodon se cria allí expontáneamente, y ahora se ha tratado de perfeccionarlo por el cultivo, así como el café, para lo cual, como referiré más adelante, fuí yo á la isla de San Tomé á proporcionar un número considerable de plantas.

La planta de más utilidad y producto de la isla es el ñame, planta tuberculosa del género de la patata, y en cuya produccion no reconoce rival la isla de Fernando Póo. Es casi superior á la batata de Málaga; es la riqueza verdadera; el alimento del país. Es la comida del indígena y de los krumanes trabajadores, que con un puñado de arroz cocido y dos ñames, se mantienen fuertes y robustos para las rudas faenas del campo.

Las palmeras alimentan el comercio de la isla con la extraccion de su aceite, aunque groseramente elaborado por los negros, pero que despues purifica el arte de los europeos, para

aplicarlo, segun las prescripciones de la química, á la industria. Sirve tambien para el condimento de las comidas de los indígenas, y para el alumbrado de las casas. La palmera tambien les proporciona con su jugo una bebida embriagadora á que son los indígenas muy aficionados. Este vino, que sacan de la palmera por fermentacion, es de color de leche, acre, picante, y á no beberlo inmediatamente, adquiere extraordinaria fortaleza.

La palmera les presta, por último, con sus hojas, materiales para sus taparabos, para tejer sus sombreros y hacer quitasoles, y con sus hojas se techan las casas del opulento habitante de Santa Isabel y la cabaña del bubi, para preservarlas de la lluvia. La palmera es la Providencia del africano y en ella encuentra remedio á todas sus necesidades.

Las palmeras crecen por todas partes, y aun en los terrenos más pobres son más elevadas y más numerosas. En ciertos sitios las aguas han descarnado el suelo, dejando desnudas inmensas raices nudosas, que se extienden y prolongan á lo lejos cual gruesas serpientes.

En el reino animal presenta poco campo á las exploraciones de un naturalista.

No se encuentra ningun animal feroz como en la costa, ni bestias de carga, ni bueyes, ni camellos, ni caballos, ni burros. En suma, los únicos

animales que se encuentran son las cabras; una especie de carneros y las gallinas. Hay abundancia y gran variedad de pequeños antilopes que regocijan la vista del cazador; muchos monos, puerco-espines, loros cenicientos, urracas y una especie de faisanes.

Hay muy poco ganado de cerda y lanar, no en la proporcion que deberia esperarse de los abundantes y ricos pastos de la isla. Hay muchas culebras y animales venenosos; pero no en la abundancia que se encuentran en la costa inmediata. Yo, sin embargo, he podido recoger una soberbia coleccion de serpientes que he regalado al gabinete de Historia natural de la Universidad central de Madrid, y que mandé á mi querido profesor y amigo D. Manuel María Galdo, en donde pueden verse.

Hay muchos insectos y muy incómodos, especialmente los mosquitos, que son de una clase particular y que su picadura parece la de una abeja, y á no dormir envueltos en un mosquitero como yo lo he estado haciendo por espacio de tres años, las noches son de un tormento inaudito, porque hay que sostener una lucha con ellos, y á la mañana siguiente se levanta uno con el cuerpo hinchado y magullado, cual si saliese de un campo de batalla. Ni el humo, ni el fuego, pueden nada contra estos insectos. Han sido uno de los tormentos más grandes que he te-

nido que soportar durante mi permanencia en la isla.

La clase más incómoda de insectos que se conoce es una especie de hormigas llamadas blancas, que todo lo invaden, y que indudablemente se encuentran en miriadas donde quiera que haya algo que comer. Es animal invasor, y cuando el ejército de ellas se dirige á una casa, hay que abandonarla momentáneamente hasta que se retiran terminada su obra de destruccion, que verifican en poquísimas horas. Hablaré más adelante de esta invasion, que al hacer la ascension al pico me hizo pasar una horrible noche.

Abundan tambien en la isla las cucarachas, los escorpiones, los cien piés, las tarántulas y las arañas peludas; cuyas picaduras suelen dar fatales resultados por ser sumamente venenosas.

En las costas de la isla hay abundantes y sabrosos pescados como el cóngrio, el pargo, la dorada, la lubina, el calamar, el lenguado; empero apenas está fuera del agua algunas horas, se corrompe por completo. Las sardinas y los pescados azules abundan en tal cantidad, que atacadas por otros pescados, hay momentos en que se ven saltar en el agua cual si fueran rompientes de las olas, y en algunas ocasiones se lanza á la orilla impelidas por la resaca, y he visto bajar varias veces los negros á recojer capazos de ellas en la playa.

Hay tortugas de grandes dimensiones y los huevos de estas se suelen encontrar en la playa á centenares.

El cocodrilo, tan abundante en las costas del inmediato continente africano, no se conoce en Fernando Póo; pero en cambio los feroces tiburones abundan tanto, que se ven llegar hasta las playas, y rodear los buques surtos en la bahia, amenazando tragar cuanto pueda caer de ellos ó al infeliz negro que tiene la imprudencia de bañarse en la orilla.

La carne del tiburón la comen con gran avidez los krumanes, y yo la he probado y me ha parecido muy insípida.

Desde mi llegada á la isla tuve grandes deseos de hacer una expedicion al pico: hablé al gobernador general Gándara, y me ofreció que la haría, dando el gobierno cuantos auxilios necesitáramos.

CAPÍTULO XV

Expedicion al pico.—El capitan Estrada perdido. —Las hormigas.—Las polatucas, ardillas voladoras.—Curo á un kruman.—Llegada al pico.—Brindis.—La bandera española.—Acta.—Los cráteres Gándara, Fabraquer y Agustina.—Apuesta.—Caza del antílope.—Una noche á 11.000 piés sobre el nivel del mar.—Las hogueras.—Los monos.— La azucena de Abisinia.

El dia 7 de Abril del año 1861 se dispuso por fin la expedicion de investigacion y reconocimiento del pico de Santa Isabel. El gobernador general Gándara, iniciador del pensamiento, dió órden que todo aquel que quisiera formar parte de la expedicion se apuntara en la secretaría del gobierno. Al principio todo el mundo quería

formar parte de ella, todos querian ir; pero al llegar el momento decisivo, la expedicion quedó reducida á las personas siguientes: comandante de artillería D. Teodosio Noeli; capitan de artillería D. Manuel Corsini; teniente de navío D. Fernando Aguilar, y dos tenientes de infantería de la compañía de Fernando Póo, D. Pedro Rodriguez y D. José Estrada; un inglés factor general de la casa de Logran, llamado M. Willson, persona sumamente simpática y que estaba en muy buenas relaciones con todos los oficiales y empleados de la colonia, y en aquellos momentos desempeñaba interinamente el consulado por ausencia del capitan Burton, el capitan de ingenieros D. Luis Tejero y yo.

El gobernador general Gándara debia acompañarnos, pero habiendo tenido noticia la víspera de la próxima llegada de la escuadra inglesa y norte-americana, no tuvo mas remedio que quedarse para recibir á los comodoros, con harto sentimiento suyo y nuestro. Nos facilitó cuantos auxilios necesitábamos, dándonos encerados de parque para formar nuestras tiendas, y 64 negros krumanes que debian conducir los víveres y utensilios. El comandante Noeli y yo teníamos una preciosa tienda de campaña impermeable, que servia tambien de cámara-oscura para revelar las fotografías que debíamos sacar de los principales sitios y paisajes que viéramos

y nos parecieran notables por medio del colodion seco.

A pesar de lo lluvioso que amaneció el dia, nuestro ánimo no decayó en lo más mínimo, y á las tres y media de la tarde, formados los krumanes en la galería alta del cuartel, y despues de haberles repartido su carga, una blusa de bayeta y una manta á cada uno, se puso en marcha la expedicion.

Todo el pueblo de Santa Isabel salió á despedirnos hasta el rio Cousul: era un espectáculo sumamente curioso ver la larga fila de negros krumanes con las cargas en la cabeza y un machete en la mano: nosotros, armados de escopetas, llevábamos en la mano el gran palo *bubi*, sin el cual no se puede caminar por el bosque. Mi negro Tiberio estaba encargado de la cocina, y el *Getma*, capitan de los krumanes, de que ninguno arrojara la carga ni se ocultara en el bosque.

El capitan Corsini y el teniente Estrada marcharon á la cabeza: el teniente de navío Aguilar, el teniente D. Pedro Rodriguez y Mr. Willson, en el centro, y el comandante Noeli y yo cerrábamos la marcha; el capitan de ingenieros don Luis Tejero no pudo salir con nosotros, pero debia alcanzarnos al dia siguiente.

Al llegar al rio Cousul nos despedimos del general Gándara.

—Buen viaje, nos dijo el general; mucho sentimiento tengo no acompañar á ustedes; cuanto necesiten pueden pedir que yo se lo mandaré.

—Mil gracias general; diariamente mandaré á usted un parte por medio de un kruman, dándole cuenta detallada de nuestra expedicion, y la señal de haber llegado al pico será una inmensa hoguera por la noche, y la bandera española que izaremos en la cúspide en el momento que lleguemos.

—En marcha, dijo Corsini; y la expedicion se puso en movimiento. Despues de haber vadeado los rios San Nicolás y Campillos, llegamos á las siete y media de la tarde al pueblo de Banapaá, donde los misioneros Jesuitas tienen establecida una de sus casas misiones, y donde el comandante Noeli habia edificado una preciosa casa de campo, que á su vuelta á España vino á ser propiedad mia. Entre la casa mision y la del comandante Noeli nos distribuimos para pasar la noche. La lluvia habia cesado. Se improvisó una magnífica cena. El rey de Banapaá con dos de sus mujeres vino á visitarnos. Le ofrecimos cenara con nosotros, pero no quiso aceptar más que un vaso de vino de Jerez: sus mujeres se contentaron con un vaso de aguardiente cada una.

—A dónde vais tanta gente? nos dijo el rey.

—Vamos á subir al pico que se vé desde aquí.

—¿Al pico? dijo él asombrado, no se puede su-

bir; no hay árboles, no hay yerbas, no tendreis agua, tendreis frio.

—¿Has subido tú? le preguntamos.

—Yo no, dijo, pero el *cocoroco* (rey) de Pula, suele cazar en la falda del pequeño pico, y me ha dicho que no hay caza, ni leña, ni agua y mucho frio.

—Pues nosotros verás cómo vencemos estas dificultades, le dije: y en lo más alto plantamos la bandera española, y por la noche iluminaremos el pico con una gran hoguera.

—Prometo, me dijo el rey, si lograis vuestra empresa, encender una hoguera en contestacion á la vuestra.

Me pidió tabaco, otro vaso de vino, sus mujeres bebieron otro de aguardiente y se retiró á su choza.

Armamos nuestros cois y amacas y descansamos hasta el dia siguiente á las cinco de la mañana que se tocó diana. Despues de haber comido su rancho de arroz los krumanes, sobre las seis y media de la mañana, se puso la expedicion en marcha, llegando á las siete á Bassilé, donde encontramos en la plaza toda la poblacion armada y en un estado de agitacion y de alarma que nos pareció de mal agüero.

Me adelanté y pregunté al rey por qué aquel aparato de guerra cuando sabia que éramos amigos. Me dijo el rey que su tribu estaba alar-

mada por ver el gran número de extranjeros en sus dominios.

—Nuestro objeto, le dije, no es de guerra, no es *Vill-Paláver*, es hacer una ascension á lo más encumbrado de la montaña, y de ninguna manera llevamos intencion de causarte la más pequeña vejacion.

Mis palabras y algunos tragos de rom de las cantimploras que todos llevábamos colgada, le tranquilizaron, pero no por eso dejaron las armas de la mano.

—Muchos trabajos vais á pasar, pues el camino es muy penoso y ya no encontrareis más pueblos. Y os faltarán cosas de comer.

—No pases cuidado por nosotros, le contesté; llevamos víveres y todo lo necesario para ocho dias.

—Pero no llevais agua, nos dijo el rey, y hace mucho calor.

Esta insistencia sobre el agua de los reyes de Banapaá y Bassilé, hizo que acordáramos no formar nuestros campamentos sino en sitio donde pudiéramos encontrar agua en suficiente abundancia para surtir las necesidades de la expedicion.

Seguimos la marcha subiendo siempre en direccion al Sur, y pasando interminables bosques de caobos y cedros, llegando á las diez y media á una pequeña esplanada orilla de un riachuelo

de agua cristalina y fresca, donde dispusimos nuestro frugal almuerzo. Precisamente en el sitio donde hicimos alto, mandó construir dos meses despues el general Gándara un gran barracon donde estuvieron alojados los presidiarios que el gobierno mandó á la isla procedentes de la sublevacion republicana de Loja é Hinajar, cuya mayor parte pereció á causa de las calenturas del país y fiebre amarilla, antes que les llegara el indulto.

Emprendimos despues la marcha, habiéndose visto los krumanes, que á la cabeza marchaban de exploradores, con el capitan Corsini, abrir en algunos parajes camino con sus machetes, tan compacto é impenetrable estaba el bosque. El calor era insoportable; creíamos ahogarnos, y el camino tortuoso y resbaladizo. A la una, una tronada espantosa acompañada de fuertísima lluvia, puso el camino intransitable y nos caló hasta los huesos. Los impermeables de que íbamos provistos, no nos servian de nada. Contínuamente resbalábamos y caíamos. Por fin, á las cuatro de la tarde, agobiados y rendidos, llegamos á una pequeña esplanada, donde nos pusimos á hacer nuestro campamento. Con gran dificultad armamos tres grandes chozas compuestas de palos y encerados de parque. En una se colocaron las provisiones y equipajes; en la otra las camas de los expedicionarios, y al lado plan-

tamos Noeli y yo nuestra tienda. Los krumanes habian formado la suya tambien de encerados de parque. Nuestros trajes estaban calados, y sólo pensamos en secarlos; dentro de la tienda mayor, y despues de mil dificultades, se pudo por fin encender lumbre. Ya íbamos á sentarnos alrededor de la hoguera, cuando noté que faltaba uno de nuestros compañeros.

—¿Dónde está Estrada? preguntó el comandante Noeli.

—Debe estar fuera de la tienda, dijo el teniente Rodriguez.

—Pues yo no le he visto llegar aquí, añadió el capitan Corsini.

Se le buscó por todas partes, se preguntó á los krumanes, pero nadie sabia de él. Aquel momento fué para todos nosotros momento de ansiedad y disgusto. ¿Se habria perdido? ¿Le habria sucedido alguna desgracia? Esta era la pregunta que mútuamente nos haciamos todos.

Por fin, el teniente Rodriguez, á pesar de su cansancio, salió con seis krumanes á recorrer el camino que habíamos andado. La lluvia no habia cesado ni un momento siquiera. Dos horas despues oimos el cuerno de caza de Rodriguez que nos anunciaba su regreso; le contestamos con los nuestros, pues cada uno además de nuestras armas íbamos provistos de un cuerno de caza y de un frasco de rom ó brandí. Al poco

tiempo vimos entrar en el campamento al teniente Estrada en hombros de cuatro krumanes, tendido sobre un coí.

Todos le rodeamos, y despues de darle á beber agua y brandí y sentarle al lado de la hoguera, le preguntamos qué le habia sucedido.

—Agobiado por el cansancio y la lluvia, nos dijo, me sentí de pronto acometido por un vértigo ó bahido, y sin fuerzas para continuar me senté, mejor dicho, me dejé caer bajo un inmenso cedro. Los bahidos me acometian sin cesar, mi vista se desvanecia, quise gritar y no pude; las fuerzas me faltaron y quedé como aletargado; cuánto tiempo ha durado mi letargo, no lo puedo decir; he vuelto en mí y me he encontrado al lado de mi amigo y compañero el teniente Rodriguez.

—Le he encontrado, dijo Rodriguez, completamente desmayado como á una media legua de aquí, y gracias á los ladridos del perrito que siempre le acompaña, he podido descubrirlo tendido bajo un cedro. Unas gotas de brandí y unas fricciones, le han hecho volver en sí, y colocado en el *coí* lo he traido hasta aquí.

—¿Cómo no llamó V. en su auxilio? dijo Noeli.

—Desde el momento que me ví acometido del bahido y que caí al suelo, me ví privado de la vista y de la voz; así es que me fué imposible llamar en mi socorro.

El calor de la hoguera y una buena comida, le reanimó por completo, y le puso en disposicion de poder seguir la marcha con nosotros al dia siguiente.

La noche fué tranquila y dormimos bastante bien á pesar del cansancio. A las cinco de la mañana estaban plegadas las tiendas, y emprendimos nuestra marcha, pasando por sitios deliciosos y bajando y subiendo pequeños montes, pudiendo muy bien decir que nuestra planta era la primera que hollaba aquellos bosques vírgenes. Los krumanes que habrian la marcha tenian cuidado de ir haciendo señales en los árboles que pudieran servirnos de guias para nuestra vuelta, y al mismo tiempo de señales para el capitan Tejero, que debia reunirse á nosotros aquel dia. Llegamos por fin sobre las cuatro de la tarde á un magnífico bosque de cedros y de helechos arbóreos, donde plantamos nuestras tiendas. El *Getma*, capitan de los krumanes, nos vino á avisar que el agua que se encontraba más próxima, apenas era potable. El comandante Noeli y mister Willson, se brindaron á buscar en los alrededores agua potable, y acompañados de ocho krumanes con barricas, salieron, regresando al cabo de poco tiempo con la agradable noticia de haber encontrado á un cuarto de legua del campamento, un magnífico riachuelo de agua cristalina y pura. Mientras tanto, el teniente Estrada

completamente repuesto, Rodriguez y yo, cogimos las escopetas y fuimos á ver si cazábamos algo. Tres palomas azules y una cutiá fué el producto de nuestra cacería. Yo tiré á una ardilla de grandes dimensiones que trepaba por una palmera, pero cuál no sería mi asombro al ver desprenderse la ardilla del árbol despues de haberla tirado, y venir revoloteando sobre mi cabeza. Era una *polaluca*, ardilla voladora, especie muy comun en la costa de Africa, pero que yo por primera vez veia. El perro de Estrada se apoderó de ella y la trajo á mis piés. Su forma es como la de la ardilla comun, solo que á las patas delanteras, vienen unidas unas membranas en forma de alas parecidas á las del murciélago. Su piel es más oscura que la ardilla de Europa y más fina y sedosa. Su carne blanca y esquisita, sobre todo con arroz. Los krumanes por su parte, no habian perdido su tiempo tampoco; habian matado á machetazos una gran culebra, y cuatro puerco-espines, cuya carne les gusta con pasion. La culebra dividida en trozos y los puerco-espines, formaron el regalo de su rancho.

A las ocho nos acostamos pensando pasar una noche pacífica y descansar de nuestras fatigas, pero no fué así. Haría cosa de una hora que nos habiamos acostado, cuando casi á un mismo tiempo, nos vimos acometidos todos de un picor insoportable. Encendimos luces y vimos nuestra

tienda invadida por un paso de hormigas rojas. Saltamos de nuestros coís y vimos que las demás tiendas tambien habian sido invadidas. Los krumanes tambien, por su parte, se habian tenido que salir de su choza. En los primeros momentos todo fué confusion, hasta que el *Getma* de los krumanes encendió una gran hoguera, y limpiando un pequeño espacio del suelo con los machetes, nos refugiamos en este sitio rodeados de una barrera de fuego, y trasladamos con rapidez nuestras provisiones. El paso de las hormigas en Africa, es cosa que parece fabulosa, y sin embargo no lo es; millones de millones de hormigas rojas ó bravas, como se las llama, tienen su paso periódico de un punto á otro de la isla: todo lo invaden, todo lo acometen, todo lo destruyen. Cuatro horas son suficientes para destruir completamente una res muerta y dejar perfectamente pelado el esqueleto. Cinco horas mortales duró el paso este dia, pero no pudimos dormir nada en toda la noche, pues las rezagadas, con sus picotazos, nos impidieron descansar. Es uno de los tormentos más horribles que puede uno imaginarse.

A las siete de la mañana siguiente un *¡hurra!* lanzado con gran entusiasmo por los krumanes, nos dió á conocer la llegada del capitan de ingenieros que con su voluntad y piernas de hierro, habia andado en veinte horas lo que nosotros

habíamos tardado en recorrer cincuenta y ocho. Al bosque y sitio del campamento pusímosle el nombre de *Bosque y campamento de las hormigas*. Reunidos ya, emprendimos la marcha siempre hácia el Sur por medio de bosques impenetrables, pasamos diferentes cañadas cubiertas de una especie de yerba muy parecida á la yerbabuena en su olor y á la menta en su sabor. Antes de llegar al sitio donde debíamos formar el campamento, nos encontramos con un aleman amigo nuestro, gran botánico, llamado mister Mahan, el cual viajaba por cuenta del gobierno aleman para formar la flora africana, y hacía tres meses estaba en Santa Isabel de Fernando Póo. Le acompañaban ocho krumanes del consulado inglés, con sus víveres, equipajes y caja de colecciones. Unido á nuestra expedicion, llegamos al sitio donde colocamos el campamento. Allí curé á un kruman, que al cortar lecha, se habia herido en una pierna. Escribí al general Gándara el diario de nuestra expedicion y del buen estado de nuestra salud. Diez krumanes que por efecto de la variacion de la temperatura habian sido atacados de la disentería, y el kruman herido, fueron los encargados de llevar la carta al gobernador. Al amanecer del dia siguiente emprendimos nuestra caminata, proponiéndonos llegar aquel dia á la falda del pico, pues habia llegado á 7.000 piés sobre el nivel del

mar. Conforme íbamos andando el aspecto del bosque era diferente: se notaba perfectamente el cambio de zona por la vejetacion; el bosque era más claro, la vejetacion ménos lozana; de cuando en cuando encontrábamos piedras basálticas; á la maleza de las primeras zonas habia sucedido la especie de yerbabuena de que ya he hablado, y una especie de graenicial de la que habia inmensos prados á derecha é izquierda. De repente nos encontramos con el camino casi completamente cortado; parecia que se habia interpuesto entre nosotros una muralla; tan pina y alta era la cuesta que se presentaba á nuestra vista. Decidimos lanzarnos al asalto. Nos lanzamos ayudándonos unos á otros, cayendo y levantándonos mil veces, hundiéndonos en el fango hasta las rodillas; despues de tres horas llegamos á su cúspide. Desde allí la vista era magnífica. Veíamos el pico de Santa Isabel que casi lo tocábamos; á nuestros piés el mar, en el horizonte la costa de Africa y el pico de Camarones. Buscamos el sitio más á propósito para descansar, y el capitan Tejero y comandante Noeli, despues de la comida, subieron á la falda del pico señalando el sitio donde debia colocarse el último campamento, á 9.800 piés sobre el nivel del mar. Aquella noche dormimos todos ya en el sitio destinado para el último campamento; sitio perfectamente elegido, resguardado de los vientos y

al lado de un manantial de fresca y cristalina agua. A las cinco de la mañana siguiente, despues de haber dejado atrás la region de la vejetacion, llegamos al pico de Santa Isabel.

Un grito general de ¡viva la Reina! ¡viva España! fué nuestra toma de posesion. En un palo izamos la bandera española, y recogimos una botella que habia en el suelo medio enterrada con varios papeles dentro, que decian haber subido al pico de Clarence, nombre que antes tenia, primero el Sr. Beicroff, gobernador que fué de la isla, y otro papel en que constaba haber hecho el año anterior la misma expedicion los señores Calvo, Pellon y Loglan. Allí almorzamos, y las vistas de que gozábamos en aquellos momentos premiaron los trabajos y sufrimientos que nos habia costado la ascension.

La costa de Africa se presentaba á nuestros ojos como un inmenso panorama; el bosque en toda su extension, grandeza y verdura; el pico de Camarones á nuestra derecha, y á nuestros piés la bahia de Santa Isabel con su naciente poblacion y las bahias de San Cárlos y la Concepcion. El terreno volcánico sobre que estábamos, y los grandes cráteres que nos rodeaban, daban un tinte pintoresco y sublime á aquel precioso cuadro. Los vivas á España, á la reina y á Gándara, se sucedian sin cesar. Nuestros negros

krumanes participaban tambien de nuestro entusiasmo.

Despues del almuerzo y del último brindis por la salud de los expedicionarios, colocamos los papeles que habíamos hallado en la botella, y levantamos el acta de nuestra expedicion en estos términos, colocándola despues en la misma botella.

«El dia 12 de Abril de 1862, subieron á este pico llamado antes de Clarence, y tomaron posesion de él á nombre de S. M. la reina de España doña Isabel II, dándole el nombre en su memoria de Pico de Santa Isabel, los Sres. D. Teodosio Noeli, comandante del real cuerpo de artillería; D. Manuel Corsini, capitan del real cuerpo de artillería; D. Luis Tejero, capitan del real cuerpo de ingenieros; D. Fernando Aguilar, teniente de navío, segundo comandante de la goleta *Caridad*; D. José Estrada, segundo capitan accidental, teniente de la compañía de Fernando Póo; D. Pedro Rodriguez, teniente de la compañía de Fernando Póo; Mister Francisco Willson, del comercio de Santa Isabel de Fernando Póo; Mister J. Mahan, de la sociedad botánica geográfica de Alemania, y D. José Muñoz Gaviria, Vizconde de San Javier, administrador general de las posesiones españolas del golfo de Guinea.»

Esta acta y varias monedas fueron encerra-

das en la misma botella, especie de archivo provisional á diez mil piés sobre el nivel del mar, que sirve para guardar los nombres de los expedicionarios á aquellas desconocidas alturas. Con el nombre de Pico de Santa Isabel se conoce el que hasta entonces se llamaba pico de Clarence. Posteriormente, y obedeciendo más á la adulacion que á otro fin, hubo un gobernador en la isla que pretendió cambiar el nombre dado al pico por los primeros expedicionarios que en nombre de España tomaron posesion de él, por el de cierto general y presidente de Consejo de ministros; pero su intento, la usurpacion indigna que pretendia, no llegó jamás á realizarse yendo por lo tanto á estrellarse sus esfuerzos contra el derecho que la expedicion tuvo al darle un nombre tan apropiado como significativo.

El comandante Noeli, Mister Willson y yo, nos propusimos dormir aquella noche sobre la misma cima del pico, para lo cual hicimos trasladar nuestra tienda. La noche fué terrible, el viento nos derribó la tienda por tres veces, pero al amanecer, el cielo completamente despejado, nos dejó ver toda la costa de Africa hasta Boni, en la embocadura del Níger, el pico de Camarones, la entrada del Gabon y la isla portuguesa del Príncipe.

Todo el dia lo pasamos en recorrer los cráteres cercanos, y el teniente Rodriguez y Mister

Willson, apostaron cuál de los dos bajaria el primero al inmenso cráter de Santa Isabel. El teniente Rodriguez ganó la apuesta; pues viéndose alcanzado por su rival se echó á rodar, cayendo sobre un monton de cenizas y lava menuda, sin causarse más que alguna pequeña contusion: pero España habia vencido á Inglaterra.

Doce botellas de Champagne que nos bebimos en el cuartel pocos dias despues de nuestra llegada, fué el precio de la apuesta.

Tratábase de poner nombres á los picos y cráteres de que estábamos rodeados. Poco más bajo, 9.700 piés sobre el nivel del mar, existe otro gran cráter, al que se le dió el nombre de cráter Gándara, en memoria del gobernador de la isla D. José de la Gándara, hoy teniente general de los ejércitos y capitan general que ha sido de las islas Filipinas y Santo Domingo. Al lado de este cráter hay dos picos que se les puso de nombre pico de Rosa Gándara, de 7.576 piés sobre el nivel del mar, y pico María Gándara al otro, 7.793 piés sobre el mismo nivel del mar.

El capitan Corsini descubrió y tomó posesion de un cráter, al cual dió el nombre de cráter Agustina, 8.411 piés sobre el nivel del mar; y yo por mi parte bajé al más moderno, situado al Este del pico de Santa Isabel, y allí, ayudado de dos krumanes, tracé con grandes piedras de basalto y lava el nombre que yo queria dar al

cráter: era el del título de mi padre, Fabraquer.

Este cráter es sin duda el más moderno de la isla, y el que, segun la opinion general, ha estado más tiempo en combustion, por las señales que tiene á su alrededor, el azufre que se encuentra cristalizado, la gran cantidad de ceniza y el estar completamente desprovisto de vejetacion. Está situado á 6.798 piés sobre el nivel del mar. La misma operacion que yo habia hecho en el cráter Fabraquer, hizo Corsini, y perfectamente desde su altura se podia leer «cráter Agustina.»

Toda la tarde la pasamos en reunir gran cantidad de leña para hacer una gran hoguera en la falda. A las ocho y media se prendió fuego á la gran pira, y los krumanes empezaron su baile alrededor de ella; pero su entusiasmo rayó en frenesí cuando vieron contestada nuestra señal por el gobernador Gándara. Momentos despues los reyes de Basilé y Banapaá contestaron tambien á nuestra señal.

La vista de la isla en aquellos momentos debió ser magnífica, pues el vice-almirante de la escuadra francesa me dijo meses despues que, cruzando hácia el Gabon, habia distinguido los fuegos de la isla, y creyeron desde á bordo de la fragata *Arrogante* que se habia prendido fuego á los bosques de la isla.

Hasta las diez de la noche duraron las foga-

tas: la temperatura habia variado completamente; el calor ya no nos sofocaba, y embozados en nuestras capas y mantas hubo momentos en la madrugada que creimos estar en Europa. Los krumanes para beber el agua tuvieron que templarla; continuamente se les veia arrimados á las hogueras.

A la mañana siguiente el comandante Noeli, el capitan Tejero, Mister Willson, el botánico Mahan y yo, salimos con direccion á los cráteres Gándara, Agustina y Fabraquer, con objeto de sacar algunas fotografías. Una lluvia pertinaz y constante, que duró hasta las tres de la tarde, nos impidió el sacar buenas negativas, teniéndonos que contentar con los dibujos que hicieron Mister Mahan y el capitan Tejero.

Aguilar, Rodriguez y Estrada se habian dedicado á la caza, matando dos antílopes y cojiendo vivo un pequeño antílope el perro del capitan Estrada; antílope que llegó á domesticarse de tal modo con el tiempo, que andaba suelto por el cuartel y entrando en todos los pabellones. El antílope de Fernando Póo es de piel oscura y del tamaño poco mayor de un galguito inglés; es el animal más lindo que yo he visto, esbelto, ligero y sumamente fácil de domesticar. Su carne es sabrosa y parecida á la del ciervo: es un ciervecito en miniatura. Por desgracia abunda poco en la isla, sobre todo en las bajas regiones,

pues los bubis les hacen una guerra á muerte, por lo sabroso de sus carnes.

Seguimos toda la tarde explorando los alrededores de nuestro campamento.

Yo llegué hasta una cortada inmensa, formada la mayor parte de piedras basálticas, y en cuyo fondo corria un riachuelo. Ví infinidad de monos saltando de un lado á otro; pero no me fué posible tirar á ninguno, pues la bajada al precipicio era imposible. Estuve largo rato distraido viendo los saltos y contorsiones de los monos, á los que me entretenia en tirar pedacitos de pan. De repente huyeron todos sin que al principio supiera la causa. Traté de averiguarla, y ví un enorme *majá* que se habia apoderado de un mono y tranquilamente se lo estaba comiendo. Puse dos balas en mi escopeta de dos cañones, disparé, y logré matarle destrozándole completamente la cabeza. Al recojer la baqueta que habia dejado en el suelo noté una preciosa flor de forma de azucena, que corté y coloqué en mi sombrero. Llegué al campamento, donde me estaban esperando para comer, y al verme Mister Mahan, me dijo, cogiéndome la flor que llevaba en el sombrero:

—¿Dónde habeis cogido esa flor?

—A la orilla del precipicio que está frente al cráter Agustina, le contesté.

—¿Sabeis qué flor es esa? me dijo.

—Nó, le contesté; no soy muy fuerte en botánica.

—Pues es, me dijo, la azucena de Abisinia, ejemplar sumamente curioso y raro que yo he estado buscando largo tiempo y no he podido encontrar.

Se apoderó de la flor, y apenas concluimos de comer me hizo conducirle al sitio donde habia encontrado la flor; pero por más que hicimos no pudimos, ni encontrar otra igual, ni la planta.

Los monos, repuestos del susto del *majá* y del tiro que yo habia tirado, habian subido á recoger las migajas y pedacitos de pan que yo habia dejado allí, y con sus saltos y brincos habian chafado la yerba y arrancado alguna que otra mata. Así es que el sábio botánico tuvo que contentarse solamente con disecar con el mayor cuidado la azucena de Abisinia, sin poder ofrecer al jardin botánico de Berlin, por culpa de los monos, la planta; pues con gran desesperacion suya, uno de los krumanes le enseñó la cebollita de la azucena completamente mordida y deshecha.

Reunidos al dia siguiente á las cinco de la mañana, pensamos en disponer la bajada. Al principio creimos podíamos descender por el camino opuesto al que habiamos traido, esto es, bajar hasta la bahia de San Cárlos, pero los pocos víveres que teniamos y el temor de que nos

faltara el agua, nos hizo desistir de nuestro proyecto, proyecto que hubiera coronado completamente la expedicion, pues hubiéramos atravesado de parte á parte la isla.

Decidióse la vuelta por el mismo camino.

Seis dias habíamos tardado en la ascension. Dos dias, y con breves descansos, tardamos en la bajada; pero llegamos completamente estropeados y llenos de agujetas.

Uno de los motivos que nos hizo bajar con más rapidez fué la llegada del vapor *Leon* con el correo de España.

Gándara nos salió á recibir ansioso de conocer los detalles de la expedicion. En el salon de la casa de gobierno se lo referimos mientras tomábamos un ponche conque nos habia obsequiado. Al dia siguiente en el cuartel y en el salon de la comandancia, oficiales y empleados bebíamos alegremente las doce botellas de Champagne que el teniente Rodriguez habia ganado al cónsul inglés interino M. F. Willson, en su bajada al cráter de Santa Isabel.

CAPÍTULO XVI

Una visita del rey del Calabar.—Comida en el gobierno.—La música.—Efectos que le causa al rey.—Singular proposicion que hace al general Gándara.—Cumple el rey su palabra.—El vaporcito King Calabar.—Viaje á Corisco.—La muerte á bordo.—Funerales en el mar.—Elobey y Cabo San Juan.—El rey Bancoro.

Hacía ocho dias que habíamos verificado la ascension al pico de Santa Isabel. Aun no estaba yo repuesto de mi cansancio, y ya estaba pensando con el cónsul general, M. Burton, hacer una expedicion al Camerones. Hallábame trabajando con el general Gándara en la casa de gobierno, cuando vino un empleado del consulado á anunciar al gobernador que á las diez de

la mañana del siguiente dia el rey del Calabar vendria á visitarnos. El Calabar, situado enfrente de la isla de Fernando Póo, forma parte del continente africano. Se compone de innumerables pequeñas tríbus sujetas á un rey ó jefe que reside en la córte. Este rey tiene grandes relaciones mercantiles con los ingleses, y en su poblacion existen varias factorías que hacen el comercio de cera, aceite de palma, marfil, palo de tinte y ébano. Antiguamente hacian en grande escala el comercio de esclavos, y los ingenios de la isla de Cuba han estado por largo tiempo poblados de carabalis, esto es, naturales del Calabar. El reino del Calabar está bajo la proteccion de los ingleses, y su rey es indudablemente el más rico y el que goza de más comodidades en el continente africano; posee una buena casa con muebles á la europea y un precioso vaporcito de fuerza de 30 caballos, debido á la munificencia de la reina de Inglaterra.

Como nos habia anunciado el dependiente del consulado, á las diez del dia siguiente entraba en el puerto el vaporcito *King Calabar*. Y al poco tiempo se presentó en el gobierno el rey y su comitiva, compuesta de diez ó doce negrazos, llevando uno el quitasol, y otros su sable, su escopeta y sus pistolas. El rey vestia un gran camison blanco, y encima una bata de seda amarilla, ceñida con una faja encarnada, y llevando

en la mano un baston con una porra grande de plata, semejante en un todo á los bastones usados antiguamente por los tambores mayores. Por medio de su intérprete le dijo al general Gándara, que era amigo de la reina de Inglaterra, y que queria estar en buenas relaciones y armonía con su vecino el gran jefe español de Fernando Póo y con la reina de España. Gándara le dijo que se alegraba mucho de sus buenos deseos, y que en nombre de la reina de España le ofrecia amistad y proteccion para las relaciones mercantiles que tuviera con la isla. Le invitó á comer y salimos con él á visitar la ciudad y el cuartel.

A las cuatro de la tarde nos sentamos á la mesa. El general Gándara habia dispuesto que la música de la compañía tocase durante la comida. A los primeros acordes, el rey se levantó y se dirigió á la galería á ver qué era aquello. Gándara le hizo sentar y le explicó que era la música de la compañía. Bajó al jardin, se puso al lado de los músicos, palpó uno por uno los instrumentos, y dirigiéndose á Gándara le dijo por medio de su intérprete:

—General, jefe español, yo tengo instrumentos que tocan solos, pero tu música me ha gustado mucho; no comprendo cómo con la boca pueden hacer tan grata armonía; ¿quieres venderme la música?

—No te la puedo vender, contestó el general; estos músicos que ves son soldados al servicio de la reina de España, hombres libres y no esclavos.

—Véndemela, exclamó el rey; yo te daré más aceite de palma que puede llevar un vapor, y cuantos colmillos de elefante quieras.

—Me es imposible, replicó el general, pero en obsequio tuyo haré una cosa; mándame doce niños pequeños y te prometo que al cabo de doce lunas tendrás una música como esta.

El rey, sumamente satisfecho con esta promesa, se volvió á la mesa donde comió perfectamente, sin hacer uso del tenedor, y bebió como un tudesco Jerez, Burdeos y Champagne. Sirvióse el café en la galería, y la música tocó varias piezas y pasos dobles.

A la caida de la tarde la compañía maniobró bajo las órdenes del comandante Toubes. El rey estuvo sumamente satisfecho y admirado de la precision de los movimientos, soltura y agilidad de nuestros soldados; pero la música era lo que absorbia su atencion.

—Qué instrumento tocas? me preguntó á mí.

—Ninguno, le contesté.

—Pues entonces no me sirves, me dijo.

La misma pregunta dirigió á los demás oficiales y empleados.

Llamó á Mateos, que era el músico mayor, y

le ofreció una buena gratificacion si le enseñaba bien los niños que iba á mandar á Gándara. El pobre Mateos no pudo cumplir lo que prometió al rey. Tres meses despues de la visita del rey de Calabar, atacado de las terribles calenturas, tuvo que regresar á España, y hoy se encuentra sirviendo en la música de uno de los regimientos de marina que combaten con tanto ardor y heroismo las huestes del pretendiente y del oscurantismo.

A las nueve de la noche nos despedimos del rey del Calabar, que se embarcó en su precioso vaporcito.

El rey cumplió su palabra, y á los diez dias de su visita vimos llegar una balandra inglesa con doce negritos qué mandaba el rey del Calabar al general Gándara, para que los hiciese músicos. Gándara los mandó al convento de los jesuitas para que aprendieran el español, y los primeros rudimentos de la música.

Estaba escrito que King Heyo no tendria nunca su música, por la que tanto deliraba. Un tio suyo sublevó su reino, puso fuego á su casa-palacio, se apoderó de sus factorías y lo degolló, así como á sus mujeres, nueve meses despues de la visita que nos habia hecho.

Los doce negritos permanecieron con los jesuitas, y recibieron las aguas del bautismo, siendo padrino de tan solemne acto el general Gándara.

Las fiebres del país se habian desarrollado con gran intensidad en la isla. La mayor parte de la compañía estaba en el hospital; y despues de una junta del consejo de la colonia con los médicos del hospital y de la armada, se dispuso que la fragata *Perla*, que aun no se habia convertido en ponton, saliera á navegar y visitar la posesion de Corisco y Annobon, con objeto de ver si la variacion de aires lograba reponer á los convalecientes. Pedí y obtuve permiso para formar parte de la expedicion, y á los quince dias, hechos todos los preparativos, hecho todo, se embarcaron los convalecientes é hicimos rumbo á Corisco y Elobey.

Seis dias tardamos en llegar á Corisco. Los vientos nos fueron contrarios casi siempre. Durante la travesía murieron dos de los enfermos. Se les administró los Santos Sacramentos por la mañana, despues de celebrarse el sacrificio de la misa y la Extremauncion, fueron cosidos los cuerpos en un cois y llevados sobre cubierta. Formados marineros y soldados, el capellan del buque recitó las últimas oraciones que la iglesia dedica á los difuntos, y amarrando un lingote de hierro al coi, fueron lanzados uno despues de otro los dos cadáveres al Océano. Triste es siempre el espectáculo de la muerte, pero mucho más triste es en un buque en medio del Océano. La impresion que á mí me causó fué sumamente

penósa, y no pude ménos de derramar lágrimas y pensar en mis padres, en mi familia, y en que tal vez me estaba destinada igual suerte que á aquellos infelices y desgraciados.

Llegamos á Corisco y desembarcamos con objeto de descansar de la navegacion algunos dias, renovar el agua de nuestros algibes y procurarnos algunos víveres frescos.

La isla de Corisco se halla situada en los 56° latitud Norte, y 15° 27' Este, y es de grande importancia por su situacion en la desembocadura de dos grandes rios, el Moondah y el Gabón. Como carece de fondeaderos, la *Perla* siguió á Elobey, á donde por la noche debíamos trasladarnos en la falúa del buque.

Los habitantes de Corisco son tan adictos á España, como en el año de 1843 lo demostraron pidiendo á D. Juan José Lerena carta de naturalidad española, y Lerena se la concedió tomando posesion en nombre de España y enarbolando el pabellon nacional. La carta de concesion y el acta de adhesion existen en el gobierno de Fernando Póo.

Los habitantes de Corisco están reunidos en pequeñas poblaciones, bonitas, y con caminos que facilitan de una manera ventajosa las comunicaciones. Tiene unos 1.000 habitantes.

El rey de Corisco salió á recibirnos y nos facilitó carne fresca y frutas del país; yo le entre-

gué de parte del gobernador, como regalo, un barril de aguardiente de caña, pipas, tabaco y pólvora.

—Dá gracias al gobernador, me dijo, y hazle presente que soy español y quiero mucho á todos los españoles, y á tu gran reina, que ha educado á mi hijo.

Efectivamente: cuando la expedicion del misionero D. Miguel Martinez y Sanz, el rey Boncoro le entregó dos de sus hijos para que aprendieran el español y los trajera á España; la reina Isabel mandó se colocaran de alumnos internos en el colegio del Rosario, cuyo director, señor Terradillos, cuidó de darles los primeros rudimentos de educacion.

Los hijos de Boncoro, así como el del gobernador interino que fué de la isla, Becroff, y otros varios, cuando despues de saber leer y escribir fueron devueltos á la isla, el gobernador Gándara los nombró comisarios de policía.

Visitamos despues el Cabo de San Juan que tambien pertenece á España, y su rey Mungo nos pidió una bandera española por habérsele estropeado la que le dió Lerena. Pasamos despues con nuestra falúa al fondeadero de la isla de Elobey grande, pues son dos las islas de este nombre, designándose la mayor con el nombre de Elobey grande y la otra Elobey chico. Una milla escasa separa la una de la otra.

En la isla de Elobey grande el comandante Noeli, de órden del gobernador, habia construido un gran barracon que sirviera para casa del sub-gobernador. Allí fuimos á parar, pero de noche dormiamos á bordo.

La isla es sumamente pequeña, y fuera del barracon del gobierno y dos factorías inglesas, no está habitada.

Los corisqueños son sumamente activos y recorren la costa para recojer aceite de palma, marfil, cera, goma, palo de tinte y ébano que venden á cambio de ropas, pólvora, cuchillos, tabaco y abalorios á los factores ingleses de Elobey.

Los soldados que bajaron á tierra cogieron gran cantidad de huevos de tortuga y dos hermosísimas tortugas de gran tamaño, cuya carne sirvió para condimentar el rancho de los soldados y marinería. Yo maté varias codornices y un hermoso pelicano; y el rey Boncoro me regaló dos magníficas sierras de gran tamaño del pez Sierra, que figura en mi coleccion. Veinte dias permanecimos entre Corisco, Elobey y Cabo San Juan; saliendo poco despues con rumbo á Annobon, á donde llegamos despues de catorce dias de navegacion.

CAPÍTULO XVII

Annobon.—Plinio.—Situacion de Annobon.—Poblacion.—Iglesia.—El cura gobernador.—Curioso calendario.—El bergantin «Tiburon».—Jorge el Arponero.—Pesca de la ballena.—Regreso á Fernando Póo.

La isla de Annobon está situada en latitud 1 ó 25' Sur, longitud 11 ó 51'30" Este, de Cádiz; es de figura cónica, y alrededor de su base hay un márgen natural rodeado de palmeras y algodoneros.

Plinio, en sus viajes á la costa de Africa, habla de esta isla ó al menos yo opino que es enteramente igual á la que él describe.

Dice Plinio que abordó á una isla en medio del Océano, donde habia una montaña en cuya cima habia un gran lago de agua dulce, que sus habitantes eran tan feroces que tuvieron que matar uno para poderlos reconocer, y hallaron que era enteramente parecido al hombre y al mono; de aquí la especie vertida por algunos naturalistas de que Plinio conocia ya el Gorilla, pues dice que el hombre ó animal que mataron tenia la piel cubierta completamente de una lana ó pelo parduzco como la tienen los orangutanes y gorilles.

Dejemos á Plinio y á los naturalistas ingleses con sus apreciaciones sobre el Gorilla, del que tendré ocasion de hablar más adelante; ahora desembarquemos en Annobon y recorramos la isla.

Difícil es el desembarco en la isla; pero en una especie de rada, y entre infinidad de piedras, se encuentra una pequeña rampa que dá acceso al pueblo de Annobon, llamado por los naturales de San Antonio.

La poblacion total de la isla, si se ha de dar crédito á las noticias de los mismos habitantes, se compone de unos 2.000 individuos de la raza negra. La isla está formada toda de rocas volcánicas, y en su centro, en forma de cono truncado, se vé una laguna de agua dulce, fenómeno sumamente raro, y que hace creer que la isla, á

pesar de estar situada á mas de 300 leguas del continente, comunica con él por medio de algun sifon submarino, elevando y surtiendo el lago de agua dulce en medio del mar salado.

Escasa en vejetacion, pues sus habitantes son la gente más famélica, degradada y perezosa que he visto en la costa de Africa, no se dedican en lo más mínimo á labrar la tierra, que pudiera con sus frutos mantenerlos y hacer que desapareciera el hambre casi epidémica que constantemente reina en la isla.

Como los frutos que expontáneamente la tierra produce no son muy abundantes, se suelen dedicar á la pesca, la que apenas les dá en ciertas estaciones lo suficiente para alimentarse; de forma que sus habitantes, más que hombres, parecen espectros ambulantes, como ha dicho muy bien D. Joaquin Navarro, teniente de navío que visitó con el vapor *Vasco-Nuñez de Balboa* la isla en 1857, habiendo llegado el caso de entregarle varios padres sus hijos de cuatro á nueve años en cambio de un par de galletas.

Los portugueses debieron dominar la isla por largo tiempo, pues el idioma que hablan es una especie de chapurrado portugués-español.

Se dicen católicos romanos, y en el pueblo existen varias iglesias ¡pero qué iglesias! iglesias como nunca he visto, adornadas con santos cubiertos de andrajos, levitas viejas ó blusas de

marineros, y sombreros hongos, de copa ó tricornio. Un negrazo alto y sumamente flaco se nos acercó y nos dijo:

—Yo soy el cura y pastor de estas iglesias, y al mismo tiempo gobernador en nombre de la nacion española; vosotrós, que sois españoles, debeis darme mucha galleta y aguardiente.

—¿Quién te ha hecho cura? le pregunté.

—Mi padre, que era tambien cura y gobernador de la isla.

Dimos al cura y gobernador dos botijos de aguardiente y una barrica de galleta y tocino, con lo que quedó sumamente contento; él en cambio, despues de quitarse su traje de ceremonia que consistia en una especie de capa pluvial de bayeta encarnada, notable tan solo por su mugre y antigüedad, se ofreció á acompañarnos á la cima de la montaña y visitar la isla.

Nos dijo que el nivel del agua en la montaña era siempre igual; que hacía ocho meses que solo habia abordado á la isla un buque ballenero francés llamado *El Delfin*; que debia llegar de un momento á otro el ballenero *El Rápido*, que todos los años por la misma época venia á la isla á hacer aguada.

—¿Y cómo sabes tú la época si no tienes calendario?

—Si lo tengo, me contestó.

—Pues vamos á verlo.

Entramos en la iglesia, y en el centro nos enseñó un trozo de madera de ébano dividido en doce casillas, y estas en treinta pequeñas divisiones marcadas por agujeritos, donde conforme van pasando los dias se van marcando con una clavija de madera, resultando que al cabo del año pierde cinco dias.

—¿A cuántos estamos? le pregunté.

—A 24 de Setiembre, me contestó.

—Estábamos á 15 de Diciembre, de modo que por la contabilidad del calendario de Annobon estaban atrasados con el nuestro noventa y dos dias, que á razon de cinco dias por año dan un resultado de cuarenta y cinco años de antigüedad ó existencia del calendario annoboniano.

Le hice proposiciones para adquirir el calendario como objeto curioso, pero por nada quiso desprenderse de él.

—Te daré, si me cedes el calendario, le dije, un barril de galletas y un botijo de aguardiente.

—No puede ser, me contestó, pues si te lo diese no podria celebrar las fiestas de la Vírgen y de los santos que están marcadas.

Efectivamente, en varias casillas, además de la clavija de madera que marca el dia, se veia una espina de pescado que señalaba la solemnidad ó festividad que debia celebrarse.

—¿Cómo te compones para decir misa? le pregunté.

—Con aguardiente ó vino de palma y galleta y plátano.

Al ver el modo especial que el negro tenia de celebrar la misa, prorumpimos en carcajadas.

Al dia siguiente, el capellan de la *Perla* celebró el Santo sacrificio de la misa al aire libre, y nos costó muchísimo trabajo el contener al negrazo, que se creia sacerdote, para que no interrumpiera la ceremonia, pues él queria imitarle y acompañarle, creyéndose con los mismos derechos.

Como todos los habitantes de Annobon se titulan católicos, y aunque bajo la direccion de su estupendo cura adoran la cruz, el gobernador, á nuestro regreso á Santa Isabel, dispuso la salida de varios misioneros, que indudablemente sacarán gran partido de la sencilla fé religiosa de los annobonianos, y de seguro curarán la monomanía clerical de que se vé acometido su cura y gobernador, cediendo su puesto á los verdaderos ministros de la religion católica.

Visitamos el lago, pues la subida es fácil, y los naturales han trazado una senda en espiral. El lago tendrá como unas quince brazas de largo por diez de ancho, y su profundidad varía entre siete, once y quince. El agua es dulce y se crian pequeños peces parecidos á las carpas y tencas de Europa.

Tres dias debia permanecer la *Perla* en An-

nobon, y habiendo llegado aquel mismo dia el bergantin francés *Tiburon* para hacer aguada, me puse inmediatamente en relaciones con su capitan Mauricio Garde, el cual me invitó á presenciar la pesca de la ballena, debiendo salir aquella misma tarde. Trasladé mi equipaje á bordo del *Tiburon*, y á las tres de la tarde, despues de despedirme del comandante de la *Perla*, nos hicimos á la vela. La *Perla* debia permanecer tres dias en Annobon y regresar despues á Santa Isabel de Fernando Póo, volviendo á tocar en la isla de Corisco, á donde yo prometí incorporarme despues de mi expedicion de pesca.

Con viento favorable de popa pronto perdimos de vista la isla de Annobon. El *Tiburon* era un bergantin de la matrícula de Marsella, dispuesto para la pesca de la ballena y cachalote. La latitud en que nos encontramos, y precisamente la época, era la mejor para esta clase de pesca.

—Amigo mio, me dijo el capitan, siento muchísimo no poderle proporcionar á V. en mi buque las comodidades que tenia en la *Perla*; pero desde este momento cuente V. con que aquí todos estamos dispuestos á recibir sus órdenes.

—Mil gracias, capitan, contesté. Es V. muy amable; el camarote que me ha facilitado es bueno y cómodo, y sobre todo ventilado; ahora lo que nos falta es tener suerte y hacer buena pesca.

—Tengo la seguridad de que nó tardamos cuatro horas en lanzar el primer arponazo. Mirad, me dijo; veis aquellos puntos negros que se distinguen á lo lejos y que parecen rocas batidas por las rompientes? pues bien, son ballenas seguidas de cachalotes. Así es que pronto tendremos tarea.

—Ballenas á babor, gritó el timonel.

—Todo el mundo á su puesto, preparar los botes, dijo el capitan.

La tripulacion toda se puso en movimiento, los botes se lanzaron al agua, los arponeros ocuparon su puesto, y el capitan y yo, sobre el puente, esperamos á asistir á la pesca. Yo habia querido ir en uno de los botes, pero el capitan se opuso tenazmente para evitarme un contratiempo. Mucho me contrarió la tenacidad del capitan, pero luego me alegré mucho por lo peligroso que es no teniendo costumbre de asistir á esta clase de pesca.

Dos ballenas enormes se presentaron á nuestra vista lanzando de cuando en cuando grandes columnas de agua por las narices, y golpeando el agua con su enorme cola. Las lanchas se dirigieron hácia ellas; la primera estaba mandada por el segundo de á bordo Jorge Nicoli, el cual era sumamente inteligente y hacía muchos años se habia dedicado á la pesca de la ballena. El segundo la mandaba el contramaestre, que tam-

bien era un hábil arponés. Sobre el puente miraba con ansiedad lo que iba á suceder; para no perder el más mínimo detalle tenia unos magníficos gemelos de casa de Chevalier.

Las ballenas cada vez se iban acercando más al bergantin, los botes bogaban hácia ellas; la distancia se iba cortando.

—Alto, gritó Jorge; y los remeros suspendieron sobre los toletes los remos.

—Preparaos, voy á lanzar el arpon.

Efectivamente, Jorge, de pié sobre la proa del bote, lanzó su arpon, que silbando fué á hundirse en el dorso de la ballena. Esta, al sentirse herida, hizo un brusco movimiento de huida, viniendo á pasar como á unos treinta metros del bergantin, arrastrando en su vertiginosa huida el bote de Jorge, pues el arpon va siempre unido á un cabo amarrado á la proa del bote arponero. El contramaestre, tambien desde su bote, habia lanzado su arpon, pero no con tanta fuerza como Jorge, pues al poco tiempo se desprendió del cuerpo de la ballena. Jorge, á pesar de la rapidez con que iba arrastrado el bote, lanzó un segundo arpon que fué á clavarse cerca de la cabeza de la ballena. Esta vez la ballena se revolvió contra sus perseguidores, y de un coletazo la lancha fué á parar á más de ocho metros de altura, cayendo Jorge y los marineros al agua.

—Qué tal, amigo mio? supongo me dará usted gracias por no haberle dejado ir con Jorge en el bote.

—Efectivamente, capitan, doy á V. las gracias, pues veo que sin la prudencia de V. mi inexperiencia podria haberme costado cara.

Jorge y los marineros pronto recuperaron el bote y achicaron el agua de que estaba lleno. La marcha de la ballena era cada vez menos rápida, por momentos disminuia, y los borbotones de sangre que arrojaba al mismo tiempo que el agua, nos dieron á conocer que la presa pronto sería nuestra. En efecto, dos horas despues, la ballena flotaba al costado del buque, cual si fuera una inmensa boya.

—Ahora, dijo el capitan, vamos á ver si cogemos un par de cachalotes. Efectivamente, el contramaestre habia clavado su arpon en un cachalote que seguia á la ballena, y Jorge á otro, que al anochecer remolcados por los botes, vinieron á unirse á la ballena al costado del buque.

Preparóse las calderas y aparatos para la extraccion del aceite, grasa y esperma de la ballena, y toda la tripulacion se ocupó en esta maniobra.

Al amanecer del dia siguiente empezó á descuartizarse la ballena, llenándose varias barricas de aceite y esperma, y colocándose las barbas, aletas y demás aprovechamientos en la bodega.

La rapidez con que se hizo esta operacion era asombrosa, pues en tres dias quedaban embasados todos los aprovechamientos de la ballena y de los dos cachalotes.

Si agradable y divertida habia sido la pesca de la ballena, las faenas de descuartizamiento, fundicion de las grasas y esperma, habian puesto el buque en un estado que apenas se podia transitar sobre cubierta, y el olor era inaguantable. Así es que cuando dí vista á Corisco y me trasladé á la *Perla*, me dí por satisfecho ya de la pesca de la ballena; pero no puedo olvidar las atenciones y cuidados que conmigo tuvo el capitan Garde, quien todos los años que permanecí en Fernando Póo no dejó de visitarme y pasar algunos dias conmigo.

Quince dias permanecí á bordo del *Tiburon*, y el resultado de la pesca fué dos ballenas grandes y siete cachalotes, un total de unas trescientas barricas de grasa, esperma y aprovechamientos.

Dos dias hacía que la *Perla* me esperaba en Corisco, así es que inmediatamente que me trasladé á su bordo el comandante dió órden de levar anclas y hacer rumbo á Fernando Póo, donde llegamos sin ninguna novedad á los siete dias.

Cuarenta y dos dias habia durado nuestra expedicion. La salud de los soldados convalecien-

tes habia mejorado notablemente, y habíamos restablecido, digámoslo así, en Corisco, el Obey y Cabo de San Juan y en la isla de Annobon, el pabellon español.

CAPITULO XVIII

Los socialistas de Loja.—La «Perla» convertida en presidio.—La fiebre amarilla.—Trabajos agricolas.—Desaparicion de un dependiente del consulado.—Su reloj.—Su cadáver encontrado en el bosque.—Investigaciones para descubrir el crimen.—Grave peligro en que nos encontramos.—El rewolver.—Juego de prestidigitacion.

Hacía un mes que habia vuelto de mi expedicion de Corisco á Annobon y pesca de la ballena, y tranquilamente habia pasado mi tiempo arreglando con el gobernador los negocios de la colonia.

Un movimiento republicano socialista habia estallado en Andalucía, y los pueblos de Hinajar y Loja habian sido los principales focos. Tratá-

base de repartirse las tierras y propiedades. El gobierno, con mano fuerte, reprimió aquel movimiento, precusor sin duda de las terribles escenas de cantonalismo de Sevilla, Málaga y Cartagena, y los consejos de guerra sentenciaron á gran número de los socialistas á ser deportados á la isla de Fernando Póo.

El vapor *Leon* trasportó noventa de aquellos desgraciados.

El gobernador destinó la fragata *Perla* que, convertida en ponton, así como la corbeta *Isabel* servia de hospital á la estacion naval, para presidio y alojamiento de los socialistas, hasta que á la altura de Basilé, precisamente en el punto mismo donde fijamos la primera parada cuando hicimos la expedicion del pico de Santa Isabel, se estableció el barracon, presidio y convalecencias del hospital. Posteriormente de mi salida de la isla y regreso á España, el gobernador creo estableció una quinta de café y cacao en el mismo sitio, bajo la denominacion de Santa Cecilia.

Mucha compasion nos inspiraron á todos estos pobres desgraciados é ilusos socialistas, que arrastrados por jefes que desaparecieron en los momentos del peligro, fueron víctimas de su ambicion. Varios de ellos habian traido cartas de recomendacion para mí, para hacer más llevadera su suerte; pero en honor á la verdad no la necesitaron, pues el gobernador Gándara hizo

desde los primeros momentos cuanto pudo por aliviar su suerte, y el alimento que recibian á bordo era enteramente igual al de la marinería, racion de armada y fresco diario, exceptuándose el vino, que solo se suministraba á los enfermos. Ningun trabajo manual penoso vino á agravar su situacion los diez meses que estuvieron; tan solo ayudaron en dos ocasiones unidos á los soldados de la compañía y krumanes del gobierno, á trasportar los cañones de los almacenes bajos de la playa á la plataforma del cuartel, pero en esos dias de trabajo recibieron la gratificacion como la tropa, y racion de vino y aguardiente.

La fiebre amarilla que se desarrolló el año 1862 se cebó en estos infelices lo mismo que en la tropa de tierra y marinería de la estacion, dejando reducido el número de unos y otros á más de la mitad. El gobernador general Gándara, con una solicitud paternal, acudió á todas partes. Se crearon nuevos hospitales, y ni un solo dia dejamos de visitar á los pobres enfermos.

La Providencia nos salvó de tan terrible epidemia, pues yo, á pesar de estar contínuamente en medio de los atacados, no tuve ni el más simple dolor de cabeza; parecia que mi naturaleza era completamente repulsiva á esta enfermedad, y no puede decirse fuese una mera casualidad, pues posteriormente, en el año de 1870, siendo juez de primera instancia del distrito del Pino de

la ciudad de Barcelona, la fiebre amarilla se desarrolló violentamente haciendo innumerables víctimas.

La audiencia, capitan general, gobernador y todas las oficinas de órden del gobierno, se trasladaron á los pueblos inmediatos de Barcelona. Se constituyó una junta general de auxilios, de la que fuí nombrado secretario, y diariamente, con el gobernador civil mi querido amigo y compañero el Excmo. Sr. D. Juan Antonio Corcuera, visitamos los hospitales y casas de los apestados, distribuyéndose por la junta general cerca de un millon de reales en bonos de pan, carne y ropas, á los infelices que faltos de medios no habian podido abandonar la ciudad y huir de la terrible epidemia.

La ciudad de Barcelona, durante tres meses, estuvo completamente desierta, y la epidemia diezmaba diariamente á los que faltos de medios ó por sus obligaciones no habian podido abandonarla.

El 20 de Diciembre se cantó el *Te-Deum* y volvió á reanimarse la ciudad mercantil é industrial por excelencia.

El ayuntamiento de Barcelona, en sesion pública de 4 de Julio de 1871, acordó entregar una medalla á las personas que más se hubieran distinguido durante la epidemia. Y fuí honrado con una medalla de plata y un diploma honorífico,

que puedo decir es una de las distinciones que más me han halagado. El diploma dice así:

AYUNTAMIENTO CONSTITUCIONAL DE BARCELONA.

Este ayuntamiento, en sesion del dia 4 *del corriente mes, acordó hacer entrega al señor vizconde de San Javier, de una medalla de plata, en testimonio de la gratitud que Barcelona le profesa por los señalados y eminentes servicios que como juez de primera instancia y secretario general de la junta de auxilios, ha prestado á dicha ciudad durante la epidemia del tifus hiteroides que á la misma afligió en el año de* 1870.

Barcelona 31 de Julio de 1871.

El alcalde constitucional presidente, FRANCISCO SOLER Y MATAS.

El secretario, A. CAMP. Y Pf.

La medalla es del tamaño de un duro antiguo, su peso dos onzas, el anverso representa la caridad con una inscripcion que dice: «Barcelona agradecida.» En el reverso, dentro de una corona de laurel, hay la siguiente inscripcion: «A los eminentes servicios prestados en la epidemia de la fiebre amarilla de 1870.»

Posteriormente, por juicio contradictorio y despues de haber declarado ciento veintiocho testigos, se me concedió, así como al gobernador

Corcuera y ministro de la Gobernacion D. Nicolás María Rivero, por el Consejo de Estado, la cruz de primera clase de Beneficencia.

El gobernador general Gándara debia regresar á la Península, siendo reemplazado por el brigadier del convenio, Lopez de Ayllon. Y al regreso á España, á la altura del rio Benin, se vió acometido de la fiebre amarilla. Mucho sentí no haber estado á su lado, pues le profeso una amistad y cariño casi filial.

Los deportados, mermados por la fiebre amarilla, recibieron con júbilo el indulto que el gobierno les habia mandado, y á su regreso á Cádiz hicieron público en los periódicos de aquella ciudad, su gratitud al general Gándara.

El gobernador Ayllon me encargó fuera á la isla de Santo Tomé en la goleta *Vad-Ras*, para adquirir plantas de café y cacao. Mi viaje á la isla fué sumamente feliz, y por mediacion del vicecónsul español D. J. Valar, comerciante español, avecindado hace muchos años en aquella posesion portuguesa, adquirí 400 piñas de cacao y 3.000 piés de plantas de café.

La isla de Santo Tomé es una posesion portuguesa donde reside un gobernador de la clase de coroneles; tiene un castillo con 15 piezas de artillería y unos 13.000 habitantes.

Por la hacienda llamada Monte-café, es donde se calcula pasa la línea, estando durante una

hora el sol completamente á plomo y sin producir sombra ninguna.

Recogidas las plantas regresamos á los dos dias á Santa Isabel.

Los trabajos de siembra y plantacion empezaron inmediatamente. Yo por mi parte, en un terreno situado entre el hospital y el consulado inglés, me propuse hacer tambien mis ensayos agrícolas, plantando café, cacao, algodon y una huerta con toda clase de legumbres.

Con gran facilidad se dá el maiz, que viene á resultar un maiz jigante, pues alguna de sus cañas adquieren hasta cuatro metros de altura. La col se reproduce tambien con pasmosa rapidez, y la habichuela á los veintidos dias de sembrarla se puede comer el fruto. El tomate y el pimiento se crian tambien con facilidad y abundancia; yo habia pedido simientes de todas clases á España, y recuerdo que entre ellas me mandaron un paquete de simiente de pimientos de Logroño con la siguiente inscripcion:

«Esta simiente es de historia
y no hay que tomarlo á cuento,
es semilla de pimiento
del Duque de la Victoria.»

Efectivamente, puedo asegurar con vanidad, que en todo Fernando Póo no se criaron pimientos más grandes ni más hermosos que los que tenia en mi posesion. Por más esfuerzos que hici-

mos, no nos fué posible aclimatar el trigo; crecia mucho, se embastecia su caña y crecia prodigiosamente, pero nunca llegó á dar la espiga. Los frutales de España tampoco pudimos conseguir aclimatarlos, ni aun la vid, que con tanta facilidad se dá en la isla de la Madera y el Cabo Buena-Esperanza. Los padres jesuitas, el comisario de Fomento Peñon y Rodriguez, el gobernador y los oficiales de compañía, tambien hicieron mil ensayos agrícolas, sin darles por eso mejores resultados que á mí.

En cambio el plátano, la piña, el mango, el aguacate, y todas las frutas de América, con especialidad la guayaba, crecian casi expontáneamente en nuestras huertas.

Un suceso inesperado vino á turbar nuestra tranquilidad y operaciones agrícolas. Como el capitan Burton, cónsul general inglés, se ausentaba con frecuencia de la isla, para emprender expediciones científicas en la costa de Africa, habia venido en aquel mes un dependiente del consulado encargado de reemplazarle en sus ausencias. Llamábase el dependiende Tomás Richar Ficullet. Era un jóven de veinticuatro años, sumamente instruido, y tan curioso y amigo de investigar y adquirir conocimientos y correr aventuras, como el mismo capitan Burton; sobre todo, tenia una aficion decidida y marcada por la botánica. Continuamente se le veia en el bosque

recogiendo plantas, clasificándolas y disecándolas para su coleccion. Era digno rival de nuestro amigo Mr. Mahan el holandés, que habia subido con nosotros al pico. Escéntrico como todos los ingleses, habia siempre despreciado los consejos que le habíamos dado, de no penetrar nunca en el bosque sin armas, y sin ir acompañado de algun negro kruman. Un dia, segun su costumbre, salió por la mañana temprano, y por la noche aun no habia regresado. No dejó de llamar esto la atencion de los factores ingleses, pues al dia siguiente era dia de paquete ó correo.

Como las cosas de España son siempre muy regulares, Fernando Póo que es posesion española, que tenia perfectamente montada una administracion, no recibia directamente el correo, sino quien lo recibia, mandaba y repartia, era el cónsul inglés, el cual hecho el apartado remitia los paquetes al gobernador, y entre el gobernador y yo haciamos el segundo apartado, viniendo cada cual á recojer sus cartas al gobierno.

Llegó el paquete-correo, y el contador del vapor llevó los sacos de correspondencia al consulado. Aquel dia hice yo la distribucion ayudado de dos factores ingleses. Pero la desaparicion de Mister Tomas Richar Fieullet, empezó á darnos sérios cuidados. Por la tarde regresó del Calabar el cónsul inglés, el que tambien se alarmó al ver que á las doce de la noche aún no ha-

bia regresado su dependiente. Mandáronse negros comisionados en su busca y conocedores del país á las tríbus de Basilé, Banapaá, Basupu, Pulá, Culá y las Palmas, así como á las bahias de San Cárlos y la Concepcion. Pero todo fué en vano; uno á uno fueron regresando los comisionados sin haber sacado nada en limpio; solo el de Basilé dijo habia encontrado una negra que llevaba colgado al cuello el reloj que acostumbraba á usar Mister Tomas Richar.

Aquel era un indicio que podia hacer luz en su misteriosa desaparicion.

Como juez asesor de la colonia, pues el asesor propietario de ella D. Atilano Calvo é Iturburu habia regresado á España por enfermo, el gobernador me habia nombrado á mí interinamente, empecé la sumaria, llamé al negro y le pregunté cómo habia descubierto el reloj del dependiente del consulado.

—Habia entrado, me dijo, en la plaza de Basilé, donde estaba el rey con varios cocorocos hablando, cuando ví una mujer que atravesaba la plaza cargada con un racimo de plátanos, me acerqué á ella y le pregunté quién le habia dado aquella prenda.

—Me la ha dado *Acula* mi marido.

Pedí al rey le hiciera llamar, y al cabo de un rato se presentó; le hice la misma pregunta, y me dijo:

—Lo he encontrado á la orilla del mar, sobre una piedra, cuando iba á retirar mis redes.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Ayer por la mañana, me contestó.

Cuando estaba tomando esta indagatoria al negro comisionado que habia ido á Basilé, se me presentaron dos bubis de la tribu de Basilé, que venian de parte del rey á decirme se habia encontrado el tronco sin cabeza de un hombre blanco entre unas piedras á la orilla del mar.

Inmediatamente puse en conocimiento del gobernador el suceso, y acompañado del alguacil que hacía las veces de intérprete del escribano Castillo y del teniente Velez, marché á la tribu de Basilé. Pero cuál sería mi asombro al entrar en la plaza y encontrarme al rey de Basilé rodeado de todos sus guerreros y en actitud poco amistosa. Yo que siempre solo acompañado de mi negrito, habia visitado todas las tríbus y sido perfectamente recibido por los salvajes, que en prueba de amistad me habian dado armas, bastones y nombrado *Butucu, Boloco, Socha*, ó sea jefe y guerrero de tríbu, me ví recibido de aquella manera por el rey. El aspecto de la plaza era imponente; más de 200 bubis armados de lanzas y espingardas rodeaban al rey.

Nosotros sólo llevábamos dos carabinas, tres rewolvers, dos sables, y los negros que nos acompañaban cada uno un machete. Hice que el in-

térprete se adelantára y dijera al rey que como justicia y juez de la isla venia en nombre del gobernador á pedirle estrecha cuenta del asesinato cometido en la persona de un blanco súbdito de la gran reina de Inglaterra.

El rey pareció asombrarse de mi peticion, y uno de sus guerreros contestó al intérprete que ningun bubi de la tribu de Basilé habia manchado sus manos ni cuchillo con sangre de ningun blanco; que el bubi que habia encontrado el reloj, era bueno, y respondian de él todos los de la tribu; que si queríamos guerra, ellos estaban dispuestos á hacerla, y no permitir que ningun blanco volviera á penetrar en el bosque.

—Estais sometidos á las leyes españolas, le dije por medio del intérprete, y me habeis de entregar al asesino.

Al oir esto se promovió un gran tumulto, empuñaron las armas y quisieron lanzarse sobre nosotros. Mi situacion era crítica, y solo mi serenidad nos salvó de perecer á todos. Dije al rey que detrás de mí venia la compañía de soldados, y le enseñé mi rewolver, manifestándole que aunque en menor número que ellos, éramos superiores en fuerza, y para que lo viese por sus propios ojos quise demostrárselo prácticamente.

—Coje, le dije al rey, una de tus espingardas y dispárala.

El rey la disparó.

—Dispara otra vez, le dije.

—Para que la dispare otra vez tengo necesidad de cargarla, me contestó el rey.

—Pues yo con esta arma puedo tirar cuantas veces quiera sin cargarla nunca. Ahora verás.

Y disparé tres tiros seguidos.

—Quieres más?

—Sí, dijo el rey, dispara otro.

Disparé dos más, y el asombro y la curiosidad se vió marcada en todos los bubis.

Pues bien, añadí; así como he disparado estos cinco tiros, puedo disparar cuantos quiera, y lo mismo mis compañeros, que tienen armas completamente iguales. Al decir esto hice que el teniente Velez y el escribano me entregaran los suyos, diciéndoles por lo bajo, que con disimulo volvieran á cargar los rewolvers; y en seguida disparé seguidos los seis tiros del rewolver del teniente Velez.

—Ahora vas á ver otra cosa, le dije al rey. Si se moja tu espingarda y la pólvora se humedece, tú no puedes tirar.

—Verdad es, me contestó el rey. El agua no deja que salga el tiro.

—Manda traer agua, le dije.

Un bubi trajo una calabaza llena de agua; bebí, pues estaba muerto de sed, y echando agua por el cañon del rewolver lo cojí y disparé tres tiros.

—Más, más, gritaron los bubis asombrados.

Disparé los otros tres. Pero como notara que algunos de ellos hablaban en voz baja, le dije al rey que aquellas armas solo eran útiles en mano de los españoles, pues él y cualquiera de los bubis no podrian nunca disparar, y le dí el rewolver descargado.

—Prueba á tirar, le dije.

El rey con gran alegría cogió el rewolver entre sus manos, pero por más que hizo, como estaba descargado no pudo disparar un solo tiro. Muchos bubis hicieron tambien la prueba, dándoles el mismo resultado. Esto lo hice por evitar que dispertándoseles la codicia, quisieran apoderarse de nuestras armas.

El escribano Castillo y el teniente Velez, que habian comprendido mi farsa, estaban atentos á mis más pequeños movimientos.

—Ahora vereis cómo hago yo que salgan los tiros; y cambiando rápidamente con el teniente el rewolver, disparé seis tiros seguidos.

—Más, más, repetian todos los bubis.

Repetí el mismo juego con el escribano, y el asombro rayó ya en frenética adoracion. Esta especie de juego de cubiletes vino á salvarnos milagrosamente. El rey se mostró más amable, nos entregó el cadáver del dependiente del consulado; y para demostrarnos que ninguno de su tríbu habia cometido el asesinato, y la muerte

podria ser casual, nos entregó ocho de los guerreros en rehenes para que los lleváramos á Santa Isabel, regalándonos dos gallinas y un antílope como prueba de amistad.

Al anochecer regresamos á Santa Isabel con los presos, y juré no volver otra vez sin una fuerte escolta á pedir cuentas á ningun rey salvaje de aquellas tríbus, pues el peligro que habiamos corrido habia sido muy sério, y el intérprete nos aseguró querian habernos degollado á todos.

Ocho dias despues los rehenes eran puestos en libertad, la luz se habia hecho en el negocio. Mister Richar, fatigado de su excursion botánica, se habia desnudado á la orilla del mar para bañarse. Como buen nadador pronto perdió pié, y nadando se alejó algo de la playa; habiendo sido acometido por los tiburones pereció víctima de su temeridad.

Las ropas y el sombrero, los llevó el rey de Basilé al gobierno, rogándome encarecidamente pidiera á la reina de España un rewolver para él. No quise desengañarle, y prometí hacer lo que me pedia; y aun creo que la misma peticion hizo el rey al gobernador y al cónsul inglés.

Nos hallábamos próximos á las fiestas de Navidad. Yo habia cumplido los tres años que debia estar en la isla. La Colonia se habia renovado, digámoslo así. Gándara habia regresado á Espa-

ña. Los comandantes Noeli, Corsini, Pujol y Tejero habian sido reemplazados por el comandante de ingenieros D. J. Osorio y el capitan de artillería D. J. Aznar. La oficialidad de la compañía se habia relevado por completo, y sustituido la mayor parte de sus soldados con negros emancipados que habian mandado de la isla de Cuba. Sólo yo no habia obtenido mi relevo, á pesar de llevar, como he dicho, tres años y siete meses en la isla.

La bahía se hallaba en aquella época como pocas veces se ha visto. En el espacio de tres dias habian entrado dos vapores holandeses de guerra, cuatro ingleses y tres norte-americanos, y la fragata del almirante francés, baron de Diderot, comandante general y gobernador del Gabon. Todos estos buques saludaron á su entrada á la plaza, y esta contestó tiro por tiro á su saludo. Los comandantes de los buques hicieron su visita oficial, y el gobernador me comisionó á mí para devolverles en su nombre la visita al comodoro inglés y americano y al almirante baron de Diderot.

CAPITULO XIX

El Gabon.—Los colmillos de elefantes.—El Gorilla.—San Pablo de Loanda.—Su historia.—Un ingeniero sin ingenio.—La ciudad del Cabo.—La roca del Correo.

En la visita que hice al baron, este me convidó á pasar unos dias con él en las posesiones francesas del Gabon. Acepté con sumo gusto la invitacion, pero con sentimiento mio, el gobernador me negó la licencia. Era la primera vez que esto me sucedia. El tiempo de tres años marcado á los empleados y militares para residir en la isla, lo habia cumplido; así es que el 24 de Diciembre me dirigí á la direccion de Ultramar pidiendo un

año de licencia para volver á España, no queriendo volver á pedir licencia al gobernador. Al cabo de cinco meses me llegó la licencia. Hice entrega de la Caja y Tesoro de la colonia, de la administracion de la Aduana y del Juzgado á mi amigo el secretario del gobierno, D. José Rojas, y me puse en franquía para regresar á España. Pero antes quise recorrer, aunque con rapidez, gran parte de la costa que no habia visto, y pasar unos dias con el baron, gobernador de Gabon.

Un dia fuí á ver á Burton y le dije:

—Mi querido amigo. He hecho mi entrega, tengo mi licencia para volver á España, pero antes quisiera recorrer la parte de costa que me falta por conocer.

—En mejor ocasion no podia V. venir. Nuestro comun amigo, lord Levingfield, comandante del *Antílope*, debe hacerse á la mar dentro de dos dias, le pediremos hospitalidad, y nos la concederá. Su itinerario es el siguiente: Dos dias en el Gabon. Dos en San Pablo de Loanda, y esperar órdenes en el Cabo de Nueva Esperanza.

—Vámos á verle.

—Es inútil. Dentro de media hora vendrá aquí y almorzaremos juntos.

Almorzamos, convinimos en nuestra expedicion, y á los dos dias salíamos del puerto á toda máquina, con rumbo á las posesiones francesas.

La hospitalidad que nos dió el jóven lord, fué expléndida. Nos colocó en su propia cámara, y su mesa no dejaba nada que desear. Su cocinero era magnífico, y poseia con toda perfeccion el arte de Batel y Savarin. Sus vinos eran esquisitos, y sus helados solo se podian comparar á los de Tortoni en París, y á los del Suizo, Fornos y la Iberia, en Madrid.

Llegamos á Gabon, y el gobernador salió á recibirnos al muelle. Nos enseñó cuanto de notable habia que ver en aquella naciente y próspera colonia francesa. Sus magníficas factorías, sus almacenes llenos de aceite de palma, goma y ébano, y de colosales colmillos de elefante.

Anteriormente á mi viaje, el gobernador don José de la Gándara, queriendo mandar á la reina una muestra de los productos de marfil de la costa de Africa, se habia hecho llevar de aquella posesion dos colosales colmillos de más de tres metros y medio de altura, que pueden verse hoy en la Armería Real, á donde la reina mandó colocarlos. Difícilmente se encontrarán dos piezas más hermosas que las adquiridas por el general Gándara. Estos colmillos colosales tienen cerrada la parte hueca con una chapa de plata, donde está escrita la dedicatoria y procedencia. Su valor excede á más de quinientos pesos cada uno.

En el Gabon se encuentran con abundancia los elefantes, y los indígenas se dedican á su caza.

Pero el animal más notable del Gabon es el Gorilla, mono de más de seis piés de altura y de una ferocidad grande, y de una fuerza colosal y superior á la de cualquier hombre. Muchos naturalistas, y entre ellos Mr. Gratziolet y Mister Huxlei, pretenden que el orígen del hombre es el mono.

La humanidad debe estar agradecida á estos dos sábios, que con toda su gravedad nos conceden por primitivos padres un mono y una mona.

Vimos en casa de Mr. Duamele dos gorillas vivos enjaulados, destinado el uno al palacio de Cristal de Lóndres, y el otro al jardin de plantas de París; pero Mr. Duamele dudaba pudieran llegar vivos, tal era el estado de irritabilidad en que estaban contínuamente. Yo me llegué á la jaula y metí una barreta de hierro de una pulgada de grueso. El Gorilla se irritó, me la quitó de la mano de un fuerte tiron, y la dobló cual si hubiera sido un palillo de los dientes.

—Vaya una fuerza! exclamé, viendo que el Gorilla seguia doblando más y más la barreta.

—Vé usted con qué facilidad hace eso? dijo Mr. Duamele; pues con la misma ó más dobla un cañon de fusil ó de rifle.

El baron me regaló un cráneo de Gorilla, cráneo que á mi vez regalé á la Universidad de Madrid, y que ésta ha colocado en sus escaparates del gabinete de historia natural.

Burton, con harto sentimiento suyo, no pudo asistir á una cacería de elefantes y gorillas, pues al dia siguiente salimos en direccion á San Pablo de Loanda; pero prometió volver y acompañar al baron á una cacería de gorillas y elefantes.

Cuatro dias despues fondeábamos en San Pablo, que es la capital de Bengala. Desembarcamos, y despues de visitar al gobernador, capitan general de todas las posesiones portuguesas en Africa, hice conocimiento con el presidente del tribunal de justicia D. Justo Tereira Lanza de la Bandeira, jóven sumamente instruido, y que me dió detalles sumamente curiosos sobre estas posesiones.

En el año de 1491 la descubrieron los portugueses al mismo tiempo que el Congo, pero hasta el año de 1502 no entraron en completa posesion de ellos, posesion que adquirieron definitivamente en 1660, mandando la reina viuda doña Catalina, regenta del reino, á D. Pablo Navaez con unos 500 hombres, los que hicieron un tratado con el rey de Angola, por el cual este cedia su territorio y se ponia bajo el protectorado de los reyes de Portugal.

Navaez dió el nombre de San Pablo á la capital, por ser este santo su patron. La ciudad tiene muy buenos edificios, un palacio para el capitan general, otro para tribunal de justicia, y varios fuertes y tres iglesias; pero carece por

completo de agua potable, la que tienen que ir á buscar á largas distancias.

El general Do Pinto quiso dotar á la ciudad de agua; llamó á un ingeniero y le dijo:

—La ciudad no tiene agua; os atreveis á practicar las obras necesarias para surtirla convenientemente?

—Excelencia, contestó el ingeniero; dentro de seis meses San Pablo de Loanda tendrá una fuente en cada calle y en cada casa un jardin.

—Pues empecemos las obras desde mañana.

Todos los esclavos fueron embargados; los lobas vecinos contribuyeron cada uno con cien hombres para los trabajos que empezaron con gran actividad. Á los tres meses el canal habia llegado al pié de una montaña. El ingeniero, que no habia sido elegido ni por sus méritos ni por sus estudios, sino por recomendaciones, fué á ver al capitan general y le dijo:

—Excelencia, los trabajos de canalizacion adelantan rápidamente; he llegado á la montaña, pero me es imposible pasar de allí. Vengo á consultar á V. E. qué debo hacer.

El gobernador, capitan general, se encogió de hombros y le volvió la espalda sin contestarle.

Las obras quedaron en tal estado. Las aguas del rio Couenzar que habian sido encauzadas rompieron el malecon y los diques, inundaron la

campiña y causaron innumerables desgracias y perjuicios. El gobierno gastó inútilmente su dinero. Al ingeniero *sin ingenio* no se le habia ocurrido hacer un túnel en la montaña para dar paso á las aguas. Así es que hoy San Pablo de Loanda se vé precisado á tomar el agua á una legua de la ciudad de unas filtraciones que nacen en la orilla del mar.

Una órden urgente que trajo al comandante Levingfield un aviso de guerra, nos obligó á salir al dia siguiente para el Cabo de Buena-Esperanza, en donde repostado el buque de carbon y víveres, debíamos partir enseguida para la isla de Santa Elena.

La ciudad del Cabo, antigua penitenciaría holandesa, pertenece hoy al gobierno inglés por adquisicion y compra que hizo de ella la Real Compañía de la India. Es la ciudad más grande y populosa del Africa meridional. Tiene más de 70.000 habitantes, magníficos edificios, buenas fortificaciones. Un jardin botánico especial, dedicado sólo al cultivo de las plantas y árboles antiescorbúticos, y que sirve de paseo á la poblacion y está situado en la esplanada del hospital de escorbúticos, dotado con 120 camas. La ciudad del Cabo tiene un ferro-carril que va á la bahia de las Puntas ó Agujas, llamado así por la configuracion de las rocas que le rodean.

El comandante recibió pliegos é instruccio-

nes, y á los dos dias salimos para Santa Elena, dejando á nuestra izquierda la isla Mauricia, y tocando en la roca de la Posta ó Correo. Esta roca es sumamente curiosa. Está completamente pelada y desprovista de vejetacion, y tendrá como unos 100 metros de circunferencia. En el centro, entre dos mástiles perfectamente embreados, se halla colocado un tonel herméticamente tapado á rosca, donde los navegantes depositan en aquel improvisado buzon cosmopolita su correspondencia envuelta en un hule encerado y recogen la que encuentran. Yo deposité una carta que diez meses despues de haber llegado yo á Madrid recibió mi padre, y que regularmente habria ido á parar á la India inglesa. Este sistema de correo es sumamente útil á los comerciantes, á los navieros y armadores, y goza del singular privilegio de ser porteado completamente grátis, y no pasa buque, sea de la clase que sea, por delante de la roca-correo, que no se crea en la religiosa obligacion de depositar su correspondencia y recoger la que encuentre. Seis dias despues empezamos al amanecer á divisar la célebre isla de Santa Elena.

CAPÍTULO XX

La isla de Santa Elena.—Su historia.—El prisionero de la Europa.—Napoleon I.—Su muerte.—Su testamento.—Su sepulcro.—Luis Felipe.—Traslacion de las cenizas de Napoleon á Francia.—Sus deseos se ven cumplidos.—Regreso á España.

Estábamos á la vista de Santa Elena.

La isla de Santa Elena es un inmenso peñon en el que los ingleses, á costa de grandes sacrificios, han logrado establecer dos pequeñas poblaciones.

El primer pensamiento que se viene á la imaginacion al contemplar la isla, es la colosal figura del héroe de Europa, Napoleon I.

Desembarcamos en Longwood, y Mr. Levingfield, fué inmediatamente á ver al gobernador y comunicarle las órdenes que habia recibido del

comodoro; yo mientras tanto, me dediqué, acompañado del contador del *Antílope*, á recorrer la poblacion y sus inespugnables fortificaciones.

La roca de Santa Elena está situada á 900 leguas de la costa de Africa. Fué descubierta por los portugueses, los que la abandonaron despues de haber sido sitiada en 1600 por los holandeses. En 1673, los ingleses adquirieron la propiedad, y á costa de grandes gastos, á fines del siglo pasado, fortificaron la ciudad de Longwood, único punto accesible que tiene la isla, pues todo alrededor está materialmente cortada á pico, y por ningun punto es posible intentar un desembarco.

Pocos edificios notables encierra la poblacion fuera del palacio del gobernador, hospital, cuarteles y el tribunal mixto, á donde son llevados los buques negreros que apresan los cruceros ingleses. Este tribunal es enteramente igual al que funciona en Sierra-Leona, y del que he tenido ocasion de hablar en mi corta estancia en Sierra-Leona.

La isla de Santa Elena ha adquirido gran fama y nombradía desde que fué habitada por el prisionero de la Europa, Napoleon I.

Inmediatamente que Mr. Levingfield concluyó su conferencia con el gobernador, salimos á visitar la casa que durante seis años habitó Napoleon I.

Despues de la batalla de Waterloo, en que las águilas fueron humilladas por los ejércitos coaligados de la Europa, las potencias reunidas dieron por prision la roca de Santa Elena al invencible génio de la guerra.

La Inglaterra fué la encargada de guardar al prisionero de la Europa, y nombró gobernador general de la isla á Sir Hudson Lowe. El baron de Sturmer fué el representante de Austria, el conde de Valmain de Rusia, y el marqués de Monte-Chenu de Francia.

Estos comisionados diplomáticos tenian en la bahia buques de sus respectivas naciones á su disposicion, y estaban fuera del poder de Sir Hudson Lowe, teniendo legalmente el derecho de comunicar libremente con Longwood, donde habia fijado su residencia Napoleon; sin embargo, nunca lo hicieron sin contar con el permiso del gobernador inglés.

El baron de Sturmer, era por su posicion de ministro de familia, el comisario sobre el que se habian fundado más esperanzas, y fué el que se encerró más escrupulosamente en las trabas que Sir Hudson Lowe se esforzó en poner en las comunicaciones que la escasa servidumbre tenia con el emperador, observando, sin embargo, en sus escasas relaciones con él, las formas más esquisitas de cortesía y diplomacia.

El marqués de Monte-Chenu, al contrario, es-

tableció relaciones de intimidad con el prisionero, prestándole todos los servicios compatibles con su deber y la historia no podrá menos de hacerle justicia por su noble conducta en la muerte del emperador, oponiéndose á las bárbaras medidas de Sir Hudson Lowe.

Muerto el emperador, Sir Hudson Lowe mandó abrir un proceso verbal, comprobando por medio de los médicos, que el emperador no había muerto envenenado, obstinándose con desprecio de las protextas de los generales Beltran y Montolan, que eran los compañeros de cautividad de Napoleon, á que el cuerpo apenas frio aún del ilustre prisionero, fuera abierto para practicar la autopsia.

—En nombre del rey de Francia á quien represento, me opongo á que se haga la autopsia, dijo el marqués de Monte-Chenu, hasta que haya pasado el término legal que las leyes de Francia señalan para esta clase de operaciones.

—Debo hacer presente á V. E., señor marqués, dijo Sir Lowe, que el motivo que tengo para que se practique esta operacion, es poner en claro que el prisionero de la Europa confiado á mi custodia no ha sido envenenado.

La operacion no se verificó; el conde de Valmain se unió al marqués de Monte-Chenu. El conde de las Casas ha escrito en ocho volúmenes la historia de los nueve meses que pasó en

Longwood al lado de Napoleon que le profesaba un entrañable cariño. El general Beltran ha continuado esta historia dia por dia durante los seis años que pasó al lado de Napoleon.

Napoleon, en su testamento, hace una especial mencion de estos dos amigos y de los grandes servicios que le prestaron durante su larga y penosa cautividad.

La casa donde vivió Napoleon era triste, estrecha, malsana, indigna del héroe que habia ocupado el primer trono del mundo.

Es un baldón de eterna vergüenza, del que no puede excusarse el pueblo inglés.

La administracion rigurosa de Sir Hudson Lowe fué una série no interrumpida de vejaciones odiosas contra el ilustre guerrero, que soportó con la mayor paciencia.

Napoleon, siempre afable con sus amigos y enemigos, no desmintió ni un solo instante la bondad de que estaba revestido.

Más que el suplicio físico por la estrechez de su prision, el suplicio moral fué el que ocasionó la enfermedad que le llevó al sepulcro.

Napoleon murió como habia vivido.

Clerci, uno de los testigos de su muerte, nos contó con todos los detalles sus últimos momentos.

Su agonía fué tranquila. No se pintó en su rostro el dolor ni el sufrimiento. Rodeado de sus

amigos y de los representantes de las naciones exhaló su último aliento.

Una hora despues se le colocó sobre una cama de campaña, cubierto el cadáver con la capa que llevaba en el vivac de Marengo.

Las tropas de la guarnicion acudieron de todos los puntos de la isla de gran gala, pero sin armas, para desfilar delante de los despojos mortales del jigante que pocas horas antes guardaban.

Cada hombre se aproximó religiosamente al pié de la cama y dobló en tierra la rodilla: la mayor parte se atrevieron á aplicar sus lábios sobre el paño de la capa.

Sir Hudson-Lowe, desde que supo el ejemplo dado por el regimiento núm. 20, que acampaba bajo las ventanas de la casa, quiso oponerse, pero su rabia se estrelló en la legalidad inglesa. El coronel le respondió:

—Napoleon ha muerto, la ley de excepcion no existe ya: tengo derecho de hacer pasear mi regimiento como me acomode, y lo hago.

Todos los cuerpos de tierra y mar siguieron aquel honroso ejemplo.

La enfermedad de Napoleon no ha sido como se ha dicho y repetido desde los primeros momentos de su llegada á Santa Elena.

La verdad es que únicamente el 17 de Marzo de 1821, cuarenta y nueve dias antes de su muerte, se manifestaron los síntomas de gravedad:

y el general Beltran y el general Montolon estaban muy distantes de suponer la posibilidad del fin próximo de Napoleon. El mismo dia 17 de Marzo, el abate Buonavita y Mr. Antomartii, su compatriota, fueron llamados á causa de un vómito bastante violento que le acometió súbitamente al emperador, y sobre todo, por el temblor nervioso que le sobrevino. Cuando volvió Antomartii, el emperador dormia, y al dia siguiente, 18, á las seis de la mañana, al hacerle la visita de costumbre, le encontró el pulso tan natural, tan bueno, que no quiso creer en la relacion que le habian hecho de su estado de la víspera.

Todo el dia 18 fué bueno, así como la mañana del 19. Nada de extraordinario ocurrió en la visita de las seis, y Antomartii se creyó de tal modo tranquilo, que pudo salir aquel dia á la ciudad; pero á las cuatro de la tarde apareció una crísis parecida á la del 17.

Aquella vez el emperador se incomodó mucho con su médico y rehusó recibirle á la mañana siguiente 20. El 21 cedió á sus instancias, y consintió en dejarle entrar al volver la crísis. Antomartii lo observó en el desarrollo y comprendió toda la responsabilidad que iba á pesar sobre él, y manifestó el deseo de ser asistido de la opinion del doctor Arnold, anciano respetable, oficial del regimiento 20 de infantería.

El emperador se negó á ello, y se decidió entonces á hacer la aplicacion inmediata del tratamiento aconsejado por Mr. Alibert en su célebre obra de medicina práctica para las afecciones gástricas.

La enfermedad hacía espantosos progresos; se obtuvo entonces del emperador que recibiese la visita de Mr. Arnold. Todo lo que fué posible hacer lo hicieron aquellos dos médicos.

Durante los seis años de su cautividad, ni una sola vez se vió debilitarse el poder de su génio, y lo refirió todo entero en los últimos dias de su vida con la revision de las instrucciones que legaba á su hijo, y del pacto constitucional que destinaba en sus esparanzas para cimentar los vínculos entre su dinastía y la nacion francesa; y decimos sus esperanzas, porque en lo general perdió pocas ilusiones, aunque hubiese reconocido por su observacion la marcha del gobierno de Luis XVIII, y que la lucha estaba empeñada entre los rencores feudales y las masas libertadas ó enriquecidas por la revolucion de 1789, y que por consecuencia, habria pronto, temprano ó tarde, una convulsion nacional; y no consideraba el advenimiento de su hijo al trono sino como un suceso probable ó una realidad que pudiera traer la dinastía de Orleans. El éxito de algunos años más tarde vino á justificar las previsiones del moribundo de Santa Elena.

Con Clandí visité aquellos lugares que habia llenado con su presencia el emperador, y oí contar de boca de aquel veterano algunas curiosas anécdotas.

Dias antes de su ataque del 17 de Marzo, Napoleon, apoyado en el gran mariscal Beltran y su ayuda de cámara Marchan, iba á la fuente donde acostumbraba á detenerse y beber el agua que le ofrecia Clandí y que tanto le agradaba beber.

—No os aflijais, le dijo al mariscal; contra la órden del doctor he querido escribir y dar este paseito; por eso tengo esa debilidad que tanto os ha asustado.

Napoleon se sentó en la fuente y bebió el agua que tanto le refrigeraba.

—Estais, mariscal, bien persuadido de que me he acordado de todos en mis últimas disposiciones?

—Sí señor.

—Tambien me acordaré de tí, mi buen Clandí, porque no puedo olvidar que tus vasos de agua han sido uno de los momentos de más placer que siento en esta fuente, desde que estoy en esta maldita isla.

Sin embargo, dijo dirigiéndose al doctor, hubiera querido añadir un último codicilo á mi testamento. Doctor, tendré tiempo?

—Ya lo creo; pero eso no corre prisa hoy.

—¿Cuánto creeis que podré vivir todavía?

—Pero señor... dijo Antomartii.

—Responded categóricamente... la idea de la muerte no tiene nada terrible para mí: hace tres semanas es la compañera de mi almohada. Hablad, hablad, sin temor.

Antomartii vacilando, contestó:

—Con cuidados, con no trabajar tanto, un año entero...

Napoleon le dijo, interrumpiéndole:

—Doctor, tratais de engañarme... me quedan tal vez muy pocos dias que vivir.

—Señor, desechad esas penosas ideas, le dijo el general Beltran.

—Mi amigo, ha llegado la hora... doctor, cuando haya muerto, desearé que mis cenizas descansen aquí, cerca de la fuente de los sáuces...

Despues, dijo al mariscal.

—Camarada, yo hubiera soñado una tumba más gloriosa debajo de la columna de Vendome!... Tal vez un dia!... mi hijo, no volveré á verle!... mariscal, si os es permitido llegar hasta él, decidle que no olvide que ha nacido príncipe francés, y que no lleve nunca las armas contra la Francia... Cuánto sufro!... es un cuchillo que siento aquí, que me han puesto en la llaga y cuyo hierro han quebrado!

—Consentís en tomar un poco de descanso?... le dijo Antomartii.

—Sí, el descanso eterno... cuando me tiendan sobre mi lecho de Marengo, que me ha servido en mis campañas: allí debo descansar. La capa de Marengo... debe ser mi mortaja... la obra se ha consumado; han matado al enemigo comun, y bien pronto Napoleon estará en paz con la Europa.

Napoleon, agoviado de tristeza, se retiró á su residencia, despidiéndose de la fuente de los sáuces.

En efecto, á los dos dias, le acometió el primer ataque, el 17 de Marzo, que debia de terminar su existencia á los cuarenta y nueve dias.

Napoleon fué enterrado en el valle de los sáuces, cerca de la pequeña fuente donde tanto se habia complacido en sus frescas aguas durante su cautividad. Aquel valle se llama aún hoy, el valle de Geranium. Un capellan con hábito sacerdotal, y los doctores Antomartii, Darud y Clandí, llevando un azadon sobre sus hombros, seguian el féretro.

La caja de plomo seguia, llevada por cuatro granaderos ingleses.

Iba detrás el caballo de Napoleon. Seguia el mariscal Beltran, con la casa y servidumbre del emperador.

El gobernador Sir Hudson Lowe y los comisarios de las potencias de Europa cerraban la comitiva de aquel fúnebre y modesto convoy. En

el momento en que se depositó en el suelo bajo una losa el cadáver del emperador, se oyeron las salvas de la artillería y fusilería, porque todo habia concluido.

Solo quedó cerniéndose por algunos años la inmensa sombra de aquel gigante, que con su ejército, dominó á la Europa, y cuyo primer descalabro vino á ser en España.

España tiene la gloria de haber sido la primera en vencer á Napoleon. Bailén, Gerona, Zaragoza, son páginas gloriosas de nuestra historia, que nos enseña, que el pueblo español cuando quiere ser libre, sin armas, indefenso, poniendo sus pechos por murallas, sabe contrarestar el esfuerzo de un ejército aguerrido y disciplinado, como lo era el ejército de Napoleon I.

Al primer grito de independencia lanzado el 2 de Mayo, se conmovió toda la Península y brotaron héroes de su suelo para combatir el ejército invasor.

Mina, el Empecinado, Manso y el médico Palarea abandonan sus casas, sus ocupaciones habituales, empuñan la espada; primero jefes de guerrilla, llegan á ser luego prácticos generales que derrotan contínuamente las huestes francesas, mandadas por los primeros generales de la época.

Lástima que tanto esfuerzo, tanto heroismo como cabe en el pueblo español, se invierta in-

útilmente en guerras fratricidas, como la que hoy asola el país.

Volvamos á Santa Elena.

Napoleon al morir habia deseado que sus cenizas descansaran á orillas del Sena.

Luis Felipe gestionó con la Inglaterra para la devolucion de las cenizas de Napoleon, y lo consiguió el 12 de Mayo de 1840.

El entusiasmo del pueblo francés fué inmenso. El príncipe de Joinville fué nombrado para recojer el cuerpo de Napoleon.

Formóse una escuadra. La fragata de sesenta cañones *La Belle-Poul*, debia recibir á su bordo los restos del emperador, enarbolando el príncipe en el palo mayor el estandarte real.

Llegado á Santa Elena, el gobernador inglés entregó con toda ceremonia al príncipe Joinville el cuerpo de Napoleon.

Abrióse la modesta urna, y se vió perfectamente conservado el cuerpo del emperador, vestido de peti uniforme, y con la cruz de la Legion de honor al pecho; solamente la bota del pié derecho estaba carcomida.

Los fuertes saludaron, así como las escuadras, al gran héroe, y trasladado su cadáver á bordo de *La Belle-Poul*, se le colocó en un féretro de plomo, encerrado dentro de otro de ébano con incrustaciones de oro, en cuya cabecera habia la siguiente inscripcion:

Napoleon,
emperador y rey,
muerto en Santa Elena
el V de Mayo de
MDCCCXXI.

En la tapa habia una corona imperial y la inscripcion, *Napoleon*. La entrada en París de las cenizas del emperador fué magnífica, fué entusiasta; por todas partes se oian los gritos de viva el emperador.

Yo era muy niño cuando la presencié, acompañado de mi padre y de su íntimo amigo don Gabriel Herrera.

Un frio glacial habia helado el Sena. De cuando en cuando se veia caer helado algun soldado de los que formados en parada á un lado y otro de los campos Elíseos contenian la muchedumbre que se apresuraba á ver entrar las cenizas del emperador.

El carro era soberbio, tirado por doce magníficos caballos de la casa real, enlutados con gualdrapas de gasa sembrada de abejas de oro.

Los mariscales de Francia, los príncipes, el Senado, él Congreso, el municipio de París, en fin, todas las sociedades estaban allí representadas, los inválidos rodeaban y daban la guardia de honor al carro fúnebre.

Cien cañonazos anunciaban al pueblo de París que los deseos del emperador Napoleon,

del prisionero de la Europa en Santa Elena, se habian cumplido. Sus cenizas descansan á la orilla del Sena, en medio del pueblo francés que tanto quiso, y al que tanta gloria dió.

La sombra de su gloria ha servido á Napoleon III para ocupar el trono que debió al golpe de Estado del 2 de Diciembre de 1851.

Dias de gloria ha dado á la Francia Napoleon III en sus campañas de Italia, de Crimea y Austria, que han venido á oscurecerse con el desastre de Sedan, y su vergonzosa entrega como prisionero al emperador Guillermo, haciendo perder el trono á su hijo el príncipe imperial. Empero, quién sabe lo que aún sucederá. Dios no ha pronunciado su última palabra sobre el destino de los reyes y sobre su dinastía.

La casa del emperador Napoleon de Longwoud, se conserva en el mismo estado que cuando la habitaba el prisionero de la Europa. Es una especie de museo religiosamente conservado. La cama permanece aún en la misma forma que cuando acabó de espirar Napoleon. Su tocador, su lavabo, su estuche de campaña, todo, todo está como el dia último que lo usó el ilustre prisionero.

Con religioso respeto recorrí aquella pequeña casa, que durante seis años fué habitacion del héroe del mundo. Despues acompañado de Clerci, visité su modesta tumba.

Un sáuce lloron inclina sus ramas sobre la tumba, rodeada ésta de una pequeña verja de hierro. Una losa de piedra blanca tiene esta lacónica inscripcion: «Napoleon.»

Como recuerdo cogí una ramita del sáuce que hoy conservo, no sin que me costara un regaño del centinela que guardaba la tumba.

Al dia siguiente, á las tres de la tarde, salia de la bahia Leningfield en el *Antílope*, que debia conducirme á Santa Isabel de Fernando Póo.

Sin novedad llegué á Santa Isabel, pero el paquete inglés hacia dos dias que habia salido para Europa.

Quince dias despues, el trasporte de guerra español vapor *San Antonio*, debia salir para España. Me embarqué, y despues de hacer dos dias de escala en Cabo-Verde, para repostarnos de carbon, llegué con toda felicidad á Cádiz, donde me esperaba mi querido primo y hermano de corazon el marqués de Gaviria. Regresando á los pocos dias al seno de mi familia.

Tres años y siete meses habia durado mi expedicion. Dia, por dia, habia anotado en un diario mis impresiones de viaje, que reservaba para mí solo. Mi amigo, el editor D. Urbano Manini, se ha empeñado en publicarlas. Mucho me alegraré hayan gustado y distraido á mis lectores.

INDICE.




Fern. Póo
Gigante
Americano